

The background of the cover is a painting of a tropical landscape. In the foreground on the left, a person wearing a wide-brimmed hat and a light-colored shirt is seen from the side, looking out over a body of water. The water is calm, reflecting the golden light of the sky. In the distance, there are lush green islands with palm trees. The sky is a mix of soft yellow and orange, suggesting a sunset or sunrise. At the top of the cover, there are decorative golden patterns that look like stylized sunbursts or wings.

Joseph Conrad

Cuentos de
Inquietud

E LEJANDRIA

Joseph Conrad

Cuentos de
Inquietud

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

CUENTOS DE INQUIETUD

JOSEPH CONRAD

PUBLICADO: 1898

FUENTE: [HTTPS://EN.WIKISOURCE.ORG](https://en.wikisource.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: TALES OF UNREST

DEDICATORIA

«Sea tu empeño mantener ocupadas las mentes veleidosas
con querellas extranjeras.»

—Shakespeare.

A

ADOLF P. KRIEGER

EN RECUERDO DE LOS VIEJOS TIEMPOS

NOTA DEL AUTOR

De los cinco relatos que componen este volumen, «La laguna», el último en el orden del libro, es el primero en fecha. Es el primer cuento que escribí en mi vida y señala, por así decirlo, el final de mi primera etapa, la etapa malaya, con su asunto peculiar y sus sugerencias verbales. Concebido en el mismo estado de ánimo que produjo *La locura de Almayer* y *Un paria de las islas*, está contado con el mismo aliento (con lo que quedaba de él, es decir, después del final de *Un paria*), visto con la misma mirada, plasmado con el mismo método, si es que algo semejante a un método existía entonces en mi relación consciente con esta nueva aventura de escribir para la imprenta. Lo dudo mucho. Uno hace primero su trabajo y teoriza sobre él después. Es una ocupación muy divertida y egotista, de ninguna utilidad para nadie, y tan capaz de conducir a conclusiones falsas como cualquier otra cosa.

Cualquiera puede advertir que entre el último párrafo de *Un paria* y el primero de «La laguna» no ha habido cambio de pluma, hablando en sentido figurado. Y ocurrió que también era cierto en sentido literal. Era la misma pluma: una vulgar pluma de acero. Habiéndoseme acusado de cierta falta de facultad emotiva, me complace poder decir que en una ocasión, al menos, sí cedí a un impulso sentimental. Pensé que aquella pluma había sido una buena pluma y que ya había hecho bastante por mí, así que, con la idea de guardarla como una suerte de recuerdo al que más tarde pudiera mirar con ojos tiernos, me la metí en el bolsillo del chaleco. Después solía reaparecer en toda clase de sitios, en el fondo de algún cajón,

entre mis gemelos dentro de cajas de cartón, hasta que por fin halló reposo definitivo en un cuenco de madera grande que contenía unas llaves sueltas, trozos de lacre, trozos de cordel, pequeñas cadenas rotas, algunos botones y otros menudos despojos de esos que el naufragio de la vida de un hombre va arrojando a semejantes recipientes. De cuando en cuando la veía con una clara sensación de satisfacción, hasta que un día advertí con horror que allí dentro había dos plumas viejas. Cómo llegó la otra pluma al cuenco en lugar de a la chimenea o a la papelería no alcanzo a imaginarlo, pero allí estaban las dos, tendidas una junto a otra, ambas incrustadas de tinta y completamente indistinguibles entre sí. Fue muy penoso, pero, decidido a no repartir mi sentimiento entre dos plumas ni a correr el riesgo de sentimentalizar sobre una mera desconocida, las arrojé a las dos por la ventana a un macizo de flores, lo cual se me antoja ahora una sepultura poética para los restos del propio pasado.

Pero el relato sobrevivió. Se fijó por primera vez en letra impresa en *Cornhill Magazine*, siendo aquella mi primera aparición en una publicación periódica de cualquier tipo; y he vivido lo bastante para verlo parodiado muy agradablemente por Mr. Max Beerbohm en un volumen de parodias titulado *A Christmas Garland*, donde me encontré en muy buena compañía. Quedé inmensamente halagado. Empecé a creer en mi existencia pública. Tengo mucho que agradecerle a «La laguna».

Mi siguiente empeño en la escritura de relatos breves fue una ruptura: quiero decir, una ruptura respecto del archipiélago malayo. Sin premeditación, sin pesar, sin regocijo, y casi sin advertirlo, me adentré en la atmósfera bien distinta de «Una avanzadilla del progreso». Encontré allí una actitud moral diferente. Me pareció capaz de captar reacciones nuevas, sugerencias nuevas, e incluso ritmos nuevos para mis párrafos. Por un momento me imaginé un hombre nuevo, una ilusión de lo más excitante. Se me pegó durante algún tiempo, monstruosa, mitad convicción y mitad esperanza en cuanto a su cuerpo, con una cola de sueños tornasolada y una cabeza mudable, como una máscara moldeable. Solo más tarde

advertí que, como el resto de los hombres, nada podía librarme de mi fatal consistencia. No podemos escapar de nosotros mismos.

«Una avanzadilla del progreso» es la parte más ligera del botín que me traje del África Central, siendo la porción principal, desde luego, *El corazón de las tinieblas*. Otros hombres han encontrado allí cosas bien distintas, y yo tengo la cómoda convicción de que lo que yo tomé no le habría servido de mucho a nadie más. Y hay que decir que fue un botín muy escaso. Todo él cabría en el bolsillo del pecho, bien doblado. En cuanto al relato en sí, es bastante fiel en lo esencial. La invención sostenida de una mentira verdaderamente convincente exige un talento del que carezco.

«Los idiotas» es una obra tan evidentemente derivada que me resulta imposible decir nada sobre ella aquí. Su germen no fue mental, sino visual: los idiotas reales. Fue tras un intervalo de largo tanteo entre impulsos vagos y vacilaciones, que acabó en la producción de *El negro del «Narcissus»*, cuando me volví hacia mi tercer relato breve en el orden del tiempo, el primero de este volumen: «Karain: un recuerdo».

Al releerla después de muchos años, «Karain» me produjo el efecto de algo visto a través de unos anteojos, desde una posición bastante ventajosa. En aquel relato no había vuelto al Archipiélago; tan solo me había vuelto a mirarlo una vez más. Reconozco que quedé absorto en la visión lejana, tan absorto que entonces no advertí que el motivo del relato es casi idéntico al motivo de «La laguna». Sin embargo, la idea de fondo es muy distinta; pero lo que hace principalmente memorable el relato para mí es el hecho de que fue mi primera colaboración en *Blackwood's Magazine* y que dio pie a mi trato personal con Mr. William Blackwood, cuyo aprecio, reservado, sentí no obstante genuino, y valoré en consecuencia. «Karain» se empezó por un impulso repentino solo tres días después de escribir la última línea de *El negro del «Narcissus»*, y el recuerdo de sus dificultades se mezcla con las preocupaciones de «El regreso», entonces inacabado, cuyas últimas páginas retomé por

aquellos días; el único caso en mi vida en que intenté escribir, por así decirlo, con las dos manos a la vez.

En realidad, mi sentimiento más íntimo, ahora, es que «El regreso» es una obra hecha con la mano zurda. Al repasar ese relato últimamente tuve la impresión material de estar sentado bajo un paraguas grande y caro, en el fragor de un aguacero copioso. Era muy fatigoso. En medio del estruendo general se podía oír cada gota golpear individualmente contra la seda tensa y recia. Mentalmente, la lectura me dejó mudo durante el resto del día, no exactamente de asombro, sino con una suerte de sombrío desconcierto. No quiero hablar con falta de respeto de ninguna página mía. Psicológicamente había, sin duda, buenas razones para mi intento; y valió la pena, aunque solo fuera por ver de qué excesos era capaz en ese tipo de virtuosismo. A este respecto, quisiera confesar mi sorpresa al descubrir que, pese a todo su aparato de análisis, el relato consiste en su mayor parte en impresiones físicas: impresiones de sonido y de vista, una estación de ferrocarril, calles, un caballo al trote, reflejos en espejos y cosas por el estilo, plasmadas como por sí mismas y combinadas con una descripción sublimada de una deseable residencia burguesa que, no se sabe cómo, logra producir un efecto siniestro. Por lo demás, cualquier palabra amable sobre «El regreso» (y las ha habido, dichas en distintos momentos) despierta en mí la más viva gratitud, pues sé cuánto me ha costado la escritura de aquella fantasía, en puro esfuerzo, en temple y en desengaño.

J. C.

KARAIN: UN RECUERDO

I

Le conocimos en aquellos días desprotegidos en que nos contentábamos con tener en las manos nuestra vida y nuestra hacienda. Ninguno de nosotros, creo, posee ya bien alguno, y tengo entendido que muchos, por negligencia, han perdido la vida; pero estoy seguro de que los pocos que sobreviven no tienen aún la vista tan nublada como para no advertir, en la enturbiada respetabilidad de sus periódicos, la noticia de diversas sublevaciones nativas en el Archipiélago Oriental. Entre las líneas de esos breves párrafos destella el sol —sol y el resplandor del mar. Un nombre extraño despierta recuerdos; las palabras impresas perfuman levemente la atmósfera ahumada del presente con el sutil y penetrante aroma de las brisas terrestres que soplan entre la luz de estrellas de noches ya idas; una hoguera de señales brilla como una joya en la alta frente de un oscuro acantilado; grandes árboles, centinelas avanzados de inmensas selvas, velan quietos y vigilantes sobre las extensiones dormidas de aguas abiertas; una franja de espuma blanca truena sobre una playa desierta, el agua baja borbotea sobre los arrecifes; e islotes verdes dispersos en la calma del mediodía reposan sobre la superficie de un mar bruñido como un puñado de esmeraldas sobre un escudo de acero.

Hay también rostros —rostros oscuros, agresivos y sonrientes; los rostros francos y audaces de hombres descalzos, bien armados y silenciosos. Se apiñaban en la angosta cubierta de nuestras goletas con su multitud ornamentada y bárbara, con los variopintos colores

de los sarongs a cuadros, los turbantes rojos, las chaquetas blancas, los bordados; con el brillo de las vainas, los aros de oro, los amuletos, los brazaletes, las hojas de lanza y las empuñaduras enjoyadas de sus armas. Tenían un porte independiente, ojos resueltos, modales contenidos; y aún nos parece oír sus voces suaves hablando de batallas, viajes y escapadas; alardeando con ecuanimidad, bromeando en voz queda; a veces en murmullos refinados enalteciendo su propio valor, nuestra generosidad; o celebrando con leal entusiasmo las virtudes de su señor. Recordamos los rostros, los ojos, las voces, volvemos a ver el fulgor de la seda y el metal; el agitado murmullo de aquella muchedumbre, brillante, festiva y marcial; y aún nos parece sentir el contacto de manos morenas y amistosas que, tras un breve apretón, vuelven a reposar sobre una empuñadura cincelada. Eran gentes de Karain —un séquito devoto. Sus movimientos pendían de los labios de él; leían sus pensamientos en sus ojos; él les murmuraba con indiferencia de la vida y de la muerte, y ellos acogían sus palabras humildemente, como dones del destino. Todos eran hombres libres, y al dirigirse a él decían: Vuestro esclavo. A su paso las voces se extinguían como si él caminara envuelto en silencio; sus pasos iban seguidos de susurros temerosos. Le llamaban su caudillo de guerra. Era el soberano de tres aldeas en una estrecha llanura; el dueño de un insignificante punto de apoyo sobre la tierra —de un punto conquistado que, con la forma de luna nueva, yacía olvidado entre las colinas y el mar.

Desde la cubierta de nuestra goleta, anclada en mitad de la bahía, él indicaba con un ampuloso gesto teatral del brazo a lo largo del perfil dentado de las colinas todo el alcance de su dominio; y aquel amplio movimiento parecía empujar hacia atrás sus límites, engrandeciéndolo de pronto hasta convertirlo en algo tan inmenso y vago que por un momento parecía no tener otra frontera que el cielo. Y en verdad, al contemplar aquel lugar, cerrado al mar por tierra y aislado de la tierra por las escarpadas laderas de las montañas, resultaba difícil creer en la existencia de ningún vecindario. Era quieto, completo, desconocido, y lleno de una vida

que transcurría de manera furtiva produciendo un inquietante efecto de soledad; de una vida que parecía inexplicablemente vacía de todo aquello que pudiera agitar el pensamiento, tocar el corazón, dar un indicio de la ominosa sucesión de los días. Nos parecía una tierra sin memorias, sin remordimientos y sin esperanzas; una tierra donde nada podría sobrevivir a la llegada de la noche, y donde cada amanecer, como un deslumbrante acto de creación particular, estaba desligado del día anterior y del siguiente.

Karain recorrió con la mano todo aquello. —¡Todo mío! Golpeó la cubierta con su largo bastón; la cabeza de oro destelló como una estrella fugaz; muy cerca de él, por detrás, un silencioso anciano ataviado con una ricamente bordada chaqueta negra —el único entre todos los malayos que le rodeaban— no siguió el imperioso gesto con la mirada. Ni siquiera levantó los párpados. Inclínó la cabeza tras su señor y, sin moverse, sostuvo con la empuñadura alzada sobre el hombro derecho una larga hoja en una vaina de plata. Estaba allí cumpliendo con su deber, pero sin curiosidad alguna, y parecía fatigado, no por la edad, sino por la posesión de un agobiante secreto de existencia. Karain, imponente y orgulloso, mantenía una actitud altiva y respiraba con calma. Era nuestra primera visita, y mirábamos alrededor con curiosidad.

La bahía era como un pozo sin fondo de luz intensa. La lámina circular de agua reflejaba un cielo luminoso, y las orillas que la cerraban formaban un anillo opaco de tierra flotando en un vacío de azul transparente. Las colinas, purpúreas y áridas, se recortaban pesadamente sobre el cielo: sus cumbres parecían desvanecerse en un temblor coloreado como de vapores que ascendieran; sus laderas empinadas estaban surcadas por el verde de barrancos estrechos; a sus pies se extendían arrozales, parcelas de plátanos, arenas amarillas. Un torrente serpenteaba como un hilo caído. Grupos de frutales señalaban los poblados; las palmas esbeltas juntaban sus cabezas que se mecían sobre las casas bajas; los tejados de hojas de palma secas brillaban en la lejanía, como tejados de oro, tras las oscuras columnatas de los troncos; figuras pasaban vívidas y evanescentes; el humo de las hogueras se alzaba erguido sobre las

masas de arbustos en flor; las vallas de bambú centelleaban, perdiéndose en líneas quebradas entre los campos. Un grito repentino en la orilla sonó quejumbroso en la distancia, y cesó abruptamente, como si lo ahogara el torrente de sol. Una ráfaga de brisa provocó un destello de oscuridad sobre el agua en calma, nos rozó el rostro y quedó en el olvido. Nada se movía. El sol ardía sobre un hueco sin sombras lleno de color y quietud.

Aquel era el escenario en el que él se pavoneaba, esplendorosamente ataviado para su papel, incomparablemente digno, revestido de importancia por el poder que tenía de despertar una absurda expectativa de que algo heroico estaba a punto de ocurrir —un estallido de acción o de canto— sobre el tono vibrante de un maravilloso sol. Era ornamental e inquietante, pues uno no podía imaginar qué profundo y horrible vacío podría merecer ser ocultado por una fachada tan elaborada. No llevaba máscara —había demasiada vida en él, y una máscara no es más que una cosa inerte—; pero se presentaba esencialmente como un actor, como un ser humano agresivamente disfrazado. Sus menores actos eran estudiados e imprevistos, sus discursos graves, sus frases ominosas como insinuaciones y complicadas como arabescos. Era tratado con una reverencia solemne que en el irreverente Occidente solo se prodiga a los monarcas del escenario, y él aceptaba el profundo homenaje con una dignidad sostenida que en ningún otro lugar se ve salvo al fondo de las candilejas y en la condensada falsedad de alguna situación groseramente trágica. Resultaba casi imposible recordar quién era —un simple caudillo menor de un rincón convenientemente aislado de Mindanao, donde nosotros podíamos con relativa seguridad infringir la ley contra el tráfico de armas de fuego y munición con los nativos. Lo que pudiera ocurrir si alguna de las moribundas cañoneras españolas fuera de repente galvanizada hasta producir un destello de vida activa no nos preocupaba, una vez dentro de la bahía —tan completamente nos parecía al abrigo del entrometido mundo exterior—; y además, en aquellos días teníamos suficiente imaginación para contemplar con una especie de alegre ecuanimidad cualquier posibilidad que hubiera de ser

tranquilamente ahorcados en algún lugar apartado de las protestas diplomáticas. En cuanto a Karain, nada podría sucederle salvo lo que a todos les sucede —el fracaso y la muerte—; pero su cualidad era la de aparecer revestido de la ilusión de un éxito inevitable. Parecía demasiado eficaz, demasiado necesario allí, demasiado condición esencial para la existencia de su tierra y su pueblo, como para ser destruido por nada que no fuera un terremoto. Resumía en sí su raza, su tierra, la fuerza elemental de la vida ardiente, de la naturaleza tropical. Poseía su exuberante vigor, su fascinación; y, como ella, llevaba en su seno la semilla del peligro.

En numerosas visitas sucesivas llegamos a conocer bien su escenario —el semicírculo de colinas purpúreas, los árboles esbeltos inclinados sobre las casas, las arenas amarillas, el verde en cascada de los barrancos. Todo aquello tenía la coloración cruda y mezclada, la adecuación casi excesiva, la sospechosa inmovilidad de una escena pintada; y enmarcaba con tal perfección la actuación consumada de sus asombrosas ficciones que el resto del mundo parecía excluido para siempre del espectáculo grandioso. No podía existir nada fuera. Era como si la tierra hubiera seguido girando y hubiera dejado aquella miga de su superficie sola en el espacio. Él aparecía absolutamente aislado de todo salvo del sol, y aun este parecía hecho únicamente para él. Una vez que le preguntaron qué había al otro lado de las colinas, respondió con una sonrisa cargada de intención: —Amigos y enemigos —muchos enemigos; si no, ¿para qué os compraría vuestros rifles y vuestra pólvora? Siempre fue así —sin olvidar una sola palabra de su papel, fiel hasta el final a los misterios y certezas de su entorno. ¡Amigos y enemigos! —nada más. Era algo impalpable y vasto. La tierra había rodado, en efecto, lejos de bajo su tierra, y él, con su puñado de gentes, estaba rodeado de un tumulto silencioso como de sombras en pugna. Ciertamente ningún sonido llegaba de fuera. ¡Amigos y enemigos! Podría haber añadido: y recuerdos, al menos por lo que a él mismo se refería; pero en aquel momento no hizo esa observación. No obstante, aquello se manifestó más tarde; pero fue después de la representación cotidiana —entre bastidores, por así decirlo, y con las

luces apagadas. Entretanto él llenaba el escenario con bárbara dignidad. Unos diez años atrás había conducido a su gente —una banda variopinta de bugis errantes— a la conquista de la bahía, y ahora, bajo su augusta tutela, habían olvidado todo el pasado y habían perdido toda preocupación por el futuro. Les otorgaba sabiduría, consejo, recompensa, castigo, vida o muerte, con la misma serenidad de actitud y de voz. Entendía de irrigación y del arte de la guerra —de las cualidades de las armas y del oficio de la construcción de embarcaciones. Sabía ocultar sus sentimientos; tenía más resistencia; podía nadar más tiempo, y gobernar una piragua mejor que cualquiera de su gente; disparaba con más precisión, y negociaba con más tortuosidad que ningún hombre de su raza que yo haya conocido. Era un aventurero del mar, un desterrado, un gobernante —y muy buen amigo mío. Le deseo una muerte rápida en combate abierto, una muerte a la luz del sol; pues había conocido el remordimiento y el poder, y ningún hombre puede pedir más a la vida. Día tras día se presentaba ante nosotros, incomparablemente fiel a las ilusiones del escenario, y al atardecer la noche descendía sobre él deprisa, como un telón que cae. Las colinas surcadas de cicatrices se convertían en sombras negras que se alzaban sobre un cielo claro; por encima de ellas la confusión centelleante de estrellas semejava un tumulto enloquecido aquietado por un gesto; cesaban los sonidos, los hombres dormían, las formas se disolvían —y sola permanecía la realidad del universo —una maravillosa cosa de oscuridad y destellos.

II

Pero era de noche cuando él hablaba abiertamente, olvidando las exigencias de su escenario. Durante el día había asuntos que tratar con formalidad. Al principio se interponían entre él y yo su propio esplendor, mis humildes sospechas, y el paisaje escénico que irrumpía sobre la realidad de nuestras vidas con su fantasía inmóvil de contornos y colores. Sus seguidores le rodeaban en tropel; sobre su cabeza las anchas hojas de sus lanzas formaban un halo erizado de puntas de hierro, y le aislaban de la humanidad con el destello de las sedas, el brillo de las armas, el excitado y respetuoso murmullo

de voces ansiosas. Antes del atardecer se despedía con ceremonia, y se alejaba sentado bajo un paraguas rojo, escoltado por una veintena de embarcaciones. Todos los remos centelleaban y golpeaban al unísono con un potente chapoteo que resonaba sonoramente en el anfiteatro monumental de las colinas. Una ancha estela de espuma deslumbrante se extendía tras la flotilla. Las piraguas aparecían muy negras sobre el silbido blanco del agua; las cabezas con turbante se balanceaban adelante y atrás; una multitud de brazos en carmesí y amarillo subía y bajaba al unísono; los lanceros erguidos en la proa de las piraguas lucían sarongs variopintos y hombros relucientes como estatuas de bronce; las estrofas musitadas de la canción de los remeros acababan periódicamente en un lamento. Se fueron empequeñeciendo en la distancia; la canción cesó; hormiguearon en la playa bajo las largas sombras de las colinas occidentales. La luz del sol se demoró en las cimas purpúreas, y pudimos verle encabezar el camino hacia su palizada, una figura robusta y con la cabeza descubierta que avanzaba muy por delante de una comitiva dispersa, blandiendo rítmicamente un bastón de ébano más alto que él. La oscuridad se fue espesando aprisa; las antorchas parpadeaban, pasando por detrás de los arbustos; uno o dos prolongados llamados se fueron desvaneciendo en el silencio de la tarde; y al fin la noche extendió su liso velo sobre la orilla, las luces y las voces.

Entonces, justo cuando pensábamos en el descanso, los vigías de la goleta saludaban el chapoteo de unos remos allá en la oscuridad estrellada de la bahía; una voz respondía en tono cauteloso, y nuestro serang, asomando la cabeza por la escotilla abierta, nos comunicaba sin sorpresa: —Ese Rajá, viene. Aquí ahora. Karain aparecía sin ruido en el umbral del pequeño camarote. Era la sencillez misma entonces; todo de blanco; con la cabeza cubierta; sin más armas que un kris de empuñadura lisa de cuerno de búfalo, que ocultaba cortésmente en un pliegue de su sarong antes de traspasar el umbral. El rostro del viejo portador de espada, ese rostro desgastado y melancólico, tan cubierto de arrugas que parecía mirar a través de las mallas de una fina red oscura, podía verse muy

cerca, justo sobre sus hombros. Karain nunca se movía sin ese acompañante, que permanecía de pie o en cuclillas muy cerca de sus espaldas. Le desagradaba el espacio abierto a su espalda. Era algo más que desagrado —se parecía al miedo, una preocupación nerviosa por lo que ocurría donde él no podía ver. Esto, dado lo evidente y feroz de la lealtad que le rodeaba, resultaba inexplicable. Estaba allí solo en medio de hombres devotos; estaba a salvo de emboscadas de vecinos, de ambiciones fraternales; y sin embargo más de uno de nuestros visitantes nos había asegurado que su soberano no podía soportar estar solo. Decían: —Incluso cuando come y duerme, siempre hay uno cerca de él que vigila y que tiene fuerza y armas. Y en efecto, siempre había uno junto a él, aunque nuestros informantes no tenían idea de la fuerza y las armas de ese guardián, que eran a la vez sombrías y terribles. Nosotros lo sabíamos, pero solo más tarde, cuando oímos la historia. Entretanto observamos que, incluso durante las entrevistas más importantes, Karain solía dar un respingo, e interrumpiendo su discurso, echaba el brazo hacia atrás con un movimiento brusco para cerciorarse de que el anciano seguía allí. El anciano, impenetrable y fatigado, estaba siempre allí. Compartía su comida, su descanso y sus pensamientos; conocía sus planes, guardaba sus secretos; e impasible tras la agitación de su señor, sin moverse lo más mínimo, murmuraba sobre su cabeza en tono tranquilizador palabras difíciles de captar.

Solo a bordo de la goleta, rodeado de rostros blancos, de visiones y sonidos desconocidos, parecía Karain olvidar la extraña obsesión que se enroscaba como un hilo negro a través de la pomposa magnificencia de su vida pública. De noche le tratábamos de manera desenvuelta y cordial, que paraba justo antes de darle palmadas en la espalda, pues hay libertades que uno no puede tomarse con un malayo. Él mismo decía que en tales ocasiones no era más que un caballero particular que venía a ver a otros caballeros a quienes suponía de tan buena cuna como él. Me inclino a pensar que hasta el final nos creyó emisarios del Gobierno, personas oscuramente oficiales que promovían con nuestro tráfico ilegal algún oscuro plan de alta política de Estado. Nuestras negativas y protestas eran

inútiles. Él solo sonreía con discreta cortesía y preguntaba por la Reina. Cada visita comenzaba con esa pregunta; era insaciable de detalles; le fascinaba la titular de un cetro cuya sombra, extendiéndose desde Occidente sobre la tierra y sobre los mares, llegaba mucho más allá de su propio palmo de tierra conquistada. Multiplicaba las preguntas; nunca podía saber bastante de la Monarca de quien hablaba con asombro y respetuosa caballerosidad —con una especie de veneración afectuosa! Más adelante, cuando supimos que era hijo de una mujer que muchos años atrás había gobernado un pequeño estado bugis, llegamos a sospechar que el recuerdo de su madre (de quien hablaba con entusiasmo) se mezclaba de algún modo en su mente con la imagen que trataba de formarse de la lejana Reina a la que llamaba Grande, Invencible, Piadosa y Afortunada. Al final tuvimos que inventar detalles para satisfacer su ansiosa curiosidad; y nuestra lealtad debe ser perdonada, pues procuramos que fuesen dignos de su augusto y resplandeciente ideal. Hablábamos. La noche se deslizaba sobre nosotros, sobre la goleta inmóvil, sobre la tierra dormida, y sobre el mar insomne que tronaba entre los arrecifes fuera de la bahía. Sus remeros, dos hombres de confianza, dormían en la piragua al pie de nuestra escala de costado. El viejo confidente, relevado de su guardia, cabeceaba sobre sus talones, con la espalda apoyada en el batiente de la escotilla; y Karain estaba sentado cuadrado en el sillón de madera del barco, bajo el suave vaivén de la lámpara del camarote, un puro entre sus oscuros dedos y un vaso de limonada ante él. Le divertía el burbujeo de la cosa, pero tras uno o dos sorbos la dejaba perder el gas, y con un cortés movimiento de la mano pedía una botella fresca. Diezmó nuestras escasas existencias; pero no nos dolía dárselas, pues cuando se ponía a hablar, hablaba bien. Debió de ser un gran dandy bugis en su tiempo, pues incluso entonces (y cuando le conocimos ya no era joven) su esplendor era de una pulcritud impecable, y se teñía el cabello de un tono castaño claro. La tranquila dignidad de su porte transformaba el mal iluminado sollado de la goleta en una sala de audiencias. Hablaba de política interinsular con una ironía y una melancolía plenas de sagacidad. Había viajado mucho, sufrido no poco, intrigado,

combatido. Conocía las cortes nativas, los asentamientos europeos, los bosques, el mar, y, como él mismo decía, había hablado en su vida con muchos hombres ilustres. Le gustaba hablar conmigo porque yo había conocido a algunos de esos hombres: parecía creer que yo podía comprenderle, y con fina confianza daba por supuesto que yo, al menos, podía apreciar cuánto más grande era él mismo. Pero prefería hablar de su tierra natal —un pequeño estado bugis en la isla de Célebes. Yo la había visitado algún tiempo atrás, y él preguntaba con avidez por noticias. Cuando los nombres de personas surgían en la conversación, decía: —Nadamos uno contra otro cuando éramos niños; o: —Cazamos el ciervo juntos —él manejaba el lazo y la lanza tan bien como yo. De vez en cuando sus grandes ojos soñadores se paseaban con inquietud; fruncía el ceño o sonreía, o se volvía pensativo, y mirando en silencio, asentía ligeramente durante un rato ante alguna visión lamentada del pasado.

Su madre había sido soberana de un pequeño estado semiindependiente en la costa del mar en la cabecera del Golfo de Boni. Hablaba de ella con orgullo. Había sido una mujer resuelta en los asuntos de Estado y en los de su propio corazón. Tras la muerte de su primer marido, sin arredrarse ante la turbulenta oposición de los jefes, se casó con un rico comerciante, un hombre de Korinchi sin abolengo. Karain era su hijo de ese segundo matrimonio, pero su desafortunada ascendencia no tenía al parecer nada que ver con su exilio. No dijo nada sobre su causa, aunque en cierta ocasión dejó escapar con un suspiro: —¡Ah! Mi tierra ya no sentirá el peso de mi cuerpo. Pero relataba de buen grado la historia de sus andanzas, y nos contaba todo sobre la conquista de la bahía. Al referirse a los pueblos que había al otro lado de las colinas, murmuraba suavemente, con un gesto despreocupado de la mano: —Vinieron sobre las colinas una vez a combatirnos, pero los que lograron escapar no volvieron nunca. Se quedó pensativo un momento, sonriendo para sus adentros. —Muy pocos lograron escapar —añadió, con orgullosa serenidad. Atesoraba el recuerdo de sus éxitos; tenía una exultante avidez de empeño; cuando hablaba, su

aspecto era guerrero, caballeroso y enaltecedor. No era de extrañar que su gente le admirara. Una vez le vimos caminar de día entre las casas del poblado. En las puertas de las chozas, grupos de mujeres se volvían para mirarle, gorjeando suavemente y con ojos relucientes; los hombres armados se apartaban del camino, sumisos y erguidos; otros se acercaban por un lado, encorvando la espalda para dirigirle humildes saludos; una anciana extendió un brazo enjuto enfundado en tela —¡Bendiciones sobre tu cabeza! —exclamó desde un umbral oscuro; un hombre de ojos ardientes asomó por encima de la baja valla de una parcela de plátanos un rostro arrebatado, un pecho desnudo marcado por dos cicatrices, y le gritó entre jadeos: —¡Dios dé la victoria a nuestro señor! Karain caminaba rápido, con zancadas largas y firmes; respondía a los saludos a diestro y siniestro con miradas rápidas y penetrantes. Los niños corrían entre las casas, atisbando con temor desde las esquinas; los muchachos jóvenes le seguían el paso, deslizándose entre los arbustos: sus ojos brillaban entre las hojas oscuras. El viejo portador de espada, con la vaina de plata al hombro, avanzaba presuroso tras sus talones, arrastrando los pies, con la cabeza inclinada y los ojos en el suelo. Y en medio de una gran agitación pasaban veloces y ensimismados, como dos hombres que se apresuraran a través de una gran soledad.

En su sala del consejo estaba rodeado por la gravedad de los jefes armados, mientras dos largas filas de ancianos jefes menores vestidos de algodón permanecían en cuclillas sobre sus talones, con los brazos inactivos colgando sobre las rodillas. Bajo el techo de paja sostenido por columnas lisas —cada una de las cuales había costado la vida de una joven palma de tronco recto—, el perfume de los setos floridos llegaba en oleadas tibias. El sol declinaba. En el patio abierto los suplicantes cruzaban por la puerta, alzando, cuando aún estaban lejos, las manos juntas sobre las cabezas inclinadas, y doblándose en profunda reverencia bajo el torrente luminoso del sol. Muchachas jóvenes, con flores en el regazo, se sentaban bajo las ramas extendidas de un gran árbol. El humo azul de las hogueras de leña se extendía en una ligera niebla sobre los tejados de altas

crestas de las casas, que tenían paredes relucientes de cañas trenzadas y en torno columnas de madera basta bajo los aleros inclinados. Él administraba justicia a la sombra; desde un asiento elevado daba órdenes, consejos, reproches. De vez en cuando el murmullo de aprobación se alzaba más fuerte, y los lanceros ociosos que apoyados con dejadez en los postes miraban a las muchachas volvían lentamente la cabeza. A ningún hombre se le había concedido el amparo de tanta reverencia, confianza y veneración. Sin embargo, a veces se inclinaba hacia adelante y parecía escuchar como en busca de una nota discordante lejana, como si esperara oír alguna voz tenue, el sonido de pasos ligeros; o se incorporaba a medias en su asiento, como si alguien le hubiera tocado familiarmente en el hombro. Miraba atrás con aprensión; su envejecido seguidor le susurraba palabras inaudibles al oído; los jefes volvían los ojos a otro lado en silencio, pues el viejo hechicero, el hombre que podía convocar fantasmas y enviar espíritus malignos contra los enemigos, hablaba en voz baja con su soberano. En torno a la breve quietud del lugar descubierto los árboles susurraban suavemente, la risa suave de las muchachas que jugaban con las flores se elevaba en claras explosiones de sonido jubiloso. En lo alto de los mástiles de lanzas verticales, los largos penachos de crines de caballo teñidas ondeaban escarlatas y etéreos en la ráfaga de viento; y más allá del resplandor de los setos, el arroyo de agua límpida y veloz corría invisible y sonoro bajo la hierba que se inclinaba sobre la orilla, con un gran murmullo, apasionado y suave.

Después del ocaso, lejos a través de los campos y sobre la bahía, podían verse grupos de antorchas que ardían bajo los altos tejados del cobertizo del consejo. Llamas rojas y humeantes se mecían sobre altos postes, y el resplandor ardiente parpadeaba sobre los rostros, se aferraba a los lisos troncos de las palmeras, encendía chispas brillantes en los bordes de fuentes metálicas que descansaban sobre finas esteras. Aquel oscuro aventurero festejaba como un rey. Pequeños grupos de hombres se acucillaban en torno a bandejas de madera; manos morenas revoloteaban sobre montones blancos de arroz. Sentado en un tosco lecho, apartado de los demás, se

recostaba sobre el codo con la cabeza inclinada; y cerca de él un joven improvisaba en tono agudo una canción que celebraba su valor y su sabiduría. El cantor se mecía adelante y atrás, con los ojos en blanco y frenéticos; viejas mujeres cojeaban de un lado a otro con fuentes, y los hombres, en cuclillas, levantaban la cabeza para escuchar con gravedad sin dejar de comer. La canción de triunfo vibraba en la noche, y las estrofas se desplegaban lúgubres y ardientes como los pensamientos de un ermitaño. Él las acalló con un gesto. ¡Basta! Un búho ululó a lo lejos, regocijándose en el deleite de la penumbra profunda entre el follaje espeso; sobre sus cabezas, los lagartos correteaban por el techo de attap llamándose suavemente; las hojas secas del tejado susurraban; el murmullo de las voces mezcladas creció de repente. Tras un vistazo circular y sobresaltado, como de un hombre que despertara bruscamente a la conciencia del peligro, se echaba hacia atrás, y bajo la mirada descendente del viejo hechicero retomaba, con los ojos muy abiertos, el tenue hilo de su sueño. Vigilaban sus estados de ánimo; el murmullo creciente de las conversaciones animadas se apagaba como una ola en una playa en pendiente. El jefe está meditabundo. Y sobre el susurro que se extendía de las voces amortiguadas solo se oía un leve traqueteo de armas, una sola palabra más fuerte, distinta y solitaria, o el grave timbre de un gran plato de latón.

III

Durante dos años, a intervalos breves, le visitamos. Llegamos a que nos gustara, a confiar en él, casi a admirarle. Tramaba y preparaba una guerra con paciencia, con previsión —con una fidelidad a su propósito y una perseverancia de las que yo le habría creído racialmente incapaz. Parecía no abrigar temor alguno ante el futuro, y en sus planes desplegaba una sagacidad que solo quedaba limitada por su profunda ignorancia del resto del mundo. Intentamos ilustrarle, pero nuestros esfuerzos por hacerle comprender la naturaleza irresistible de las fuerzas que deseaba frenar no lograron desanimar su afán de asestar un golpe por sus propias ideas primitivas. No nos entendía, y respondía con argumentos que casi llevaban a uno a la desesperación por su pueril astucia. Era absurdo

e irrefutable. A veces atisbábamos en él un furor sombrío y ardiente —un resentimiento vago y reconcentrado, y una sed concentrada de violencia peligrosa en un indígena. Deliraba como un iluminado. En una ocasión, después de haber estado hablando con él hasta tarde en su campong, se puso en pie de un salto. Una gran hoguera clara ardía en la arboleda; luces y sombras danzaban juntas entre los árboles; en la noche quieta, los murciélagos entraban y salían entre las ramas como copos revoloteantes de oscuridad más densa. Arrancó la espada al anciano, la silbó fuera de la vaina y hundió la punta en la tierra. Sobre la delgada hoja erguida, la empuñadura de plata, libre, se balanceó ante él como algo vivo. Retrocedió un paso y, en tono amortiguado, habló ferozmente al acero vibrante: —Si hay virtud en el fuego, en el hierro, en la mano que te forjó, en las palabras pronunciadas sobre ti, en el deseo de mi corazón y en la sabiduría de quienes te crearon, ¡entonces venceremos juntos! La sacó, miró a lo largo del filo. —Toma —dijo por encima del hombro al viejo portador de espada. El otro, inmóvil en cuclillas, limpió la punta con un extremo de su sarong y, devolviendo el arma a su vaina, se quedó sentado acunándola sobre las rodillas sin alzar ni una sola vez la vista. Karain, de súbito muy sereno, volvió a sentarse con dignidad. Renunciamos a protestar tras esto, y le dejamos seguir su camino hacia un desastre honroso. Todo lo que podíamos hacer por él era asegurarnos de que la pólvora era buena por el dinero y los fusiles servían, aunque fueran viejos.

Pero el juego se iba volviendo al fin demasiado peligroso; y si nosotros, que nos lo habíamos enfrentado con bastante frecuencia, nos preocupábamos poco del peligro, la decisión nos fue arrebatada por unas personas muy respetables que se sentaban cómodamente en sus casas de comercio y que consideraban que los riesgos eran demasiado grandes, y que solo podía hacerse un viaje más. Tras dar, como de costumbre, muchas pistas engañosas sobre nuestro destino, nos escabullimos en silencio, y después de una travesía muy rápida entramos en la bahía. Era temprano por la mañana, e incluso antes de que el ancla tocara el fondo la goleta quedó rodeada de embarcaciones.

Lo primero que supimos fue que el misterioso portador de espada de Karain había muerto unos días antes. No concedimos demasiada importancia a la noticia. Era ciertamente difícil imaginar a Karain sin su inseparable seguidor; pero el hombre era viejo, nunca había dirigido la palabra a ninguno de nosotros, apenas habíamos oído jamás el sonido de su voz; y habíamos llegado a considerarle como algo inanimado, como parte del aparato ceremonial de nuestro amigo —como esa espada que portaba, o el paraguas rojo con flecos desplegado en las procesiones oficiales. Karain no nos visitó por la tarde como de costumbre. Antes del ocaso llegó a bordo un mensaje de saludo y un regalo de frutas y verduras. Nuestro amigo nos pagaba como un banquero, pero nos trataba como a un príncipe. Le esperamos despiertos hasta medianoche. Bajo el toldo de popa, el barbudo Jackson rasgueaba una vieja guitarra y cantaba, con un acento execrable, canciones de amor en español; mientras el joven Hollis y yo, tumbados en cubierta, jugábamos una partida de ajedrez a la luz de un farol de carga. Karain no apareció. Al día siguiente estuvimos ocupados descargando, y supimos que el rajá estaba indispuesto. La esperada invitación a visitarle en tierra no llegó. Enviamos mensajes amistosos, pero, temiendo inmiscuirnos en algún consejo secreto, permanecemos a bordo. A primera hora del tercer día habíamos desembarcado toda la pólvora y los fusiles, y también un cañón de latón de 2,7 kg con su cureña que habíamos sufragado entre todos como regalo para nuestro amigo. La tarde era sofocante. Jirones desgarrados de nubes negras asomaban sobre las colinas, y tormentas invisibles circulaban por los alrededores, rugiendo como fieras. Preparamos la goleta para zarpar, con intención de partir al día siguiente al amanecer. Durante todo el día un sol despiadado ardió sobre la bahía, feroz y pálido, como al rojo blanco. Nada se movía en la tierra. La playa estaba vacía, las aldeas parecían desiertas; los árboles, a lo lejos, permanecían en grupos sin moverse, como pintados; el humo blanco de algún incendio de matorral invisible se extendía raso sobre las orillas de la bahía como una niebla que se posara. Entrada ya la tarde, tres de los principales hombres de Karain, vestidos con sus mejores galas y armados hasta los dientes, llegaron en una canoa trayendo un cofre de monedas.

Estaban sombríos y lánguidos, y nos dijeron que llevaban cinco días sin ver a su rajá. ¡Nadie le había visto! Liquidamos todas las cuentas, y después de estrecharles la mano uno por uno en profundo silencio, descendieron uno tras otro a su embarcación, y los llevaron a remo hasta la orilla, sentados muy juntos, vestidos de colores vivos, con las cabezas gachas: los bordados de oro de sus chaquetas relampagueaban deslumbrantes mientras se alejaban deslizándose sobre el agua en calma, y ninguno de ellos volvió la vista atrás ni una sola vez. Antes del ocaso las nubes rugientes cruzaron la cresta de las colinas en tromba y fueron rodando por las laderas interiores. Todo desapareció; vapores negros y arremolinados llenaron la bahía, y en medio de ellos la goleta se balanceaba de aquí para allá en las ráfagas cambiantes del viento. Un único trueno detonó en el hueco con una violencia que parecía capaz de hacer añicos el anillo de tierras altas, y se desató un diluvio tibio. El viento se apagó. Jadeábamos en el camarote cerrado; el sudor corría por nuestros rostros; la bahía de fuera silbaba como si hirviera; el agua caía en chorros perpendiculares pesados como el plomo; salpicaba la cubierta, caía de los palos, gorgoteaba, sollozaba, chapoteaba, murmuraba en la noche ciega. Nuestra lámpara ardía débilmente. Hollis, desnudo de cintura para arriba, yacía tendido en los cofres, con los ojos cerrados e inmóvil como un cadáver despojado; a su cabecera, Jackson pulsaba la guitarra y exhalaba entre suspiros una plañidera endecha sobre un amor sin esperanza y unos ojos como estrellas. Entonces oímos voces alarmadas en cubierta que gritaban bajo la lluvia, pasos apresurados sobre nuestras cabezas, y de repente Karain apareció en el umbral del camarote. Su pecho desnudo y su rostro relucían a la luz; su sarong, empapado, se pegaba a sus piernas; llevaba el kris envainado en la mano izquierda; y mechones de pelo mojado, escapando de debajo de su pañuelo rojo, le caían sobre los ojos y por las mejillas. Entró con una zancada impetuosa, mirando por encima del hombro como un hombre perseguido. Hollis se volvió rápidamente de lado y abrió los ojos. Jackson aplastó su manaza sobre las cuerdas y la vibración tintineante murió de repente. Yo me puse en pie.

—¡No hemos oído llamar a su bote! —exclamé.

—¡Bote! El hombre ha nadado hasta aquí —rezongó Hollis desde el cofre—. ¡Mírale!

Respiraba con dificultad, con los ojos desorbitados, mientras le mirábamos en silencio. El agua goteaba de él, formaba un charco oscuro y discurría tortuosamente por el suelo del camarote. Podíamos oír a Jackson, que había salido a alejar a nuestros marineros malayos de la entrada del tambucho; maldecía con tono amenazante bajo el repiqueteo de un aguacero fuerte, y había gran alboroto en cubierta. Los vigías, muertos de miedo al vislumbrar una figura sombría que saltaba por la borda, salida directamente de la noche como si dijéramos, habían dado la alarma a toda la tripulación.

Entonces Jackson, con gotas brillantes de agua en el pelo y la barba, regresó con cara de enfado, y Hollis, que, siendo el más joven de nosotros, adoptaba una superioridad indolente, dijo sin moverse: —Dale un sarong seco, dale el mío; está colgado en el cuarto de baño. Karain depositó el kris sobre la mesa, con el puño hacia dentro, y murmuró unas palabras con voz estrangulada.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Hollis, que no había oído.

—Se disculpa por entrar con un arma en la mano —dije, aturdido.

—Qué ceremonioso. Dígame que perdonamos a un amigo... en una noche así —murmuró Hollis—. ¿Qué ocurre?

Karain se pasó el sarong seco por la cabeza, dejó caer el mojado a sus pies y salió de él. Señalé el sillón de madera —su sillón. Se sentó muy erguido, dijo ¡Ah! con voz fuerte; un breve escalofrío sacudió su ancho cuerpo. Miró por encima del hombro con inquietud, se volvió como para dirigirse a nosotros, pero solo nos contempló de una manera extraña y ciega, y volvió a mirar atrás. Jackson bramó: — ¡Vigilad bien en cubierta! —oyó una respuesta tenue desde arriba, y alargando el pie dio un portazo a la puerta del camarote.

—Todo en orden —dijo.

Los labios de Karain se movieron levemente. Un vívido relámpago hizo centellear los dos ojos de buey redondos de popa que tenía enfrente, como un par de ojos crueles y fosforescentes. La llama del farol pareció marchitarse en polvo pardusco por un instante, y el espejo sobre el pequeño aparador surgió a sus espaldas en una lisa lámina de luz lívida. El retumbo del trueno se acercó, estalló sobre nosotros; la goleta tembló, y la gran voz siguió adelante, amenazando terriblemente, hacia la lejanía. Durante menos de un minuto un aguacero furioso repiqueteó sobre las cubiertas. Karain miró lentamente de rostro en rostro, y entonces el silencio se hizo tan profundo que todos pudimos oír claramente los dos cronómetros de mi camarote marcando el tiempo sin pausa el uno contra el otro.

Y los tres, extrañamente conmovidos, no podíamos apartar los ojos de él. Se había vuelto enigmático y conmovedor, en virtud de esa causa misteriosa que le había impulsado a través de la noche y de la tormenta a buscar refugio en el sollado de la goleta. Ninguno de nosotros dudaba de que estábamos mirando a un fugitivo, por increíble que nos resultara. Estaba demacrado, como si no hubiera dormido durante semanas; había enflaquecido, como si no hubiera comido en días. Tenía las mejillas hundidas, los ojos hundidos, los músculos del pecho y de los brazos le temblaban levemente como tras una lucha agotadora. Naturalmente había sido una larga natada hasta la goleta; pero su rostro mostraba otro tipo de cansancio, el agotamiento atormentado, la rabia y el miedo de una lucha contra un pensamiento, una idea —contra algo que no puede asirse, que nunca descansa—, una sombra, una nada, invencible e inmortal, que se alimenta de la vida. Lo sabíamos como si nos lo hubiera gritado. Su pecho se ensanchó una y otra vez, como si no pudiera contener los latidos de su corazón. Por un momento tuvo el poder de los poseídos —el poder de despertar en los espectadores asombro, dolor, compasión, y una cercana y aterradora percepción de cosas invisibles, de cosas oscuras y mudas que rodean la soledad del hombre. Sus ojos vagaron sin rumbo por un momento, luego se detuvieron. Dijo con esfuerzo:

—Vine aquí... Salté de mi empalizada como tras una derrota. Corrí en la noche. El agua estaba negra. Le dejé llamando a orillas del agua negra... Le dejé de pie solo en la playa. Nadé... él me llamó a gritos desde atrás... Nadé...

Temblaba de pies a cabeza, sentado muy erguido y mirando fijamente al frente. ¿A quién había dejado? ¿Quién llamaba? No lo sabíamos. No podíamos entender. Dije a todo riesgo:

—Sea firme.

El sonido de mi voz pareció templarle en una rigidez repentina, pero por lo demás no prestó atención. Pareció escuchar, esperar algo por un momento, luego continuó:

—Él no puede venir aquí —por eso les busqué a ustedes. Hombres de rostro blanco que desprecian las voces invisibles. Él no puede soportar su incredulidad y su fortaleza.

Calló un momento, luego exclamó en voz queda:

—¡Oh! ¡La fortaleza de los incrédulos!

—Aquí no hay nadie más que usted, y nosotros tres —dijo Hollis con calma. Yacía recostado con la cabeza apoyada en el codo y no se movió.

—Lo sé —dijo Karain—. Él nunca me ha seguido hasta aquí. ¿Acaso no estaba siempre el sabio a mi lado? Pero desde que murió el viejo sabio, que conocía mi tormento, oigo la voz cada noche. Me encerré —durante muchos días— en la oscuridad. Puedo oír el lúgubre murmullo de las mujeres, el susurro del viento, de las aguas corrientes; el choque de las armas en manos de hombres fieles, sus pasos, ¡y su voz! ... Cerca... ¡Así! ¡En mi oído! Sentí que estaba cerca... Su aliento pasó sobre mi nuca. Salté sin un grito. A mi alrededor los hombres dormían tranquilamente. Corrí hacia el mar. Él corría a mi lado sin hacer ruido con los pasos, susurrando, susurrando palabras antiguas —susurrándome al oído con su voz de antes. Corrí al mar; nadé hasta ustedes con el kris entre los dientes. Yo, armado, huí ante un soplo... hacia ustedes. Lléveme a su tierra.

El viejo sabio ha muerto, y con él ha desaparecido el poder de sus palabras y sus conjuros. Y no puedo contárselo a nadie. A nadie. No hay aquí nadie lo bastante fiel ni lo bastante sabio para saberlo. Solo cerca de ustedes, incrédulos, se desvanece mi tormento como la niebla bajo el ojo del día.

Se volvió hacia mí.

—¡Me voy con usted! —exclamó en voz contenida—. Con usted, que conoce a tantos de los nuestros. Quiero abandonar esta tierra, mi gente... y él —¡allí!

Señaló con un dedo tembloroso en cualquier dirección por encima del hombro. Nos era difícil soportar la intensidad de ese sufrimiento no revelado. Hollis le miraba fijamente. Yo pregunté con dulzura:

—¿Dónde está el peligro?

—En todas partes fuera de aquí —respondió con melancolía—. En todos los lugares donde estoy. Me aguarda en los senderos, bajo los árboles, en el lugar donde duermo, en todas partes menos aquí.

Miró a su alrededor el pequeño camarote, las vigas pintadas, el barniz deslustrado de los mamparos; miró a su alrededor como apelando a toda su desvencijada extrañeza, al revoltijo desordenado de cosas desconocidas que pertenecen a una vida inconcebible de tensión, de poder, de empeño, de incredulidad —a la vida vigorosa de los hombres blancos, que avanza irresistible y dura al borde de las tinieblas exteriores. Extendió los brazos como para abarcarla a ella y a nosotros. Esperamos. El viento y la lluvia habían cesado, y la quietud de la noche en torno a la goleta era tan muda y completa como si un mundo muerto hubiera sido depositado en una tumba de nubes. Esperábamos que hablara. La necesidad que bullía en él le desgarraba los labios. Hay quienes dicen que un indígena no hablará con un hombre blanco. Error. Ningún hombre hablará con su amo; pero con un errante y un amigo, con aquel que no viene a enseñar ni a gobernar, con aquel que no pide nada y lo acepta todo, junto a las hogueras se pronuncian palabras, en la soledad compartida del mar, en las aldeas a orillas de los ríos, en los lugares de descanso

rodeados de bosques —se pronuncian palabras que no tienen en cuenta la raza ni el color. Un corazón habla —otro escucha; y la tierra, el mar, el cielo, el viento que pasa y la hoja que se agita, escuchan también el relato vano del peso de la vida.

Habló al fin. Es imposible transmitir el efecto de su historia. Es inmortal, no es más que un recuerdo, y su viveza no puede hacerse comprensible a otra mente, del mismo modo que las vívidas emociones de un sueño. Uno tendría que haber visto su esplendor innato, uno tendría que haberle conocido antes —haberle contemplado entonces. La ondulante penumbra del pequeño camarote; la quietud sin aliento del exterior, en la que solo se oía el lameteo del agua contra los costados de la goleta; el rostro pálido de Hollis, con sus ojos oscuros e inmóviles; la enérgica cabeza de Jackson sostenida entre las dos grandes palmas de sus manos, con la larga melena rubia de su barba cayendo sobre las cuerdas de la guitarra que descansaba sobre la mesa; la postura erguida e inmóvil de Karain, su tono —todo ello producía una impresión que no puede olvidarse. Nos encaraba desde el otro lado de la mesa. Su cabeza oscura y su torso bronceado aparecían sobre la desgastada superficie de madera, relucientes e inmóviles como fundidos en metal. Solo se movían sus labios, y sus ojos brillaban, se apagaban, volvían a inflamarse, o miraban con tristeza. Sus expresiones brotaban directamente de su corazón atormentado. Sus palabras sonaban quedas, en un suave murmullo como de agua corriente; a veces resonaban con fuerza como el choque de un gong de guerra —o se arrastraban lentamente como viajeros fatigados—, o se lanzaban hacia adelante con la velocidad del miedo.

IV

Esto es, imperfectamente, lo que dijo:

Fue después de la gran contienda que rompió la alianza de los cuatro estados de Wajo. Combatimos entre nosotros, y los holandeses observaban desde lejos hasta que quedamos exhaustos. Entonces se vio el humo de sus naves de fuego en la desembocadura de nuestros ríos, y sus hombres importantes

llegaron en barcas llenas de soldados para hablarnos de protección y paz. Respondimos con cautela y discernimiento, pues nuestras aldeas estaban quemadas, nuestras empalizadas eran débiles, la gente estaba agotada y las armas, embotadas. Vinieron y se fueron; hubo mucho discurso, pero después de que se marcharon todo parecía ser como antes, solo que sus barcos permanecían a la vista desde nuestra costa, y muy pronto sus comerciantes llegaron entre nosotros bajo una promesa de seguridad. Mi hermano era un soberano, y uno de quienes habían dado la promesa. Yo era joven entonces, y había combatido en la guerra, y Pata Matara había combatido a mi lado. Habíamos compartido el hambre, el peligro, la fatiga y la victoria. Sus ojos veían mi peligro con rapidez, y dos veces mi brazo había preservado su vida. Era su destino. Era mi amigo. Y era grande entre nosotros —uno de quienes estaban cerca de mi hermano, el soberano. Hablaba en el consejo, su valor era grande, era el jefe de muchas aldeas en torno al gran lago que está en el centro de nuestro país como el corazón está en el centro del cuerpo de un hombre. Cuando su espada era portada a un campong por delante de su llegada, las doncellas cuchicheaban con asombro bajo los árboles frutales, los hombres ricos deliberaban en la sombra, y se preparaba un festín con regocijo y canciones. Gozaba del favor del soberano y del afecto de los pobres. Amaba la guerra, la caza del ciervo y los encantos de las mujeres. Era poseedor de joyas, de armas de buena suerte y de la devoción de los hombres. Era un hombre feroz; y yo no tenía otro amigo.

Yo era el jefe de una empalizada en la desembocadura del río, y cobraba peajes para mi hermano a las embarcaciones que pasaban. Un día vi a un comerciante holandés remontar el río. Subió con tres barcas, y no se le exigió ningún peaje, porque el humo de los barcos de guerra holandeses se alzaba en el mar abierto, y éramos demasiado débiles para olvidar los tratados. Subió bajo la promesa de seguridad, y mi hermano le concedió su protección. Dijo que venía a comerciar. Escuchaba nuestras voces, pues somos hombres que hablan con franqueza y sin miedo; contó el número de nuestras lanzas, examinó los árboles, las aguas corrientes, las hierbas de la

orilla, las laderas de nuestras colinas. Subió hasta el país de Matara y obtuvo permiso para construir una casa. Comerció y plantó. Desdeñaba nuestras alegrías, nuestros pensamientos y nuestros dolores. Tenía la cara roja, el pelo como una llama, y los ojos pálidos, como la niebla de un río; se movía pesadamente y hablaba con voz profunda; reía en voz alta como un necio, y en su manera de hablar no conocía la cortesía. Era un hombre grande y desdeñoso que miraba a las mujeres a la cara y ponía la mano en los hombros de los hombres libres como si hubiera sido un jefe de noble cuna. Le toleramos. El tiempo pasó.

Entonces la hermana de Pata Matara huyó del campong y fue a vivir a la casa del holandés. Era una dama grande y caprichosa: la había visto una vez llevada en alto sobre los hombros de esclavos entre el pueblo, con el rostro descubierto, y había oído decir a todos los hombres que su belleza era extrema, que silenciaba la razón y arrebatava el corazón de quienes la contemplaban. El pueblo estaba consternado; el rostro de Matara quedó ennegrecido por aquella deshonra, pues ella sabía que había sido prometida a otro hombre. Matara fue a la casa del holandés y dijo: —Entréguela para que muera —es hija de jefes. El hombre blanco se negó y se encerró dentro, mientras sus criados hacían guardia noche y día con las armas cargadas. Matara se enfureció. Mi hermano convocó un consejo. Pero los barcos holandeses estaban cerca, y vigilaban nuestra costa con codicia. Mi hermano dijo: —Si muere ahora, nuestra tierra pagará con su sangre. Dejadlo en paz hasta que crezcamos en poder y los barcos se vayan. Matara era sabio; esperó y vigiló. Pero el hombre blanco temió por la vida de ella y se marchó.

¡Abandonó su casa, sus plantaciones y sus bienes! ¡Se marchó, armado y amenazante, y lo dejó todo —por ella! ¡Ella le había arrebatado el corazón! Desde mi empalizada le vi hacerse a la mar en una gran embarcación. Matara y yo le observamos desde la plataforma de combate detrás de las estacas afiladas. Estaba sentado con las piernas cruzadas, con el fusil entre las manos, sobre el techo de la popa de su prau. El cañón de su fusil relucía en

diagonal ante su gran cara roja. El ancho río se extendía bajo él — llano, liso, brillante como una llanura de plata; y su prau, que desde la orilla parecía muy corta y negra, se deslizó a lo largo de la llanura de plata y más allá, hacia el azul del mar.

Tres veces Matara, de pie a mi lado, pronunció en voz alta su nombre entre duelo e imprecaciones. Me conmovió el corazón. Latió tres veces; y tres veces, con los ojos de mi mente, vi en la penumbra del interior cerrado del prau a una mujer de cabellos sueltos al viento que se alejaba de su tierra y de su gente. Sentí ira, y pena. ¿Por qué? Y entonces yo también lancé insultos y amenazas. Matara dijo: —Ahora que han abandonado nuestra tierra, sus vidas me pertenecen. Los seguiré y golpearé, y solo yo pagaré el precio de sangre. Un gran viento barría hacia el sol poniente sobre el río vacío. Grité: —¡A su lado iré! Él inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Era su destino. El sol se había puesto, y los árboles sacudían sus ramas con gran estrépito sobre nuestras cabezas.

La tercera noche partimos juntos de nuestra tierra en un prau mercante.

El mar nos salió al encuentro: el mar, vasto, sin caminos ni voz. Un prau a vela no deja rastro. Fuimos hacia el sur. La luna estaba llena; y mirándola, nos dijimos el uno al otro: —Cuando luzca la próxima luna como esta, habremos regresado y estarán muertos. Eso fue hace quince años. Muchas lunas han crecido y menguado y no he vuelto a ver mi tierra. Navegamos hacia el sur; adelantamos a muchos praus; examinamos ríos y bahías; vimos el extremo de nuestra costa, de nuestra isla: un cabo escarpado sobre un estrecho turbulento, donde a la deriva flotan las sombras de los praus naufragados y los ahogados claman en la noche. El ancho mar nos rodeaba ya por completo. Vimos una gran montaña que ardía en medio de las aguas; vimos miles de islotes dispersos como fragmentos de hierro disparados desde un gran cañón; vimos una larga costa de montañas y tierras bajas que se extendía bañada por el sol de oeste a este. Era Java. Nos dijimos: —Allí están; se les acerca la hora, y regresaremos o moriremos limpios de deshonra.

Desembarcamos. ¿Hay algo bueno en ese país? Los caminos son rectos, duros y polvorientos. Los campones de piedra, repletos de rostros blancos, están rodeados de campos fértiles, pero todo hombre que uno encuentra es un esclavo. Los gobernantes viven bajo la sombra de una espada extranjera. Ascendimos montañas, atravesamos valles; al ponerse el sol entrábamos en aldeas. Preguntábamos a todos: —¿Han visto a tal hombre blanco? Algunos nos miraban fijamente; otros reían; las mujeres nos daban comida a veces, con miedo y respeto, como si la visitación de Dios nos hubiera perturbado el juicio; pero algunos no entendían nuestra lengua, y algunos nos maldecían, o nos preguntaban bostezando con desdén el motivo de nuestra búsqueda. Una vez, cuando ya nos marchábamos, un anciano nos gritó desde atrás: —¡Desistid!

Seguimos adelante. Ocultando nuestras armas, nos apartábamos humildemente ante los jinetes del camino; nos inclinábamos profundamente en los patios de los jefes que no eran mejores que esclavos. Nos perdíamos por los campos, por la jungla; y una noche, en un bosque enmarañado, dimos con un lugar donde decrepitos muros antiguos habían caído entre los árboles, y donde extraños ídolos de piedra —imágenes talladas de demonios con muchos brazos y piernas, con serpientes enroscadas en torno al cuerpo, con veinte cabezas y que portaban cien espadas— parecían vivir y amenazar a la luz de nuestra hoguera. Nada nos amilanaba. Y en el camino, junto a cada fuego, en los lugares de descanso, siempre hablábamos de ella y de él. Se les acercaba la hora. No hablábamos de otra cosa. ¡No! Ni del hambre, la sed, el cansancio, ni los corazones que flaquean. ¡No! ¡Hablábamos de él y de ella! ¡De ella! Y pensábamos en ellos... ¡en ella! Matara cavilaba junto al fuego. Yo me sentaba a pensar y a pensar, hasta que de pronto volvía a ver la imagen de una mujer, hermosa y joven, grande y orgullosa, y tierna, alejándose de su tierra y de su gente. Matara decía: —Cuando los encontremos, la mataremos a ella primero para lavar la deshonra; luego debe morir el hombre. Yo respondía: —Así será; es su venganza. Me miraba largo rato con sus grandes ojos hundidos.

Volvimos a la costa. Teníamos los pies ensangrentados, los cuerpos consumidos. Dormíamos harapientos a la sombra de recintos de piedra; merodeábamos sucios y enjutos en torno a las puertas de los patios de los hombres blancos. Sus perros peludos nos ladraban, y sus criados gritaban desde lejos: —¡Fuera! Los miserables de baja calaña que guardaban las calles de los campones de piedra nos preguntaban quiénes éramos. Mentíamos, nos arrastrábamos, sonreíamos con odio en el corazón, y no cesábamos de mirar aquí, mirar allá en busca de ellos: del hombre blanco de cabello como llamas, y de ella, de la mujer que había faltado a su palabra, y que por eso debía morir. Buscábamos. Al fin, en el rostro de cada mujer creí reconocer el suyo. Corríamos veloces. ¡No! A veces Matara susurraba: —Ahí está el hombre —y esperábamos agazapados. Se acercaba. No era él; esos holandeses son todos iguales. Padeíamos la angustia del engaño. En sueños veía su rostro, y me sentía a la vez dichoso y triste... ¿Por qué? Me pareció oír un susurro cerca de mí. Me volví bruscamente. ¡No estaba allí! Y mientras avanzábamos penosamente de ciudad de piedra en ciudad de piedra, me pareció oír junto a mí un paso ligero. Llegó un momento en que lo oí siempre, y me alegraba. Pensaba, andando aturdido y exhausto bajo el sol por los duros caminos de los hombres blancos: pensaba: «¡Ella está ahí... con nosotros!»... Matara era sombrío. Pasábamos hambre con frecuencia.

Vendimos las vainas talladas de nuestros krisses: las vainas de marfil con remates de oro. Vendimos las empuñaduras enjoyadas. Pero guardamos las hojas: para ellos. Las hojas que no tocan sino para matar... guardamos las hojas para ella... ¿Por qué? Ella estaba siempre a nuestro lado... Pasamos hambre. Mendigamos. Por fin abandonamos Java.

Fuimos al oeste, fuimos al este. Vimos muchas tierras, multitudes de rostros extraños, hombres que viven en los árboles y hombres que se comen a sus ancianos. Cortamos rattanes en el bosque por un puñado de arroz, y para ganarnos la vida barrimos las cubiertas de grandes barcos y soportamos maldiciones sobre nuestras cabezas. Trabajamos como jornaleros en aldeas; vagamos por los

mares con la gente bajow, que no tiene patria. Luchamos a sueldo; nos alquilamos para trabajar con hombres de Goram, y nos engañaron; y bajo las órdenes de rudos rostros blancos buceamos en busca de perlas en bahías estériles salpicadas de rocas negras, en una costa de arena y desolación. Y en todas partes observamos, escuchamos, preguntamos. Preguntamos a mercaderes, a bandidos, a hombres blancos. Oímos burlas, escarnios, amenazas: palabras de asombro y palabras de desprecio. Nunca conocimos el descanso; nunca pensamos en el hogar, pues nuestra obra no había concluido. Pasó un año, luego otro. Dejé de contar las noches, las lunas, los años. Velé por Matara. A él le daba mi último puñado de arroz; si había agua para uno, él bebía; le abrigaba cuando tiritaba de frío; y cuando le sobrevenía la fiebre ardiente yo permanecía en vela muchas noches y le abanicaba el rostro. Era un hombre fiero, y era mi amigo. Hablaba de ella con furia a la luz del día, con tristeza en la oscuridad; la recordaba en la salud, en la enfermedad. Yo no decía nada; pero la veía cada día, ¡siempre! Al principio solo veía su cabeza, como la de una mujer que camina envuelta en la niebla baja sobre la orilla de un río. Luego se sentaba junto a nuestro fuego. ¡La veía! ¡La miraba! Tenía ojos tiernos y un rostro arrebatador. Le murmuraba por la noche. Matara preguntaba a veces con voz soñolienta: —¿Con quién habla? ¿Quién hay ahí? Yo respondía rápidamente: —Nadie... ¡Era mentira! Ella no me abandonaba nunca. Compartía el calor de nuestro fuego, se sentaba en mi lecho de hojas, nadaba por el mar para seguirme... ¡La veía!... Os digo que veía su largo cabello negro extendido detrás de ella sobre el agua iluminada por la luna mientras avanzaba con los brazos desnudos junto al costado de un prau veloz. Era hermosa, era fiel, y en el silencio de tierras extrañas me hablaba muy bajo en la lengua de mi pueblo. Nadie la veía; nadie la oía; ¡era solo mía! A la luz del día caminaba con paso ondulante ante mí por los caminos fatigosos; su figura era recta y flexible como el tallo de un árbol esbelto; los talones de sus pies eran redondos y pulidos como cáscaras de huevo; con su brazo redondo hacía señales. De noche me miraba al rostro. ¡Y estaba triste! Sus ojos eran tiernos y asustados; su voz, suave y suplicante. Una vez le murmuré: «No morirá», y ella

sonrió... ¡desde entonces siempre sonreía!... Me infundía valor para soportar el cansancio y las penalidades. Eran tiempos de dolor, y ella me consolaba. Vagábamos con paciencia en nuestra búsqueda. Conocimos el engaño, las falsas esperanzas; conocimos el cautiverio, la enfermedad, la sed, la miseria, la desesperación... ¡Basta! ¡Los encontramos!...

Exclamó las últimas palabras y calló. Su rostro era impasible, y permanecía inmóvil como un hombre en trance. Hollis se incorporó bruscamente y apoyó los codos sobre la mesa. Jackson hizo un movimiento brusco y rozó sin querer la guitarra. Una resonancia lastimera llenó el camarote de vibraciones confusas que fueron apagándose lentamente. Entonces Karain comenzó a hablar de nuevo. La fiereza contenida de su tono parecía elevarse como una voz procedente del exterior, como algo no dicho pero escuchado; llenó el camarote y envolvió en su murmullo intenso y amortiguado la figura inmóvil sentada en el sillón.

Íbamos camino de Atjeh, donde había guerra; pero la embarcación encalló en un banco de arena y tuvimos que desembarcar en Delli. Habíamos ganado algo de dinero y habíamos comprado un fusil a unos mercaderes de Selangor; solo un fusil, que se disparaba con la chispa de una piedra; Matara lo llevaba. Desembarcamos. Muchos hombres blancos vivían allí, cultivando tabaco en llanuras conquistadas, y Matara... Pero qué importa. ¡Lo vio!... ¡Al holandés!... ¡Por fin!... Nos arrastramos y vigilamos. Dos noches y un día lo vigilamos. Tenía una casa: una casa grande en un claro en medio de sus campos; flores y arbustos crecían a su alrededor; había senderos estrechos de tierra amarilla entre la hierba cortada, y gruesos setos para impedir el paso. La tercera noche llegamos armados y nos tendimos detrás de un seto.

Un rocío espeso parecía empaparnos hasta las entrañas, que se nos helaban. La hierba, las ramas, las hojas, cubiertos de gotas de agua, eran grises a la luz de la luna. Matara, encogido en la hierba, temblaba dormido. Los dientes me castañeteaban en la cabeza tan fuerte que temí que el ruido despertara a toda la comarca. A lo lejos,

los vigilantes de las casas de los hombres blancos golpeaban tablillas de madera y ululaban en la oscuridad. Y, como cada noche, la vi a mi lado. ¡Ya no sonreía!... El fuego de la angustia ardía en mi pecho, y ella me susurraba con compasión, con ternura, en voz baja, como hacen las mujeres; aliviaba el dolor de mi mente; inclinaba su rostro sobre mí: el rostro de una mujer que arrebatara los corazones y silenciera la razón de los hombres. ¡Era toda mía, y nadie podía verla: nadie de entre los vivos! Las estrellas brillaban a través de su pecho, a través de su cabello flotante. Me embargaron el arrepentimiento, la ternura, la pena. Matara dormía... ¿Había dormido yo? Matara me sacudía por el hombro, y el fuego del sol secaba la hierba, los arbustos, las hojas. Era de día. Jirones de niebla blanca colgaban entre las ramas de los árboles.

¿Era de noche o de día? No volví a ver nada hasta que oí a Matara respirar agitadamente donde yacía, y entonces, fuera de la casa, la vi a ella. Los vi a los dos. Habían salido. Ella estaba sentada en un banco junto a la pared, y ramas cargadas de flores trepaban alto sobre su cabeza y se mecían sobre su cabello. Tenía una caja en el regazo y miraba dentro contando el aumento de sus perlas. El holandés estaba de pie a su lado observándola; le sonreía desde arriba; sus dientes blancos destellaban; el pelo de su labio era como dos llamas retorcidas. Era grande y gordo, y alegre, y sin miedo. Matara vertió pólvora fresca desde el hueco de su palma, raspó el pedernal con la uña del pulgar, y me dio el fusil. ¡A mí! Lo tomé... ¡Oh, destino!

Me susurró al oído, tumbado boca abajo: —Me arrastraré hasta cerca y luego haré amok... que muera por mi mano. Usted apunte al cerdo gordo de ahí. Deje que me vea limpiar mi vergüenza de la faz de la tierra, y entonces... es mi amigo: mate con un tiro certero. No dije nada; no había aire en mi pecho: no había aire en el mundo. Matara había desaparecido de mi lado de repente. La hierba se mecía. Luego un arbusto crujió. Ella levantó la cabeza.

¡La vi! ¡El consuelo de las noches en vela, de los días fatigosos; la compañera de los años turbulentos! ¡La vi! Miraba directamente al

lugar donde yo estaba agazapado. Estaba allí tal como la había visto durante años: una fiel viajera a mi lado. Me miraba con ojos tristes y labios sonrientes; me miraba a mí... ¡Labios sonrientes! ¡Acaso no le había prometido que no moriría!

Estaba lejos y la sentía cerca. Su contacto me acariciaba, y su voz murmuraba, susurraba sobre mí, en torno a mí: «¿Quién será tu compañero, quién te consolará si muero?». Vi que un arbusto florido a su izquierda se agitaba un poco... Matara estaba listo... Grité en voz alta: —¡Vuelva!

Ella dio un salto; la caja cayó; las perlas se derramaron a sus pies. El grandote holandés a su lado lanzó una mirada amenazante por la quieta luz del sol. El fusil subió a mi hombro. Estaba arrodillado y firme: más firme que los árboles, las rocas, las montañas. Pero ante el largo cañón inmóvil los campos, la casa, la tierra, el cielo oscilaban de un lado a otro como sombras en un bosque en un día de viento. Matara salió de un salto del matorral; ante él los pétalos de flores desgarradas giraban en el aire como impulsados por un vendaval. La oí gritar; la vi lanzarse con los brazos abiertos delante del hombre blanco. Era una mujer de mi pueblo y de sangre noble. ¡Así son ellas! Oí su alarido de angustia y de miedo, ¡y todo quedó inmóvil! Los campos, la casa, la tierra, el cielo se detuvieron mientras Matara se abalanzaba sobre ella con el brazo levantado. Apreté el gatillo, vi una chispa, no oí nada; el humo me golpeó de vuelta en el rostro, y entonces vi a Matara dar una vuelta de campana y quedar tendido con los brazos extendidos a sus pies. ¡Ah! ¡Un tiro certero! El sol caía sobre mi espalda más frío que el agua corriente. ¡Un tiro certero! Arrojé el fusil tras el disparo. Aquellos dos se quedaron sobre el muerto como hechizados por un sortilegio. Le grité a ella: —¡Viva y recuerde! Entonces, durante un tiempo, tropecé en una oscuridad fría.

Detrás de mí resonaban grandes gritos, el correr de muchos pies; hombres desconocidos me rodearon, me gritaron palabras sin sentido al rostro, me empujaron, me arrastraron, me sostuvieron... Me encontré ante el grandote holandés; me miraba como si le

hubieran robado el juicio. Quería saber, hablaba atropelladamente, habló de gratitud, me ofreció comida, cobijo, oro: me hizo muchas preguntas. Le reí en la cara. Dije: —Soy un viajero korinchi de Perak, allí, y no sé nada de ese muerto. Pasaba por el camino cuando oí un disparo, y su gente insensata salió corriendo y me arrastró hasta aquí. ¡Levantó los brazos, se maravilló, no podía creerlo, no podía comprenderlo, vociferó en su propia lengua! Ella tenía los brazos enlazados alrededor de su cuello, y por encima de su hombro me miraba fijamente con los ojos muy abiertos. Yo le sonreí y la miré; le sonreí y esperé oír el sonido de su voz. El hombre blanco le preguntó de repente: —¿Lo conoce? ¡Escuché: mi vida estaba en mis oídos! Me miró largo rato, me miró con ojos sin vacilar, y dijo en voz alta: —¡No! Nunca lo he visto antes... ¡Qué! ¿Nunca antes? ¿Acaso había olvidado ya? ¿Era posible? ¡Olvidado ya... después de tantos años, de tantos años de vagabundeo, de compañía, de desventuras, de palabras tiernas! ¡Olvidado ya!... Me solté de las manos que me sujetaban y me marché sin decir palabra... Me dejaron ir.

Estaba agotado. ¿Dormí? No lo sé. Recuerdo caminar por un camino ancho bajo un cielo de clara luz de estrellas; y ese país extraño parecía tan grande, los arrozales tan vastos, que, al mirar en derredor, la cabeza me daba vueltas de miedo ante la inmensidad del espacio. Entonces vi un bosque. La alegre luz de las estrellas pesaba sobre mí. Me aparté del camino y entré en el bosque, que era muy sombrío y muy triste.

V

El tono de Karain había ido bajando y bajando, como si se hubiera ido alejando de nosotros, hasta que las últimas palabras sonaron tenues pero claras, como si hubieran sido gritadas en un día en calma desde una gran distancia. No se movió. Miraba fijamente por encima de la cabeza inmóvil de Hollis, que le encaraba igual de quieto. Jackson se había vuelto de lado y, con el codo sobre la mesa, se cubría los ojos con la palma de la mano. Y yo miraba, sorprendido y conmovido; miraba a aquel hombre, fiel a una visión, traicionado

por su sueño, desdeñado por su ilusión, que acudía a nosotros, los incrédulos, en busca de ayuda: en busca de ayuda contra un pensamiento. El silencio era profundo; pero parecía lleno de fantasmas silenciosos, de cosas llenas de pesar, sombrías y mudas, en cuya invisible presencia el firme y pulsante tictac de los dos cronómetros del barco marcando con regularidad los segundos de la hora de Greenwich me parecía una protección y un alivio. Karain miraba con ojos pétreos; y contemplando su figura rígida, pensé en sus andanzas, en esa oscura Odisea de venganza, en todos los hombres que vagan entre ilusiones, fieles, infieles; en las ilusiones que dan alegría, que dan tristeza, que dan dolor, que dan paz; en las invencibles ilusiones que pueden hacer que la vida y la muerte parezcan serenas, inspiradoras, atormentadas o innobles.

Se oyó un murmullo; aquella voz llegada de fuera parecía fluir desde un mundo soñado hacia la luz de la lámpara del camarote. Karain hablaba.

Viví en el bosque.

Ella no volvió. ¡Nunca! ¡Ni una sola vez! Viví solo. Había olvidado. Estaba bien. No la quería; no quería a nadie. Encontré una casa abandonada en un claro antiguo. Nadie se acercaba. A veces oía en la distancia las voces de gente que pasaba por un sendero. Dormía; descansaba; había arroz silvestre, agua de un arroyo corriente, ¡y paz! Todas las noches me sentaba solo junto a mi pequeño fuego ante la cabaña. Muchas noches pasaron sobre mi cabeza.

Luego, una tarde, mientras estaba sentado junto a mi fuego tras haber comido, miré al suelo y empecé a rememorar mis andanzas. Levanté la cabeza. No había oído ningún sonido, ningún crujido, ningún paso; pero levanté la cabeza. Un hombre cruzaba el pequeño claro hacia mí. Esperé. Se acercó sin saludar y se acuclilló junto al fuego. Entonces volvió su rostro hacia mí. Era Matara. Me miraba fijamente con sus grandes ojos hundidos. La noche era fría; el calor salió de pronto del fuego, y él me miraba fijamente. Me levanté y me marché de allí, dejándolo junto al fuego que no tenía calor.

Caminé toda esa noche, todo el día siguiente, y al atardecer encendí una gran hoguera y me senté... a esperarlo. No había entrado en la luz. Lo oía en los arbustos de aquí y de allá, susurrando, susurrando. Lo entendí al fin: había oído antes esas palabras: «Es mi amigo: mate con un tiro certero».

Lo soporté todo lo que pude, y entonces salté y huí, igual que esta misma noche salté de mi empalizada y nadé hasta vosotros. Corrí: corrí llorando como un niño abandonado y lejos de las casas. Él corría a mi lado, sin pasos, susurrando, susurrando: invisible y oído. Busqué a la gente: ¡quería hombres a mi alrededor! ¡Hombres que no hubieran muerto! Y volvimos a vagar los dos. Busqué el peligro, la violencia, la muerte. Luché en la guerra de Atjeh, y un pueblo valeroso se admiraba del valor de un extraño. Pero éramos dos; él desviaba los golpes... ¿Por qué? Yo quería la paz, no la vida. Y nadie podía verlo; nadie lo sabía: no me atrevía a contárselo a nadie. A veces me dejaba, pero no por mucho tiempo; luego volvía y susurraba o me miraba fijamente. El corazón me desgarraba un miedo extraño, pero no podía morir. Entonces conocí a un anciano.

Todos vosotros lo conocíais. La gente de aquí lo llamaba mi hechicero, mi servidor y portador de espada; pero para mí era padre, madre, protección, refugio y paz. Cuando lo conocí volvía de una peregrinación, y lo oí entonar la oración del crepúsculo. Había ido al lugar santo con su hijo, la esposa de este y un niño pequeño; y a su regreso, por gracia del Altísimo, todos murieron: el hombre fuerte, la madre joven, el niño pequeño; murieron, y el anciano llegó solo a su tierra. Era un peregrino sereno y piadoso, muy sabio y muy solitario. Le conté todo. Durante un tiempo vivimos juntos. Pronunció sobre mí palabras de compasión, de sabiduría, de oración. Ahuyentó de mí la sombra del muerto. Le supliqué un amuleto que me pusiera a salvo. Durante mucho tiempo se negó; pero al fin, con un suspiro y una sonrisa, me lo dio. Sin duda podía gobernar un espíritu más fuerte que el desasosiego de mi amigo muerto, y de nuevo tuve paz; pero me había vuelto inquieto, y amante del tumulto y del peligro. El anciano nunca me abandonó. Viajamos juntos. Los grandes nos acogieron; su sabiduría y mi valor son

recordados donde vuestro poderío, ¡oh hombres blancos!, ha caído en el olvido. Servimos al sultán de Sulú. Combatimos a los españoles. Hubo victorias, esperanzas, derrotas, penas, sangre, lágrimas de mujeres... ¿Para qué?... Huimos. Reunimos vagabundos de una raza guerrera y vinimos aquí a combatir de nuevo. Lo demás ya lo sabéis. Soy el gobernante de una tierra conquistada, amante de la guerra y del peligro, guerrero y conspirador. Pero el anciano ha muerto, y soy de nuevo esclavo del muerto. ¡Ya no está aquí para ahuyentar la sombra que reprocha, para silenciar la voz sin vida! El poder de su amuleto ha muerto con él. Y tengo miedo; y oigo el susurro: «¡Mata! ¡Mata! ¡Mata!»... ¿Acaso no he matado bastante?...

Por primera vez esa noche un repentino espasmo de locura y de rabia cruzó su rostro. Sus miradas vacilantes se disparaban de aquí para allá como pájaros asustados en una tormenta. Se puso de pie de un salto, gritando:

Por los espíritus que beben sangre; por los espíritus que gritan en la noche; por todos los espíritus de la furia, la desdicha y la muerte, lo juro: algún día hundiré el acero en cada corazón que encuentre, yo...

Parecía tan peligroso que los tres nos pusimos en pie de un salto, y Hollis, con el dorso de la mano, mandó el kris volando fuera de la mesa. Creo que gritamos todos a una. Fue un susto breve, y al instante siguiente él estaba de nuevo sereno en su silla, con tres hombres blancos plantados sobre él en actitudes más bien ridículas. Nos sentimos un poco avergonzados de nosotros mismos. Jackson recogió el kris y, tras una mirada interrogante hacia mí, se lo entregó. Él lo recibió con una majestuosa inclinación de la cabeza y se lo clavó en el pliegue del sarong, con escrupuloso cuidado de darle a su arma una posición pacífica. Luego alzó los ojos hacia nosotros con una sonrisa austera. Nos sentíamos cohibidos y reprendidos. Hollis se sentó de lado sobre la mesa y, sujetándose el mentón con la mano, lo escrutó en pensativo silencio. Yo dije:

—Debe usted quedarse con su pueblo. Lo necesitan. Y en la vida hay olvido. Hasta los muertos dejan con el tiempo de hablar.

—¿Acaso soy una mujer, para olvidar largos años antes de que un párpado haya tenido tiempo de parpadear dos veces? —exclamó, con amargo resentimiento. Me sobresaltó. Era asombroso. Para él su vida —aquel cruel espejismo de amor y de paz— parecía tan real, tan innegable como lo sería la suya para cualquier santo, filósofo o necio de entre nosotros. Hollis mascullo:

—No lo consolará usted con sus lugares comunes.

Karain me habló.

—Usted nos conoce. Ha vivido entre nosotros. ¿Por qué? No podemos saberlo; pero usted comprende nuestras penas y nuestros pensamientos. Ha vivido con mi pueblo, y comprende nuestros deseos y nuestros temores. Con usted me iré. A su tierra, a su pueblo. A su pueblo, que vive en la incredulidad; para quien el día es el día, y la noche es la noche: nada más, porque ustedes comprenden todo lo que se ve, iy desprecian todo lo demás! A su tierra de incredulidad, donde los muertos no hablan, donde cada hombre es sabio, y está solo... iy en paz!

—Excelente descripción —murmuró Hollis, con el temblor de una sonrisa.

Karain bajó la cabeza.

—Puedo afanarme, y combatir, y ser fiel —susurró, con voz fatigada—, pero no puedo volver junto a aquel que me espera en la orilla. ¡No! Lléveme con usted... O bien deme algo de su fuerza: de su incredulidad... ¡Un amuleto!...

Parecía completamente agotado.

—Sí, lléveselo a su patria —dijo Hollis, muy quedo, como quien delibera consigo mismo—. Esa sería una forma. Los fantasmas de allá están en sociedad, y charlan con afabilidad con damas y caballeros, pero despreciarían a un ser humano desnudo... como nuestro principesco amigo... Desnudo... ¡Desollado, diría yo! Lo compadezco. Imposible, por supuesto. El final de todo esto será —prosiguió, alzando los ojos hacia nosotros—, el final de esto será que

algún día se lanzará amok entre sus fieles súbditos y mandará ad patres a un buen puñado de ellos antes de que se decidan a la deslealtad de partirle la cabeza.

Asentí. Me parecía más que probable que ese fuera el final de Karain. Era evidente que su pensamiento lo había acosado hasta el límite mismo de la resistencia humana, y hacía falta muy poca presión más para que se despeñara en la forma de locura propia de su raza. La tregua que había tenido durante la vida del anciano hacía insoportable el regreso del tormento. Eso quedaba claro.

Levantó la cabeza de pronto; por un momento habíamos imaginado que dormitaba.

—¡Deme su protección, o su fuerza! —gritó—. Un amuleto... ¡un arma!

De nuevo el mentón le cayó sobre el pecho. Lo miramos, luego nos miramos unos a otros con un temor receloso en los ojos, como hombres que se topan de improviso con el escenario de algún desastre misterioso. Se había entregado a nosotros; había puesto en nuestras manos sus errores y su tormento, su vida y su paz; y no sabíamos qué hacer con aquel problema surgido de las tinieblas exteriores. Nosotros tres, hombres blancos, mirando al malayo, no éramos capaces de hallar entre todos una sola palabra atinada, si es que existía siquiera una palabra que pudiera resolver aquel problema. Cavilábamos, y se nos caía el alma a los pies. Nos sentíamos como si a nosotros tres nos hubieran convocado a las puertas mismas de las Regiones Infernales para juzgar, para decidir el destino de un caminante que llegaba de improviso de un mundo de sol y de ilusiones.

—Por Júpiter, parece tener una gran idea de nuestro poder —susurró Hollis, sin esperanza. Y de nuevo se hizo el silencio, el débil chapoteo del agua, el tictac constante de los cronómetros. Jackson, con los brazos desnudos cruzados, apoyaba los hombros contra el mamparo del camarote. Inclínaba la cabeza bajo el bao de la cubierta; su rubia barba se desplegaba magníficamente sobre el

pecho; parecía colosal, inútil y manso. Había algo lúgubre en el aspecto del camarote; el aire parecía cargarse lentamente del cruel frío de la impotencia, de la ira despiadada del egoísmo contra la forma incomprensible de un dolor entrometido. No teníamos idea de qué hacer; empezábamos a resentir amargamente la dura necesidad de deshacernos de él.

Hollis meditaba, y de pronto masculló con una breve risa: «Fuerza... Protección... Amuleto». Se deslizó de la mesa y abandonó el camarote sin mirarnos. Pareció una vil deserción. Jackson y yo cambiamos miradas indignadas. Podíamos oírlo rebuscar en aquel palomar que era su camarote. ¿Sería posible que el tipo se fuera a acostar? Karain suspiró. ¡Era intolerable!

Entonces Hollis reapareció, sosteniendo entre ambas manos una pequeña caja de cuero. La depositó con suavidad sobre la mesa y nos miró con un extraño jadeo, nos pareció, como si por alguna causa se hubiera quedado sin habla un instante, o dudara moralmente de si sacar aquella caja. Pero al momento la insolente y certera sabiduría de su juventud le dio el valor necesario. Dijo, mientras abría la caja con una llavecita muy pequeña:

—Poned toda la solemnidad que podáis, muchachos.

Probablemente solo parecíamos sorprendidos y bobos, porque miró por encima del hombro y dijo, colérico:

—Esto no es un juego; voy a hacer algo por él. Poned cara seria. ¡Maldita sea!... ¡No sabéis mentir un poco... por un amigo!

Karain parecía no prestarnos atención, pero cuando Hollis abrió de golpe la tapa de la caja sus ojos volaron hacia ella, y los nuestros también. El acolchado raso carmesí del interior ponía una violenta mancha de color en la atmósfera sombría; era algo positivo que mirar: resultaba fascinante.

VI

Hollis contemplaba sonriente el interior de la caja. Hacía poco se había dado una escapada a Inglaterra a través del Canal. Había

estado ausente seis meses, y se nos había reunido de nuevo justo a tiempo para este último viaje. Nunca antes habíamos visto aquella caja. Sus manos revoloteaban sobre ella; y nos hablaba con ironía, pero su rostro se puso tan grave como si pronunciara un poderoso conjuro sobre las cosas de dentro.

—Cada uno de nosotros —dijo, con pausas que de algún modo resultaban más ofensivas que sus palabras—, cada uno de nosotros, lo admitiréis, ha sido perseguido por alguna mujer... Y... en cuanto a los amigos... quedados por el camino... ¡En fin!... preguntaos vosotros mismos...

Se detuvo. Karain lo miraba fijamente. Se oyó un sordo retumbo allá arriba, bajo la cubierta. Jackson dijo con seriedad:

—No seas tan asquerosamente cínico.

—¡Ah! Tú eres sin doblez —dijo Hollis, con tristeza—. Ya aprenderás... Entretanto, este malayo ha sido amigo nuestro...

Repitió varias veces, pensativo: «Amigo... Malayo. Amigo, Malayo», como sopesando las palabras una contra otra, luego prosiguió con más brío:

—Un buen tipo, un caballero a su manera. No podemos, por así decirlo, volver la espalda a su confianza y a su fe en nosotros. Esos malayos se impresionan con facilidad: son puro nervio, ya sabéis... por lo tanto...

Se volvió bruscamente hacia mí.

—Tú lo conoces mejor —dijo, en tono práctico—. ¿Crees que es fanático, quiero decir, muy estricto en su fe?

Balbuocé, en profundo asombro, que no lo creía.

—Es por lo de ser una efigie: una imagen grabada —masculló Hollis, enigmático, volviéndose hacia la caja. Hundió los dedos en ella. Karain tenía los labios entreabiertos y los ojos le brillaban. Nosotros miramos dentro de la caja.

Había allí un par de carretes de hilo, un paquete de agujas, un trozo de cinta de seda, de un azul oscuro; una fotografía de gabinete, a la que Hollis lanzó una mirada furtiva antes de dejarla sobre la mesa boca abajo. El retrato de una muchacha, alcancé a ver. Había, entre un montón de pequeños objetos diversos, un ramo de flores, un estrecho guante blanco con muchos botones, un delgado paquete de cartas cuidadosamente atado. ¡Amuletos de hombres blancos! ¡Talismanes y filtros! Amuletos que los mantienen en el buen camino, que los tuercen, que tienen el poder de arrancar un suspiro a un joven, una sonrisa a un viejo. Poderosas cosas que procuran sueños de dicha, pensamientos de pesar; que ablandan los corazones duros, y pueden templar uno blando hasta la dureza del acero. Dádivas del cielo: cosas de la tierra...

Hollis rebuscó en la caja.

Y me pareció, durante aquel momento de espera, que el camarote de la goleta se iba llenando de un movimiento invisible y vivo, como de sutiles alientos. Todos los fantasmas expulsados del Occidente incrédulo por hombres que presumen de ser sabios y de estar solos y en paz, todos los fantasmas sin hogar de un mundo incrédulo, aparecieron de pronto en torno a la figura de Hollis inclinada sobre la caja; todas las desterradas y encantadoras sombras de mujeres amadas; todos los hermosos y tiernos fantasmas de los ideales, recordados, olvidados, acariciados, execrados; todos los repudiados y reprochadores fantasmas de amigos admirados, en quienes se confió, calumniados, traicionados, dejados por muertos en el camino; todos parecían acudir desde las inhóspitas regiones de la tierra para agolparse en el sombrío camarote, como si fuera un refugio y, en todo el mundo incrédulo, el único lugar de una fe vengadora... Duró un segundo... todos desaparecieron. Hollis estaba solo frente a nosotros con algo pequeño que le relucía entre los dedos. Parecía una moneda.

—¡Ah! Aquí está —dijo.

La sostuvo en alto. Era una moneda de seis peniques: una moneda del Jubileo. Estaba dorada; tenía un agujero perforado

cerca del borde. Hollis miró hacia Karain.

—Un amuleto para nuestro amigo —nos dijo—. La cosa en sí es de gran poder: dinero, ya sabéis, y su imaginación está impresionada. Un vagabundo leal; con tal de que su puritanismo no se espante ante una efigie...

No dijimos nada. No sabíamos si escandalizarnos, divertirnos o sentir alivio. Hollis avanzó hacia Karain, que se puso en pie como sobresaltado, y entonces, sosteniendo la moneda en alto, habló en malayo.

—Esta es la imagen de la Gran Reina, y la cosa más poderosa que conocen los hombres blancos —dijo, solemne.

Karain cubrió la empuñadura de su kris en señal de respeto, y contempló la testa coronada.

—La Invencible, la Piadosa —murmuró.

—Es más poderosa que Suleimán el Sabio, que mandaba sobre los genios, como bien sabes —dijo Hollis, con gravedad—. Te la daré.

Sostenía la moneda de seis peniques en la palma de la mano y, mirándola con aire pensativo, nos habló en inglés.

—Ella manda también sobre un espíritu: el espíritu de su nación; un demonio dominante, concienzudo, sin escrúpulos, invencible... que hace mucho bien, incidentalmente... mucho bien... a veces, y que no toleraría el menor alboroto ni del mejor fantasma del mundo por una nadería como el tiro de nuestro amigo. No pongáis esa cara de espanto, muchachos. Ayudadme a hacerle creer... todo está en eso.

—Su pueblo se escandalizará —murmuré.

Hollis miró fijamente a Karain, que era la encarnación de la esencia misma de una quieta exaltación. Estaba rígido, con la cabeza echada hacia atrás; los ojos le giraban desorbitados, centelleantes; las dilatadas aletas de la nariz le temblaban.

—¡Al diablo con todo! —dijo Hollis por fin—, es un buen tipo. Le daré algo que voy a echar de menos de verdad.

Sacó la cinta de la caja, la miró con desdén, luego, con unas tijeras, recortó un trozo de la palma del guante.

—Voy a hacerle una cosa como las que llevan esos campesinos italianos, ya sabéis.

Cosió la moneda en el delicado cuero, cosió el cuero a la cinta, ató los extremos. Trabajaba deprisa. Karain le observó los dedos todo el tiempo.

—Ea, ya está —dijo; luego se acercó a Karain. Se miraron a los ojos de cerca. Los de Karain miraban con una expresión perdida, pero los de Hollis parecían oscurecerse y contemplaban con aire dominante y avasallador. Formaban un violento contraste... uno inmóvil y del color del bronce, el otro de un blanco deslumbrante y alzando los brazos, donde los poderosos músculos rodaban levemente bajo una piel que relucía como el raso. Jackson se acercó con el aire de un hombre que se arrima a un camarada en un aprieto. Yo dije con solemnidad, señalando a Hollis:

—Es joven, pero es sabio. ¡Créale!

Karain agachó la cabeza; Hollis le echó con ligereza por encima la cinta de azul oscuro y retrocedió.

—¡Olvida, y ten paz! —grité.

Karain pareció despertar de un sueño. Dijo: «¡Ha!», se sacudió como quien se libra de una carga. Miró alrededor con seguridad. Alguien en cubierta apartó la tapa de la claraboya, y un raudal de luz cayó dentro del camarote. Ya era de mañana.

—Es hora de subir a cubierta —dijo Jackson.

Hollis se puso una chaqueta, y subimos, con Karain a la cabeza.

El sol había salido por detrás de las colinas, y sus largas sombras se tendían lejos sobre la bahía en la luz nacarada. El aire estaba

claro, inmaculado y fresco. Señalé la curva línea de las arenas amarillas.

—Él no está ahí —le dije a Karain, con énfasis—. Ya no espera. Se ha marchado para siempre.

Un haz de rayos vivos y ardientes se lanzó dentro de la bahía entre las cumbres de dos colinas, y el agua toda estalló, como por arte de magia, en un centelleo deslumbrante.

—¡No! No está ahí esperando —dijo Karain, tras una larga mirada sobre la playa—. No lo oigo —prosiguió, despacio—. ¡No!

Se volvió hacia nosotros.

—¡Se ha marchado de nuevo, para siempre! —gritó.

Asentimos con vigor, repetidamente y sin escrúpulos. Lo importante era impresionarlo poderosamente; sugerirle una seguridad absoluta: el fin de toda tribulación. Hicimos cuanto pudimos; y espero que afirmáramos con la eficacia suficiente nuestra fe en el poder del amuleto de Hollis como para poner el asunto más allá de la menor sombra de duda. Nuestras voces resonaban en torno a él, gozosas, en el aire quieto, y sobre su cabeza el cielo, diáfano, puro, inmaculado, arqueaba su tierno azul de orilla a orilla y sobre la bahía, como para envolver el agua, la tierra y al hombre en la caricia de su luz.

El ancla estaba levada, las velas colgaban inmóviles, y se vio a media docena de grandes botes barrer la bahía para remolcarnos afuera. Los remeros del primero que se puso al costado alzaron la cabeza y vieron a su soberano de pie entre nosotros. Se elevó un sordo murmullo de sorpresa, luego un grito de saludo.

Nos dejó, y pareció al punto pisar el glorioso esplendor de su escenario, envolverse en la ilusión del éxito ineludible. Por un momento permaneció erguido, un pie sobre el portalón, una mano en la empuñadura de su kris, en pose marcial; y, aliviado del miedo a las tinieblas exteriores, mantuvo la cabeza alta, paseó una mirada serena por el trozo de tierra conquistado que pisaba. Los botes, a lo

lejos, recogieron el grito de saludo; un gran clamor rodó sobre el agua; las colinas lo devolvieron en eco, y parecían arrojarle de vuelta las palabras que invocaban larga vida y victorias.

Descendió a una canoa y, tan pronto como se apartó del costado, le dimos tres hurras. Sonaron débiles y comedidos tras el salvaje tumulto de sus leales súbditos, pero fue lo mejor que supimos hacer. Se puso en pie en el bote, alzó ambos brazos, luego señaló el infalible amuleto. Volvimos a vitorear; y los malayos en los botes miraban, muy perplejos e impresionados. Me pregunté qué pensarían ellos; qué pensaría él; ... ¿qué piensas tú, lector?

Remolcamos lentamente hacia afuera. Lo vimos desembarcar y observarnos desde la playa. Una figura se le acercó, humilde pero abiertamente, nada parecida a un fantasma con un agravio. Podíamos ver a otros hombres corriendo hacia él. ¿Acaso lo habían echado de menos? En cualquier caso, había un gran revuelo. Rápidamente se formó un grupo junto a él, y caminó a lo largo de las arenas, seguido de un cortejo cada vez mayor, y se mantuvo casi a la altura de la goleta. Con nuestros catalejos podíamos ver la cinta azul en su cuello y una mancha de blanco en su pardo pecho. La bahía despertaba. Los humos de las hogueras matinales se alzaban en tenues espirales por encima de las copas de las palmeras; había gente moviéndose entre las casas; una manada de búfalos galopaba torpemente por una verde ladera; las esbeltas figuras de unos muchachos blandiendo palos aparecían negras y saltarinas en la alta hierba; una hilera de mujeres, en colores, con cañas de agua sobre la cabeza, avanzaba contoneándose por un ralo bosquecillo de frutales. Karain se detuvo en medio de sus hombres y agitó la mano; luego, desprendiéndose del espléndido grupo, caminó solo hasta la orilla del agua y agitó de nuevo la mano. La goleta salió a mar abierto entre los escarpados promontorios que cerraban la bahía, y en ese mismo instante Karain salió de nuestra vida para siempre.

Pero el recuerdo permanece. Algunos años después me encontré con Jackson, en el Strand. Estaba magnífico como siempre. Su cabeza sobresalía por encima de la multitud. Su barba era de oro, su

rostro rojo, sus ojos azules; llevaba un sombrero gris de ala ancha y ni cuello ni chaleco; era inspirador; acababa de llegar a casa, ¡había desembarcado ese mismísimo día! Nuestro encuentro provocó un remolino en la corriente de la humanidad. Gente apresurada tropezaba con nosotros, luego nos rodeaba, y se volvía a mirar a aquel gigante. Intentamos comprimir siete años de vida en siete exclamaciones; luego, súbitamente apaciguados, caminamos sosegadamente dándonos el uno al otro las noticias de ayer. Jackson miraba en derredor, como un hombre que busca puntos de referencia, luego se detuvo ante el escaparate de Bland. Siempre había tenido pasión por las armas de fuego; así que se paró en seco y contempló la hilera de armas, perfectas y severas, alineadas tras los cristales de marco negro. Yo me quedé a su lado. De pronto dijo:

—¿Te acuerdas de Karain?

Asentí.

—Ver todo esto me ha hecho pensar en él —prosiguió, con el rostro cerca del cristal... y yo pude ver a otro hombre, poderoso y barbado, escrutándolo con atención de entre los oscuros y pulidos cañones que pueden curar tantas ilusiones—. Sí; me ha hecho pensar en él —continuó, despacio—. He visto un periódico esta mañana; están peleando otra vez por allá. Seguro que anda metido en ello. Les hará pasar las moradas a los caballeros. En fin, ¡buena suerte, pobre diablo! Era sencillamente pasmoso.

Seguimos caminando.

—Me pregunto si el amuleto habrá funcionado: el amuleto de Hollis, ya te acuerdas, claro. Si funcionó... ¡Nunca se gastaron seis peniques con mejor provecho! ¡Pobre diablo! Me pregunto si se habrá librado de aquel amigo suyo. Espero que sí... ¿Sabes?, a veces pienso que...

Me detuve y lo miré.

—Sí... quiero decir, si la cosa fue así, ¿entiendes?... si de verdad le sucedió... ¿Tú qué crees?

—Querido amigo —exclamé—, has estado demasiado tiempo lejos de casa. ¡Vaya pregunta! No tienes más que mirar todo esto.

Un acuoso destello de sol relampagueó desde el oeste y se apagó entre dos largas hileras de muros; y entonces la rota confusión de tejados, las chimeneas, las letras doradas desparramadas por las fachadas de las casas, el sombrío brillo de las ventanas, quedaron resignados y hoscos bajo la penumbra que caía. Todo el largo de la calle, honda como un pozo y estrecha como un corredor, estaba lleno de un sombrío e incesante movimiento. Nuestros oídos se llenaban de un atropellado arrastrar y golpear de pasos rápidos y de un rumor subyacente: un rumor vasto, tenue, palpitante, como de alientos jadeantes, de corazones latiendo, de voces entrecortadas. Innumerables ojos miraban fijamente al frente, los pies se movían apresurados, rostros inexpresivos fluían, brazos se balanceaban. Sobre todo ello, una estrecha y desgarrada franja de cielo humoso serpenteaba entre los altos tejados, extendida e inmóvil, como un gallardete mugriento ondeando sobre la desbandada de una turba.

—Sí-í-í-í —dijo Jackson, meditabundo.

Las grandes ruedas de los coches de punto giraban lentamente al borde de las aceras; un joven de rostro pálido paseaba, vencido por la fatiga, junto a su bastón y con los faldones del gabán aleteándole suavemente cerca de los talones; los caballos pisaban con cautela el pavimento resbaladizo, sacudiendo la cabeza; pasaron dos muchachas jóvenes, hablando con vivacidad y con ojos brillantes; un apuesto anciano se pavoneaba, coloradote, atusándose un bigote blanco; y una hilera de tableros amarillos con letras azules se nos acercaba lentamente, bamboleándose en lo alto uno tras otro como algún extraño despojo a la deriva sobre un río de sombreros.

—Sí-í-í-í —repitió Jackson. Sus claros ojos azules miraban en derredor, desdeñosos, divertidos y duros, como los ojos de un muchacho. Una torpe ristra de ómnibus rojos, amarillos y verdes rodaba bamboleándose, monstruosa y chillona; dos niños andrajosos cruzaron la calzada corriendo; un corro de hombres sucios con pañuelos rojos al cuello desnudo se tambaleaba calle adelante,

discutiendo groseramente; un viejo harapiento con cara de desesperación aullaba horriblemente en el barro el nombre de un periódico; mientras que a lo lejos, entre las cabezas oscilantes de los caballos, el apagado destello de los arreos, la maraña de lustrosos paneles y techos de carruajes, alcanzábamos a ver a un policía, con casco y oscuro, tendiendo un brazo rígido en el cruce de las calles.

—Sí; ya lo veo —dijo Jackson, despacio—. Ahí está; jadea, corre, rueda; es fuerte y está vivo; te aplastaría si no anduvieras con ojo; pero que me cuelguen si me resulta todavía tan real como... como aquella otra cosa... digamos, la historia de Karain.

Pensé que, decididamente, había estado demasiado tiempo lejos de casa.

LOS IDIOTAS

Íbamos por el camino de Treguier a Kervanda. Pasamos a buen trote entre los setos que coronaban un terraplén a cada lado del camino; luego, al pie de la empinada cuesta que precede a Ploumar, el caballo aflojó el paso hasta el andar, y el cochero saltó pesadamente del pescante. Chasqueó el látigo y subió la cuesta, caminando torpemente cuesta arriba junto al carruaje, una mano en el estribo, los ojos fijos en el suelo. Al cabo de un rato levantó la cabeza, señaló camino adelante con la punta del látigo, y dijo:

—¡El idiota!

El sol brillaba con violencia sobre la superficie ondulada del terreno. Las lomas estaban coronadas de macizos de árboles raquíticos, cuyas ramas se recortaban en lo alto del cielo como si estuvieran encaramadas sobre zancos. Los pequeños campos, recortados por setos y muros de piedra que zigzagueaban por las laderas, se extendían en parcelas rectangulares de verdes y amarillos vívidos, semejantes a las pinceladas toscas de un cuadro ingenuo. Y el paisaje quedaba dividido en dos por la franja blanca de un camino que se alargaba en largos bucles a lo lejos, como un río de polvo que se arrastrara fuera de las colinas camino del mar.

—Aquí está —dijo el cochero, de nuevo.

Entre la hierba alta que bordeaba el camino, un rostro se deslizó junto al carruaje a la altura de las ruedas mientras pasábamos despacio. El rostro imbécil estaba rojo, y la cabeza rapada, de pelo cortado al rape, parecía yacer sola, con la barbilla hundida en el

polvo. El cuerpo se perdía entre la maleza que crecía espesa en el fondo de la honda cuneta.

Era el rostro de un muchacho. Podía tener dieciséis años, a juzgar por el tamaño, acaso menos, acaso más. A estas criaturas las olvida el tiempo, y viven intactas por los años hasta que la muerte las recoge en su seno compasivo; la fiel muerte que nunca olvida, en el ajetreo de su labor, al más insignificante de sus hijos.

—¡Ah, ahí hay otro! —dijo el hombre, con cierta satisfacción en el tono, como si hubiera avistado algo que esperaba.

Había, en efecto, otro. Aquel se hallaba casi en medio del camino, bajo el resplandor del sol, al final de su propia sombra corta. Y permanecía con las manos metidas en las mangas opuestas de su largo abrigo, la cabeza hundida entre los hombros, todo encogido en aquel torrente de calor. Visto desde lejos, tenía el aspecto de quien padece un frío intenso.

—Son gemelos —explicó el cochero.

El idiota se apartó arrastrando los pies dos pasos y nos miró por encima del hombro cuando pasamos rozándolo. La mirada era ciega y fija, una mirada fascinada; pero no se volvió para seguirnos con los ojos. Probablemente la imagen pasaba ante sus ojos sin dejar huella alguna en el cerebro deforme de la criatura. Cuando coronamos la cuesta, miré por encima de la capota. Seguía de pie en el camino, justo donde lo habíamos dejado.

El cochero trepó de nuevo a su asiento, chasqueó la lengua, y bajamos la cuesta. El freno chirriaba horriblemente de vez en cuando. Al pie de la bajada aflojó el ruidoso mecanismo y dijo, volviéndose a medias en el pescante:

—Dentro de poco veremos a alguno más.

—¿Más idiotas? ¿Cuántos hay, entonces? —pregunté.

—Son cuatro: hijos de un granjero de aquí cerca, de Ploumar... Los padres ya han muerto —añadió al cabo de un rato—. La abuela

vive en la granja. De día andan rondando por este camino, y al anochecer vuelven a casa con el ganado... Es una buena granja.

Vimos a los otros dos: un niño y una niña, tal como había dicho el cochero. Iban vestidos exactamente igual, con prendas informes y faldas a modo de enaguas. Aquello imperfecto que vivía dentro de ellos impulsaba a esos seres a aullarnos desde lo alto del talud, donde estaban tendidos entre los duros tallos del tojo. Sus cabezas negras y rapadas asomaban del muro amarillo y luminoso de innumerables florecillas. Los rostros se les habían puesto morados del esfuerzo de gritar; las voces sonaban vacías y quebradas, como una imitación mecánica de voces de viejos; y cesaron de pronto cuando torcimos por una senda.

Los vi muchas veces en mis andanzas por la comarca. Vivían en aquel camino, vagando de un lado a otro a lo largo de su recorrido, según los impulsos inexplicables de su monstruosa oscuridad. Eran una ofensa a la luz del sol, un reproche al cielo vacío, una plaga sobre el vigor concentrado y resuelto del paisaje agreste. Con el tiempo, la historia de sus padres se fue formando ante mí a partir de las respuestas indiferentes a mis preguntas, de las palabras indolentes oídas en las posadas del camino o en el mismo camino que aquellos idiotas frecuentaban. Parte de ella me la contó un viejo enjuto y escéptico, armado de un látigo enorme, mientras avanzábamos juntos por la arena junto a una carreta de dos ruedas cargada de algas chorreantes. Otras veces, otras personas confirmaron y completaron la historia, hasta que por fin se alzó ante mí, un relato formidable y sencillo, como lo son siempre esas revelaciones de oscuras pruebas soportadas por corazones ignorantes.

Cuando regresó del servicio militar, Jean-Pierre Bacadou encontró a los viejos muy envejecidos. Notó con pesar que el trabajo de la granja no se hacía como era debido. El padre ya no tenía la energía de antaño. Los mozos no sentían sobre sí la mirada del amo. Jean-Pierre observó con tristeza que el montón de estiércol en el patio, frente a la única entrada de la casa, no era tan grande como

debería. Las cercas estaban sin reparar, y el ganado sufría por el abandono. En casa, la madre estaba prácticamente postrada en cama, y las mozas charlaban a voces en la gran cocina, sin que nadie las reprendiera, de la mañana a la noche. Se dijo a sí mismo: —Hay que cambiar todo esto. Habló del asunto con su padre una tarde en que los rayos del sol poniente, entrando en el patio entre las dependencias, rayaban de líneas luminosas las pesadas sombras. Sobre el montón de estiércol flotaba una bruma, de tinte opalino y olorosa, y las gallinas merodeadoras interrumpían su escarbar para examinar, con una súbita mirada de su ojo redondo, a los dos hombres, ambos enjutos y altos, que hablaban con voz ronca. El viejo, todo retorcido por el reumatismo y encorvado por años de trabajo, y el más joven, huesudo y erguido, hablaban sin gestos, con esa manera indiferente de los campesinos, grave y lenta. Pero antes de que el sol se pusiera, el padre había cedido ante los sensatos argumentos del hijo. —No hablo por mí —insistió Jean-Pierre—. Hablo por la tierra. Da lástima verla tan mal aprovechada. No es por impaciencia mía. El viejo asintió apoyado en su bastón. —Sin duda, sin duda —masculló—. Puede que tengas razón. Haz lo que quieras. A la madre es a quien complacerá.

A la madre le agradó su nuera. Jean-Pierre entró en el patio a toda prisa con el carro de dos ruedas de ballesta. El caballo tordo galopaba torpemente, y los novios, sentados uno junto al otro, eran sacudidos hacia delante y hacia atrás por el vaivén de las varas, de manera regular y brusca. Por el camino, los invitados a la boda, ya rezagados, se desperdigaban en parejas y grupos. Los hombres avanzaban con paso pesado, balanceando los brazos ociosos. Iban vestidos de ciudad: chaquetas cortadas con torpe elegancia, sombreros negros de copa dura, botas enormes, muy lustrosas. Sus mujeres, todas de negro sencillo, con cofias blancas y chales de colores desvaídos doblados en triángulo sobre la espalda, caminaban ligeras a su lado. Al frente, el violín cantaba una tonada estridente, y el biniou resoplaba y zumbaba, mientras el que lo tocaba brincaba solemnemente, alzando en alto sus pesados zuecos. La sombría procesión serpenteaba entrando y saliendo de las estrechas veredas,

por el sol y por la sombra, entre campos y setos, espantando a los pajarillos que se dispersaban en bandadas a diestro y siniestro. En el patio de la granja de los Bacadou, la oscura cinta se enroscó hasta formar una masa de hombres y mujeres que se agolpaban en la puerta entre gritos y saludos. La cena de bodas se recordó durante meses. Fue un festín espléndido en el huerto. Granjeros de considerable fortuna y excelente reputación se dejaban ver durmiendo en las cunetas, a lo largo de todo el camino a Treguier, incluso tan tarde como la tarde del día siguiente. Toda la comarca participó de la felicidad de Jean-Pierre. Él se mantuvo sobrio y, junto con su callada esposa, se apartó a un lado, dejando que el padre y la madre recogieran su parte de honores y agradecimientos. Pero al día siguiente tomó las riendas con firmeza, y los viejos sintieron caer sobre ellos, definitivamente, una sombra, precursora de la tumba. El mundo es de los jóvenes.

Cuando nacieron los gemelos había sitio de sobra en la casa, pues la madre de Jean-Pierre se había ido a morar bajo una pesada losa en el cementerio de Ploumar. Aquel día, por primera vez desde el matrimonio de su hijo, el viejo Bacadou, desatendido por la parlanchina tropa de mujeres extrañas que atestaban la cocina, abandonó por la mañana su asiento bajo la repisa de la chimenea, y se fue al establo vacío, sacudiendo tristemente sus canas. Los nietos estaban muy bien, pero él quería su sopa al mediodía. Cuando le mostraron a los niños, los miró con fijeza y masculló algo así: —Es demasiado. Si quería decir demasiada felicidad, o simplemente comentaba el número de sus descendientes, es imposible saberlo. Parecía ofendido, en la medida en que su vieja cara de madera podía expresar algo; y durante los días siguientes se lo pudo ver, casi a cualquier hora del día, sentado junto a la verja, con la nariz sobre las rodillas, una pipa entre las encías, y sumido en una especie de rabiosa y concentrada hosquedad. Una vez habló con su hijo, aludiendo a los recién llegados con un gruñido: —Se pelearán por la tierra. —No se preocupe por eso, padre —respondió Jean-Pierre, impasible, y siguió su camino, doblado en dos, arrastrando sobre los hombros una vaca recalcitrante.

Él era feliz, y también lo era Susan, su mujer. No era una dicha etérea la de dar la bienvenida a almas nuevas para la lucha, acaso para la victoria. En catorce años, ambos niños serían una ayuda; y, más adelante, Jean-Pierre se imaginaba a dos hijos grandes recorriendo la tierra de parcela en parcela, arrancando tributo a la tierra amada y fecunda. Susan también era feliz, pues no quería que la llamasen la desdichada, y ahora que tenía hijos nadie podía llamarla así. Tanto ella como su marido habían visto algo del mundo más amplio: él, durante su servicio militar; ella, en cambio, había pasado un año o así en París con una familia bretona, pero había echado tanto de menos su tierra que no había podido quedarse más tiempo lejos de aquel país verde y montañoso, engastado en un círculo yermo de rocas y arenas, donde había nacido. Ella pensaba que quizá uno de los niños debería ser cura, pero no le dijo nada a su marido, que era republicano y odiaba a los «cuervos», como llamaba a los ministros de la religión. El bautizo fue un acontecimiento espléndido. Acudió todo el municipio, pues los Bacadou eran ricos e influyentes y, de cuando en cuando, no reparaban en gastos. El abuelo estrenó abrigo nuevo.

Meses después, una noche en que ya se había barrido la cocina y cerrado la puerta, Jean-Pierre, mirando la cuna, preguntó a su mujer: —¿Qué les pasa a esos niños? Y, como si esas palabras, dichas con calma, hubieran sido el presagio de una desgracia, ella respondió con un gemido tan fuerte que debió de oírse al otro lado del patio, en la pocilga; pues los cerdos (los Bacadou tenían los mejores cerdos de la comarca) se agitaron y gruñeron quejumbrosos en la noche. El marido siguió masticando despacio su pan con mantequilla, con la mirada fija en la pared, el plato de sopa humeando bajo la barbilla. Había vuelto tarde del mercado, donde había oído, no por primera vez, cuchicheos a sus espaldas. Le daba vueltas a las palabras mientras conducía de regreso. «¡Simples! Los dos... ¡No servirán nunca de nada!... En fin, ¡bueno! Puede que sí, puede que no. Habrá que verlo. Se lo preguntaría a su mujer.» Esa fue la respuesta de ella. Sintió como un golpe en el pecho, pero se limitó a decir: —Ve a traerme sidra. ¡Tengo sed!

Ella salió gimiendo, con una jarra vacía en la mano. Entonces él se levantó, cogió la luz, y se dirigió despacio hacia la cuna. Dormían. Los miró de soslayo, terminó allí mismo el bocado, volvió pesadamente y se sentó ante su plato. Cuando su mujer regresó, él no alzó la vista, sino que tragó un par de cucharadas ruidosamente, y comentó, con voz apagada:

—Cuando duermen son como los hijos de cualquiera.

Ella se dejó caer de pronto en un taburete cercano, y se estremeció con una silenciosa tempestad de sollozos, incapaz de hablar. Él terminó su comida, y quedó recostado ociosamente en la silla, con los ojos perdidos entre las vigas negras del techo. Ante él, la vela de sebo ardía roja y recta, despidiendo un hilo delgado de humo. La luz caía sobre la piel áspera y curtida de su garganta; las mejillas hundidas eran como manchas de oscuridad, y su aspecto era de una tristeza obtusa, como si hubiese rumiado con dificultad ideas interminables. Entonces dijo, con calma:

—Hay que ver... consultar a la gente. No llores... No serán todos así... iseguro! Ahora hay que dormir.

Después de que naciera el tercer hijo, también varón, Jean-Pierre siguió con su trabajo con una esperanza tensa. Sus labios parecían más estrechos, más apretados que antes, como si temiera que la tierra que labraba oyera la voz de esperanza que murmuraba en su pecho. Observaba al niño, acercándose a la cuna con el pesado repiqueteo de los zuecos sobre el suelo de piedra, y echaba una mirada dentro, por encima del hombro, con esa indiferencia que es como una deformidad de la humanidad campesina. Como la tierra a la que dominan y sirven, esos hombres, lentos de mirada y de palabra, no muestran el fuego interior; de modo que, al final, se convierte en una incógnita con ellos, igual que con la tierra, qué hay en su núcleo: calor, violencia, una fuerza misteriosa y terrible, o nada más que un terrón, una masa fértil e inerte, fría e insensible, dispuesta a dar una cosecha de plantas que sostengan la vida o den la muerte.

La madre vigilaba con otros ojos; escuchaba con oídos de otro modo expectantes. Bajo los altos anaqueles colgantes que sostenían encima grandes costados de tocino, su cuerpo se afanaba junto al gran hogar, atenta al puchero que se mecía en la horca de hierro, fregando la larga mesa donde los mozos de labranza se sentarían enseguida a su cena. Su mente permanecía junto a la cuna, en vela noche y día, para esperar y para sufrir. Aquel niño, como los otros dos, nunca sonreía, nunca le tendía las manos, nunca hablaba; nunca tuvo para ella una mirada de reconocimiento en sus grandes ojos negros, que solo sabían fijarse en cualquier brillo, pero eran incapaces de seguir, por más que lo intentaran, el resplandor de un rayo de sol deslizándose despacio por el suelo. Cuando los hombres estaban en el trabajo, ella pasaba largos días entre sus tres hijos idiotas y el abuelo, vuelto niño de nuevo, que se sentaba adusto, angular e inmóvil, con los pies cerca de las cenizas tibias del fuego. El pobre viejo parecía sospechar que algo andaba mal con sus nietos. Solo una vez, movido por el cariño o por el sentido de las conveniencias, intentó tomar en brazos al más pequeño. Levantó al niño del suelo, chasqueó la lengua hacia él y ensayó un tembloroso trote con sus huesudas rodillas. Luego miró de cerca, con sus ojos velados, el rostro del niño y volvió a depositarlo con suavidad en el suelo. Y allí se quedó, con sus flacas zancas cruzadas, cabeceando hacia el vapor que escapaba del puchero, con una mirada senil e inquieta.

Entonces la aflicción muda se instaló en la granja de los Bacadou, compartiendo el aliento y el pan de sus habitantes; y el cura de la parroquia de Ploumar tuvo grandes motivos de enhorabuena. Visitó al rico terrateniente, el marqués de Chavanes, con el único propósito de soltar, con gozosa unción, sus solemnes lugares comunes sobre los inescrutables designios de la Providencia. En la vasta penumbra del salón con las cortinas corridas, el hombrecillo, que parecía un almohadón negro, se inclinaba hacia un diván, el sombrero sobre las rodillas, gesticulando con su mano rolliza ante las líneas alargadas y de gracioso fluir del claro vestido parisino desde el cual la marquesa, entre divertida y aburrida, escuchaba con graciosa languidez. Estaba

a un tiempo exultante y humilde, orgulloso y sobrecogido. Lo imposible había sucedido. Jean-Pierre Bacadou, el enfurecido granjero republicano, había ido a misa el domingo pasado, ¡y se había ofrecido a agasajar a los curas visitantes en la próxima fiesta de Ploumar! Era un triunfo para la Iglesia y para la buena causa. — He pensado venir enseguida a contárselo al señor marqués. Sé cuánto le preocupa el bienestar de nuestro país —declaró el cura, enjugándose el rostro. Fue invitado a quedarse a cenar.

Los Chavanes, al volver aquella noche, después de acompañar a su invitado hasta la verja principal del parque, comentaron el asunto mientras paseaban a la luz de la luna, arrastrando sus largas sombras por la recta avenida de castaños. El marqués, monárquico por supuesto, había sido alcalde del municipio que engloba Ploumar, las aldeas dispersas de la costa y las islas pedregosas que bordean la amarilla llanura de las arenas. Había sentido su posición insegura, pues había un fuerte elemento republicano en aquella comarca; pero ahora la conversión de Jean-Pierre lo ponía a salvo. Estaba muy satisfecho. —No tienes idea de lo influyente que es esa gente —explicó a su esposa—. Ahora estoy seguro de que la próxima elección municipal saldrá bien. Seré reelegido. —Tu ambición es perfectamente insaciable, Charles —exclamó la marquesa, alegremente. —Pero, *ma chère amie* —argumentó el marido, con seriedad—, es de suma importancia que el hombre adecuado sea alcalde este año, por las elecciones a la Cámara. Si crees que a mí me divierte...

Jean-Pierre había cedido ante la madre de su mujer. Madame Levaille era una mujer de negocios, conocida y respetada en un radio de al menos veinticuatro kilómetros. Corpulenta y fornida, se la veía recorrer la comarca, a pie o en el carro de algún conocido, moviéndose sin descanso, pese a sus cincuenta y ocho años, tras sus asuntos. Tenía casas en todas las aldeas, explotaba canteras de granito, fletaba blandros con piedra, e incluso comerciaba con las islas del Canal. Era de mejillas anchas, ojos grandes, persuasiva de palabra: se salía con la suya con la plácida e invencible obstinación de una vieja que sabe lo que quiere. Rara vez dormía dos noches

seguidas en la misma casa; y las posadas del camino eran los mejores lugares para preguntar por su paradero. O había pasado, o se la esperaba pasar por allí a las seis; o alguien, al entrar, la había visto por la mañana, o esperaba encontrarla esa tarde. Después de las posadas que dominaban los caminos, las iglesias eran los edificios que más frecuentaba. Los hombres de ideas liberales mandaban a los niños pequeños a colarse en los templos para ver si Madame Levaille estaba allí, y decirle que fulano esperaba en el camino para hablarle de patatas, o de harina, o de piedras, o de casas; y ella acortaba sus devociones, salía parpadeando y santiguándose a la luz del sol, dispuesta a tratar sus asuntos con calma y buen juicio en una mesa de la cocina de la posada de enfrente. Últimamente se había quedado varias veces unos días con su yerno, razonando contra la pena y la desgracia con rostro sereno y voz suave. Jean-Pierre sentía cómo las convicciones bebidas en el regimiento se le arrancaban del pecho, no por los argumentos, sino por los hechos. Caminando a zancadas por sus campos, le daba vueltas. Eran tres. ¡Tres! ¡Todos iguales! ¿Por qué? Esas cosas no le pasaban a cualquiera: a nadie de quien él hubiera oído hablar. Uno, podía pasar. ¡Pero tres! Los tres. Inútiles para siempre, para alimentarlos mientras él viviera y... ¿Qué sería de la tierra cuando él muriese? Había que ocuparse de eso. Sacrificaría sus convicciones. Un día se lo dijo a su mujer:

—Mira lo que va a hacer tu Dios por nosotros. Paga unas misas.

Susan abrazó a su hombre. Él permaneció rígido, y luego, girando sobre los talones, salió. Pero después, cuando una sotana negra oscureció el umbral de su puerta, no puso objeción; hasta ofreció él mismo sidra al cura. Escuchó la conversación con mansedumbre; fue a misa entre las dos mujeres; cumplió por Pascua lo que el cura llamaba «sus deberes religiosos». Aquella mañana se sintió como un hombre que hubiera vendido el alma. Por la tarde se peleó ferozmente con un viejo amigo y vecino que había comentado que los curas se llevaban la mejor parte y que ahora iban a comerse al comecuras. Volvió a casa despeinado y sangrando, y al toparse con la mirada de sus hijos (los mantenían generalmente apartados),

maldijo y juró de manera incoherente, dando puñetazos en la mesa. Susan lloraba. Madame Levaille permanecía serenamente impassible. Aseguró a su hija que «ya se le pasará»; y, cogiendo su recio paraguas, partió a toda prisa para ocuparse de una goleta que iba a cargar de granito de su cantera.

Cosa de un año después nació la niña. Una niña. Jean-Pierre se enteró en el campo, y la noticia lo trastornó tanto que se sentó en la tapia del lindero y se quedó allí hasta el anochecer, en vez de volver a casa como le insistían. ¡Una niña! Se sintió medio estafado. Sin embargo, cuando llegó a casa, se resignó en parte a su suerte. A una hija se la podía casar con un buen mozo, no con un cualquiera, sino con uno de algún entendimiento y buenos brazos. Además, pensó, el próximo podía ser varón. Por supuesto que todo iría bien. Su nueva credulidad no admitía dudas. La mala racha se había roto. Habló animoso a su mujer. Ella también tenía esperanzas. Al bautizo acudieron tres curas, y Madame Levaille fue la madrina. La criatura también resultó idiota.

Luego, los días de mercado, se veía a Jean-Pierre regatear con amargura, pendenciero y codicioso; luego emborracharse con taciturna gravedad; luego volver a casa al anochecer a un trote propio de una boda, pero con un semblante lo bastante sombrío para un funeral. A veces se empeñaba en que su mujer lo acompañara; y salían de madrugada, zarandeándose el uno junto al otro en el estrecho pescante, encima del indefenso cerdo que, con las patas atadas, gruñía un suspiro melancólico a cada bache. Los trayectos de la mañana eran silenciosos; pero al anochecer, de vuelta, Jean-Pierre, achispado, mascullaba con saña y renegaba de la maldita mujer que no era capaz de criar hijos como los de cualquiera. Susan, agarrándose a los vaivenes erráticos del carro, fingía no oír. Una vez, cuando pasaban por Ploumar, un impulso oscuro y beodo lo llevó a parar en seco frente a la iglesia. La luna nadaba entre ligeras nubes blancas. Las lápidas relucían pálidas bajo las sombras recortadas de los árboles del cementerio. Hasta los perros del pueblo dormían. Solo los ruiseñores, despiertos,

desgranaban el estremecimiento de su canto sobre el silencio de las tumbas. Jean-Pierre le dijo a su mujer con voz pastosa:

—¿Qué te crees que hay ahí?

Señaló con el látigo hacia la torre, donde la gran esfera del reloj aparecía en lo alto, a la luz de la luna, como un rostro pálido y sin ojos, y al bajar con cuidado, cayó enseguida junto a la rueda. Se levantó y subió, uno a uno, los pocos escalones hasta la verja de hierro del cementerio. Pegó la cara a los barrotes y llamó, con voz confusa:

—¡Eh, ahí! ¡Salid!

—¡Jean! ¡Vuelve! ¡Vuelve! —suplicó su mujer en voz baja.

Él no le hizo caso, y pareció quedarse esperando allí. El canto de los ruiseñores golpeaba por todas partes contra los altos muros de la iglesia, y refluía entre cruces de piedra y losas grises y planas, grabadas con palabras de esperanza y de dolor.

—¡Eh! ¡Salid! —gritó Jean-Pierre, con fuerza.

Los ruiseñores dejaron de cantar.

—¿Nadie? —prosiguió Jean-Pierre—. No hay nadie ahí. Un timo de los cuervos. Esto es lo que es. No hay nadie en ninguna parte. Lo desprecio. *Allez! Houp!*

Sacudió la verja con todas sus fuerzas, y los barrotes de hierro resonaron con un estrépito espantoso, como una cadena arrastrada por escalones de piedra. Un perro cercano se puso a ladrar apresuradamente. Jean-Pierre retrocedió tambaleándose y, tras tres embestidas sucesivas, logró subir al carro. Susan permanecía muy quieta y callada. Él le dijo con severidad de borracho:

—¿Ves? Nadie. ¡Me han tomado el pelo! *Malheur!* Alguien lo va a pagar. Al próximo que vea cerca de la casa le voy a sacudir con el látigo... en el espinazo negro... vaya que sí. No lo quiero ahí dentro... solo ayuda a los cuervos carroñeros a robar a la pobre gente. Soy un hombre... Ya veremos si no puedo tener hijos como

los de cualquiera... tú ya verás... No van a ser todos... todos... ya lo veremos...

Ella prorrumpió a hablar entre los dedos que le ocultaban el rostro:

—¡No digas eso, Jean; no digas eso, hombre mío!

Le asestó un golpe violento en la cabeza con el revés de la mano y la derribó al fondo del carro, donde quedó acurrucada, zarandeada lastimosamente a cada bache. Él condujo furiosamente, de pie, blandiendo el látigo, sacudiendo las riendas sobre el caballo tordo que galopaba pesadamente, haciendo saltar el pesado arnés sobre sus anchas ancas. La comarca resonó clamorosa en la noche con los ladridos coléricos de los perros de las granjas, que siguieron el traqueteo de las ruedas a lo largo de todo el camino. Un par de caminantes rezagados solo tuvieron tiempo justo de echarse a la cuneta. En su propia verja se enganchó en el poste y salió disparado del carro de cabeza. El caballo siguió despacio hasta la puerta. A los gritos desgarradores de Susan, los mozos de la granja salieron corriendo. Ella lo creyó muerto, pero él solo dormía donde había caído, y maldijo a sus hombres, que habían acudido presurosos, por interrumpirle el sueño.

Llegó el otoño. El cielo encapotado descendía bajo sobre los negros contornos de las colinas; y las hojas muertas danzaban en remolinos en espiral bajo los árboles desnudos, hasta que el viento, suspirando profundamente, las hacía reposar en las hondonadas de los valles pelados. Y de la mañana a la noche se veían por toda la tierra ramas negras y desnudas, ramas nudosas y retorcidas, como contraídas de dolor, meciéndose tristemente entre las nubes húmedas y la tierra empapada. Los arroyos claros y mansos de los días de verano corrían ahora turbios y furiosos contra las piedras que les cerraban el paso hacia el mar, con la furia de una locura empeñada en el suicidio. De horizonte a horizonte, el gran camino hacia las arenas se extendía entre las colinas con el brillo mate de sus curvas vacías, semejante a un río de barro innavegable.

Jean-Pierre iba de campo en campo, alto y borroso en la llovizna, o caminando a zancadas por las crestas de las lomas, solitario y elevado sobre la cortina gris de nubes a la deriva, como si caminara por el mismísimo confín del universo. Miraba la tierra negra, la tierra muda y prometedora, la tierra misteriosa que cumplía su labor de vida en un silencio de muerte bajo la velada tristeza del cielo. Y le parecía que, para un hombre peor que si no tuviera hijos, no había promesa alguna en la fertilidad de los campos, que la tierra se le escapaba, lo desafiaba, le fruncía el ceño como las nubes, sombrías y presurosas sobre su cabeza. Al tener que afrontar solo sus propios campos, sentía la inferioridad del hombre que pasa ante el terrón que permanece. ¿Debía renunciar a la esperanza de tener a su lado un hijo que mirara los terrones removidos con ojos de amo? ¿Un hombre que pensara como él pensaba, que sintiera como él sentía; un hombre que fuera parte de sí mismo, y que sin embargo quedara para pisotear con autoridad esa tierra cuando él ya no estuviera? Pensó en algunos parientes lejanos, y se sintió lo bastante fiero como para maldecirlos en voz alta. ¡Ellos! ¡Jamás! Se volvió hacia casa, caminando derecho hacia el tejado de su vivienda, visible entre los esqueletos entrelazados de los árboles. Al pasar las piernas sobre la portilla, una bandada de pájaros graznando se posó despacio en el campo; cayó tras su espalda, silenciosa y aleteante, como copos de hollín.

Aquel día Madame Levaille había ido a primera hora de la tarde a la casa que tenía cerca de Kervanion. Debía pagar a algunos de los hombres que trabajaban en su cantera de granito, y fue con tiempo porque su casita tenía una tienda donde los obreros podían gastarse el jornal sin la molestia de ir hasta el pueblo. La casa se alzaba sola entre las rocas. Un camino de barro y piedras terminaba en la puerta. Los vientos del mar que llegaban a tierra por la punta del Cantero, frescos aún del fiero tumulto de las olas, aullaban con violencia contra los inmóviles montones de negros peñascos que sostenían firmes sus altas cruces de brazos cortos frente al ímpetu tremendo de lo invisible. En el barrido de las galernas, la vivienda resguardada se hallaba en una calma resonante e inquietante, como

la calma en el centro de un huracán. En las noches de tormenta, con la marea baja, la bahía de Fougère, quince metros más abajo de la casa, parecía un inmenso pozo negro del que ascendían murmullos y suspiros, como si la arena de allá abajo estuviera viva y se quejara. Con la marea alta, el agua que volvía embestía los salientes de roca en breves acometidas, que acababan en estallidos de luz lívida y columnas de espuma que volaban tierra adentro, abrasando hasta matar la hierba de los pastos.

La oscuridad bajó de las colinas, se derramó sobre la costa, apagó los fuegos rojos del ocaso y siguió mar adentro persiguiendo la marea menguante. El viento cayó con el sol, dejando un mar enfurecido y un cielo devastado. Los cielos sobre la casa parecían envueltos en harapos negros, sujetos aquí y allá por alfileres de fuego. Madame Leveille, convertida esa noche en sirvienta de sus propios obreros, trataba de convencerlos de que se marcharan. — Una vieja como yo debería estar en la cama a estas horas —repetía de buen humor. Los canteros bebían, pedían más. Gritaban por encima de la mesa como si se hablaran de un extremo a otro de un campo. En un extremo, cuatro de ellos jugaban a las cartas, golpeando la madera con sus nudillos duros y soltando juramentos a cada mano. Uno estaba sentado con la mirada perdida, tarareando el compás de alguna canción, que repetía sin cesar. Otros dos, en un rincón, discutían en confidencia y con fiereza por alguna mujer, mirándose muy de cerca a los ojos como si quisieran arrancárselos, pero hablando en susurros que prometían violencia y muerte con discreción, en un ponzoñoso siseo de palabras contenidas. El ambiente allí dentro era tan espeso que se podría cortar con un cuchillo. Tres velas que ardían a lo largo de la sala alargada brillaban rojas y mortecinas como chispas que se apagan entre cenizas.

El leve chasquido del pestillo de hierro fue, a aquellas horas tan avanzadas, tan inesperado y sobresaltante como un trueno. Madame Leveille dejó la botella que sostenía sobre una copa de licor; los jugadores volvieron la cabeza; la riña susurrada cesó; solo el que cantaba, tras lanzar una mirada a la puerta, siguió tarareando con el rostro impasible. Susan apareció en el vano, entró, cerró la puerta

de golpe tras de sí y se apoyó de espaldas contra ella, diciendo, a media voz—

—¡Madre!

Madame Levaille, volviendo a coger la botella, dijo con calma: —Aquí estás, hija mía. ¡Menuda facha traes! El cuello de la botella tintineó contra el borde de la copa, porque la vieja se había sobresaltado, y la idea de que la granja hubiera ardido se le había pasado por la cabeza. No se le ocurría otra causa para la aparición de su hija.

Susan, empapada y cubierta de barro, clavó la mirada a lo largo de toda la sala en los hombres del otro extremo. Su madre preguntó —

—¿Qué ha pasado? ¡Que Dios nos guarde de toda desgracia!

Susan movió los labios. No salió sonido alguno. Madame Levaille se acercó a su hija, la tomó del brazo, la miró a la cara.

—En el nombre de Dios —dijo, temblorosa—, ¿qué pasa? Vienes rodada en el barro... ¿Por qué has venido?... ¿Dónde está Jean?

Los hombres se habían levantado todos y se acercaban despacio, mirando con torpe sorpresa. Madame Levaille apartó bruscamente a su hija de la puerta y la hizo girar hacia un asiento junto a la pared. Luego se volvió con fiereza hacia los hombres—

—¡Basta ya! ¡Fuera, los demás! Cierro.

Uno de ellos comentó, mirando a Susan desplomada en el asiento: —Está, podría decirse, medio muerta.

Madame Levaille abrió la puerta de par en par.

—¡Fuera! ¡Marchando! —gritó, temblando de nervios.

Salieron a trompicones hacia la noche, riendo estúpidamente. Fuera, los dos tenorios prorrumpieron en gritos. Los demás trataron de calmarlos, hablando todos a la vez. El ruido se alejó calle arriba con los hombres, que se tambaleaban juntos en un apretado grupo, reconviniéndose los unos a los otros neciamente.

—Habla, Susan. ¿Qué pasa? ¡Habla! —suplicó Madame Levaille en cuanto se cerró la puerta.

Susan pronunció algunas palabras incomprensibles, con la mirada fija en la mesa. La vieja juntó las manos por encima de la cabeza, las dejó caer y se quedó mirando a su hija con ojos desconsolados. Su marido había estado «trastornado de la cabeza» los últimos años antes de morir, y ahora empezaba a sospechar que su hija se estaba volviendo loca. Preguntó, apremiante—

—¿Sabe Jean dónde estás? ¿Dónde está Jean?

—Lo sabe... está muerto.

—¡Qué! —exclamó la vieja. Se acercó y, mirando fijamente a su hija, repitió tres veces—: ¿Qué dices? ¿Qué dices? ¿Qué dices?

Susan permanecía sentada, con los ojos secos y el semblante pétreo, ante Madame Levaille, que la contemplaba sintiendo cómo un extraño e inexplicable horror se filtraba en el silencio de la casa. Apenas había asimilado la noticia, más allá de comprender que en un breve instante se había visto puesta cara a cara con algo inesperado y definitivo. Ni siquiera se le ocurrió pedir explicación alguna. Pensó: un accidente, un accidente terrible, un golpe de sangre a la cabeza, una caída por la trampilla del granero... Se quedó allí, distraída y muda, parpadeando con sus viejos ojos.

De pronto, Susan dijo—

—Lo he matado.

Por un momento la madre se quedó inmóvil, casi sin respirar, pero con el semblante compuesto. Al instante siguiente prorrumpió en un grito—

—Desdichada loca... te cortarán el cuello...

Se imaginó a los gendarmes entrando en la casa, diciéndole: —Queremos a su hija; entréguela—, los gendarmes con los rostros severos y duros de los hombres de servicio. Conocía bien al brigadier, un viejo amigo, familiar y respetuoso, que decía de

corazón: —¡A su salud, Madame! —antes de llevarse a los labios la copita de coñac, de la botella especial que guardaba para los amigos. ¡Y ahora!... Estaba perdiendo la cabeza. Corrió de un lado a otro, como buscando algo urgentemente necesario, lo dejó estar, se quedó inmóvil en medio de la sala y le gritó a su hija—

—¿Por qué? ¡Habla! ¡Habla! ¿Por qué?

La otra pareció salir de un salto de su extraña apatía.

—¿Crees que estoy hecha de piedra? —replicó a gritos, avanzando a zancadas hacia su madre.

—¡No! Es imposible... —dijo Madame Levaille, con tono convencido.

—Ve tú a verlo, madre —replicó Susan, mirándola con ojos llameantes—. No hay dinero en el cielo, ni justicia. ¡No!... No lo sabía... ¿Crees que no tengo corazón? ¿Crees que nunca he oído a la gente burlarse de mí, compadecerme, extrañarse de mí? ¿Sabes cómo me llamaban algunos? ¡La madre de los idiotas, ese era mi apodo! Y mis hijos jamás me conocerían, jamás me hablarían. No sabrían nada; ni de los hombres, ni de Dios. ¡Si habré rezado! Pero ni la mismísima Madre de Dios quiso oírme. ¡Una madre!... ¿Quién está maldita: yo, o el hombre que ha muerto? ¿Eh? Dime. Me cuidé. ¿Crees que iba a desafiar la ira de Dios y tener mi casa llena de esas criaturas, peores que los animales, que al menos conocen la mano que les da de comer? ¿Quién blasfemó de noche en la mismísima puerta de la iglesia? ¿Fui yo?... Yo solo lloré y recé pidiendo clemencia... y siento la maldición a cada momento del día: la veo a mi alrededor de la mañana a la noche... Tengo que mantenerlos con vida, cuidar de mi desgracia y mi vergüenza. Y él venía siempre. Le supliqué a él y al Cielo clemencia... ¡No!... Ya veríamos... Vino esta tarde. Pensé para mis adentros: «¡Ah! ¡Otra vez!»... Tenía mis tijeras largas. Le oí gritar... Lo vi cerca... ¿Debía hacerlo? ¿Debía?... ¡Pues toma!... Y le clavé en la garganta, encima del esternón... No le oí ni siquiera suspirar... Lo dejé de pie... Fue hace un minuto. ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Madame Levaille se estremeció. Una oleada de frío le recorrió la espalda, le bajó por los brazos gruesos bajo las mangas ajustadas, y la hizo dar un leve pisotón allí donde estaba. Temblores le recorrieron las anchas mejillas, cruzaron los labios finos, corrieron entre las arrugas de las comisuras de sus firmes ojos viejos. Balbuceó—

—Mujer perversa, me deshonras. ¡Pero bueno! Siempre te pareciste a tu padre. ¿Qué crees que será de ti... en el otro mundo? En este... ¡Ay, qué desdicha!

Ahora tenía mucho calor. Sentía que ardía por dentro. Se retorció las manos sudorosas; y de pronto, con gran premura, se puso a buscar febrilmente su gran chal y su paraguas, sin mirar ni una sola vez a su hija, que permanecía de pie en medio de la sala siguiéndola con una mirada distraída y fría.

—Nada peor que en este —dijo Susan.

Su madre, paraguas en mano y arrastrando el chal por el suelo, gimió profundamente.

—Tengo que ir a ver al cura —prorrumpió con vehemencia—. ¡No sé siquiera si dices la verdad! Eres una mujer horrible. Te encontrarán en cualquier parte. Puedes quedarte aquí, o irte. No hay sitio para ti en este mundo.

Ya dispuesta a marcharse, aun así vagaba sin rumbo por la sala, colocando las botellas en la estantería, tratando de ajustar con manos temblorosas las tapas de las cajas de cartón. Cada vez que el verdadero sentido de lo que había oído emergía un instante de la bruma de sus pensamientos, se figuraba que algo había estallado en su cerebro sin, por desgracia, hacerle la cabeza pedazos, lo cual habría sido un alivio. Apagó las velas una a una sin darse cuenta, y la oscuridad la sobresaltó terriblemente. Cayó sobre un banco y se puso a gemir. Al cabo de un rato cesó, y se quedó escuchando la respiración de su hija, a la que apenas podía ver, quieta y erguida, sin dar ninguna otra señal de vida. En aquellos minutos envejecía a ojos vistas, deprisa, por fin. Hablaba con voz insegura, cortada por

el castañeteo de los dientes, como alguien sacudido por un mortal acceso de escalofríos.

—Ojalá hubieras muerto de pequeña. Nunca más me atreveré a mostrar mi vieja cabeza a la luz del sol. Hay desgracias peores que unos hijos idiotas. Ojalá hubieras nacido simple, como los tuyos...

Vio la figura de su hija pasar ante la tenue y lívida claridad de una ventana. Luego apareció un segundo en el vano de la puerta, y esta se cerró de golpe con un chasquido metálico. Madame Levaille, como despertada por el ruido de una larga pesadilla, salió corriendo.

—¡Susan! —gritó desde el umbral.

Oyó una piedra rodar largo rato por la pendiente de la playa rocosa que dominaba las arenas. Avanzó con cautela, una mano en la pared de la casa, y escudriñó hacia abajo, hacia la tersa oscuridad de la bahía vacía. Una vez más gritó—

—¡Susan! Vas a matarte ahí abajo.

La piedra había dado su último salto en la oscuridad, y ahora no oía nada. Un pensamiento repentino pareció estrangularla, y no volvió a llamar. Volvió la espalda al negro silencio del pozo y subió por el camino hacia Ploumar, tropezando con sombría determinación, como si hubiera emprendido un viaje desesperado que quizá durara hasta el fin de sus días. Un clamor hosco y periódico de olas rompiendo contra los arrecifes la siguió tierra adentro, entre los altos setos que resguardaban la sombría soledad de los campos.

Susan había salido corriendo, desviándose bruscamente a la izquierda en la puerta, y en el borde de la pendiente se agazapó detrás de una roca. Una piedra desprendida siguió rodando cuesta abajo, traqueteando en sus saltos. Cuando Madame Levaille la llamó, Susan habría podido, con solo estirar la mano, tocar la falda de su madre, de haber tenido valor para mover un solo miembro. Vio alejarse a la anciana y permaneció inmóvil, cerrando los ojos y apretando el costado contra la superficie dura y áspera de la roca. Al cabo de un rato se hizo visible, en la intensa oscuridad entre los peñascos, un rostro conocido, de ojos fijos y boca abierta. Dejó

escapar un grito ahogado y se puso en pie. El rostro se desvaneció, dejándola jadear y temblar sola en aquel páramo de montones de piedra. Pero apenas volvió a agazaparse para descansar, con la cabeza contra la roca, el rostro regresó, se acercó mucho, pareció ansioso por terminar el discurso que la muerte le había cortado un momento antes. Se incorporó rápidamente y dijo: —Vete, o lo haré otra vez. La cosa vaciló, osciló a derecha e izquierda. Ella se movió de un lado a otro, retrocedió, se imaginó gritándole, y quedó horrorizada por la quietud ininterrumpida de la noche. Se tambaleó al borde, sintió el declive abrupto bajo los pies y se precipitó ciegamente cuesta abajo para no caer de cabeza. El pedregal pareció despertar; los guijarros empezaron a rodar delante de ella, la persiguieron desde arriba, corrieron a su lado en ambas direcciones, pasando de largo con un estrépito cada vez mayor. En la calma de la noche el ruido creció, ahondándose en un rumor continuo y violento, como si todo el semicírculo de la playa pedregosa se hubiera puesto a desmoronarse en la bahía. Los pies de Susan apenas rozaban la pendiente, que parecía correr con ella. Al llegar abajo tropezó, salió disparada hacia adelante con los brazos extendidos, y cayó pesadamente. Se levantó de un salto y se volvió con rapidez para mirar atrás, con las manos crispadas y llenas de la arena que había agarrado al caer. El rostro estaba allí, guardando las distancias, visible en su propio resplandor, que dejaba una pálida mancha en la noche. —¡Vete! —gritó, con dolor, con miedo, con toda la rabia de aquella puñalada inútil que no había logrado hacerlo callar, apartarlo de su vista. ¿Qué quería ahora? Estaba muerto. Los muertos no tienen hijos. ¿Es que nunca la dejaría en paz? Le chilló, agitando los brazos extendidos. Le pareció sentir el aliento de unos labios entreabiertos y, con un largo grito de desaliento, huyó por el fondo llano de la bahía.

Corría ligera, sin percibir ningún esfuerzo en su cuerpo. Unas rocas altas y afiladas que, cuando la bahía está llena, asoman sobre la llanura reluciente de agua azul como torres puntiagudas de iglesias sumergidas, se deslizaron a su lado, precipitándose hacia tierra a una velocidad tremenda. A la izquierda, a lo lejos, vio brillar

algo: un ancho disco de luz en el que sombras estrechas giraban en torno al centro como los radios de una rueda. Oyó una voz que llamaba: —¡Eh! ¡Ahí! Y respondió con un grito salvaje. ¡Conque todavía podía llamar! La estaba llamando para que se detuviera. ¡Nunca!... Atravesó la noche a la carrera, pasando junto al grupo sobresaltado de recolectores de algas, que permanecían en torno a su farol paralizados de miedo ante el chillido sobrenatural que salía de aquella sombra huidiza. Los hombres, apoyados en sus horcas, miraban con espanto. Una mujer cayó de rodillas y, santiguándose, se puso a rezar en voz alta. Una niña con la falda andrajosa llena de algas viscosas rompió a sollozar desesperadamente, arrastrando su carga empapada junto al hombre que llevaba la luz. Alguien dijo: —La cosa ha corrido hacia el mar. Otra voz exclamó: —¡Y el mar está volviendo! Mirad cómo se extienden los charcos. ¡Escuchad, esa mujer de ahí! ¡Levantaos! Varias voces gritaron a la vez: —¡Sí, vámonos! ¡Que la maldita cosa se vaya al mar! Siguieron adelante, apretujados en torno a la luz. De pronto un hombre soltó una blasfemia. Iría a ver qué pasaba. Había sido la voz de una mujer. Iría. Se alzaron chillonas protestas de las mujeres, pero su figura, más alta que las demás, se separó del grupo y se echó a correr. Le lanzaron detrás un clamor unánime de voces asustadas. Como respuesta llegó, arrojada a través de la oscuridad, una palabra insultante y burlona. Una mujer gimió. Un viejo dijo con gravedad: —Esas cosas es mejor dejarlas en paz. Siguieron caminando más despacio, arrastrando los pies por la arena blanda y murmurándose unos a otros que Millot no temía nada, por no tener religión, pero que acabaría mal algún día.

Susan alcanzó la marea entrante junto al islote del Cuervo y se detuvo, jadeante, con los pies en el agua. Oyó el murmullo y sintió la caricia fría del mar y, ya más serena, pudo distinguir a un lado la masa sombría y confusa del Cuervo, y al otro la larga franja blanca de las arenas de Molene, que quedan al descubierto por encima del fondo seco de la bahía de Fougere en cada bajamar. Se volvió y vio a lo lejos, recortado contra el fondo estrellado del cielo, el perfil quebrado de la costa. Sobre él, casi de frente a ella, se alzaba la

torre de la iglesia de Ploumar: una pirámide esbelta y alta que se elevaba, oscura y afilada, entre el racimo de destellos de las estrellas. Se sintió extrañamente serena. Sabía dónde estaba, y empezó a recordar cómo había llegado hasta allí, y por qué. Escudriñó la lisa oscuridad que la rodeaba. Estaba sola. No había nada allí; nada cerca de ella, ni vivo ni muerto.

La marea avanzaba en silencio, tendiendo largos brazos impacientes de extraños riachuelos que corrían hacia tierra entre crestas de arena. Bajo la noche, los charcos crecían con misteriosa rapidez, mientras el gran mar, aún lejano, tronaba con ritmo regular a lo largo de la línea imprecisa del horizonte. Susan chapoteó hacia atrás unos metros sin lograr librarse del agua, que murmuraba con ternura a su alrededor y que, de pronto, con un gorgoteo malicioso, casi la derribó. El corazón le latía de miedo. Aquel lugar era demasiado grande y demasiado vacío para morir en él. Al día siguiente harían con ella lo que quisieran. Pero antes de morir tenía que contárselo, tenía que decirles a los señores de traje negro que hay cosas que ninguna mujer puede soportar. Tenía que explicar cómo había ocurrido... Chapoteó a través de un charco, mojándose hasta la cintura, demasiado absorta para darse cuenta... Tenía que explicarlo. «Él llegó igual que siempre y dijo, tal cual: “¿Crees que voy a dejarles la tierra a esa gente de Morbihan que ni siquiera conozco? ¿Eh? ¡Ya veremos! ¡Ven aquí, criatura de mal agüero!”. Y abrió los brazos. Entonces, señores, yo dije: “¡Ante Dios, jamás!”. Y él dijo, avanzando hacia mí con las palmas abiertas: “¡No hay Dios que me detenga! ¿Es que no lo entiendes, carroña inútil? Haré lo que me plazca”. Y me agarró de los hombros. Entonces yo, señores, pedí ayuda a Dios, y al momento siguiente, mientras él me zarandeaba, sentí en la mano mis tijeras largas. Tenía la camisa desabrochada, y a la luz de la vela vi el hueco de su garganta. Grité: “¡Suéltame!”. Me aplastaba los hombros. ¡Era fuerte, mi hombre! Entonces pensé: “¡No!... ¿Tengo que hacerlo?... ¡Pues toma!”, y golpeé en aquel hueco. Nunca lo vi caer... El viejo padre no volvió la cabeza. Es sordo y como un niño, señores... Nadie lo vio caer. Salí corriendo... Nadie vio...»

Había estado trepando entre los peñascos del Cuervo, y ahora se encontraba, sin aliento, de pie entre las densas sombras del islote rocoso. El Cuervo está unido a tierra firme por un espigón natural de piedras enormes y resbaladizas. Pensaba volver a casa por ese camino. ¿Seguiría él allí, de pie? En casa. ¡En casa! Cuatro idiotas y un cadáver. Tenía que volver y explicarlo. Cualquiera lo entendería...

Bajo ella, la noche, o el mar, pareció pronunciar con nitidez—

—¡Ajá! ¡Por fin te veo!

Se sobresaltó, resbaló, cayó; y sin intentar levantarse, escuchó, aterrada. Oyó una respiración pesada, el repiqueteo de unos zuecos de madera. Cesó.

—¿Por dónde diablos has pasado? —dijo con voz ronca un hombre invisible.

Contuvo el aliento. Reconoció la voz. No lo había visto caer. ¿La perseguía allí, muerto, o quizá... vivo?

Perdió la cabeza. Gritó desde la grieta donde yacía acurrucada: — ¡Nunca, nunca!

—¡Ah! Sigues ahí. Buena carrera me has hecho dar. Espera, hermosa, que tengo que ver qué cara se te ha quedado después de todo esto. Espera...

Millot avanzaba a trompicones, riendo, soltando juramentos sin ningún sentido por pura satisfacción, ufano de haber dado alcance a aquella sombra fugitiva: —¡Como si existieran los fantasmas! ¡Bah! Hacía falta un viejo soldado de África para enseñarles a esos patanes... Pero la cosa era curiosa. ¿Quién diablos era ella?

Susan escuchaba, agazapada. Venía a por ella, aquel muerto. No había escapatoria. Qué ruido hacía entre las piedras... Vio alzarse su cabeza, luego los hombros. Era alto: ¡su propio marido! Sus largos brazos se agitaban, y era su misma voz, aunque sonaba un poco extraña... por culpa de las tijeras. Salió a gatas rápidamente, corrió hasta el borde del espigón y se volvió. El hombre permanecía inmóvil

sobre una piedra alta, recortándose en negro absoluto contra el brillo del cielo.

—¿Adónde vas? —gritó él, con aspereza.

Ella respondió: —¡A casa! —y lo observó con intensidad. Él dio un salto largo y torpe hasta otra roca, y volvió a detenerse, buscando el equilibrio; luego dijo—

—¡Ja! ¡Ja! Bueno, iré contigo. Es lo menos que puedo hacer. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Lo miró fijamente hasta que sus ojos parecieron convertirse en ascuas que le quemaban en lo hondo del cerebro, y sin embargo tenía un miedo mortal a distinguir aquellos rasgos tan conocidos. Bajo ella, el mar lamía suavemente la roca con un chapoteo continuo y manso.

El hombre dijo, avanzando otro paso—

—Vengo a por ti. ¿Qué te creías?

Ella tembló. ¡Venía a por ella! No había escapatoria, ni paz, ni esperanza. Miró alrededor con desesperación. De pronto toda la costa sombría, los islotes borrosos, el cielo mismo, se tambalearon dos veces y luego quedaron quietos. Cerró los ojos y gritó—

—¡No puedes esperar a que me muera!

La sacudía un odio furioso hacia aquella sombra que la perseguía en este mundo, ni siquiera aplacada por la muerte en su anhelo de un heredero que fuera como los hijos de los demás.

—¡Eh! ¿Qué? —dijo Millot, manteniendo prudentemente las distancias. Se decía para sus adentros: «¡Cuidado! Alguna loca. Esto va a acabar en accidente».

Ella continuó, fuera de sí—

—Quiero vivir. Vivir sola, aunque sea una semana, aunque sea un día. Tengo que explicárselo... Te haría pedazos, te mataría veinte veces antes que dejarte tocarme mientras yo viva. ¡Cuántas veces

tengo que matarte, blasfemo! Satanás te envía aquí. ¡Yo también estoy condenada!

—Vamos —dijo Millot, alarmado y conciliador—. ¡Que estoy vivo, y bien vivo!... ¡Dios mío!

Ella había gritado: «¡Vivo!», y al instante desapareció ante sus ojos, como si el propio islote se hubiera apartado bajo sus pies. Millot se lanzó hacia adelante y cayó de bruces, con la barbilla asomando por el borde. Muy abajo vio el agua blanquecina por sus forcejeos, y oyó un grito agudo pidiendo socorro que pareció dispararse hacia arriba a lo largo de la cara vertical de la roca, y remontarse más allá, derecho hacia el cielo alto e impasible.

Madame Levaille estaba sentada, con los ojos secos, sobre la hierba corta de la ladera, con sus gruesas piernas estiradas y sus viejos pies, calzados en zapatos de tela negra, vueltos hacia arriba. Sus zuecos descansaban cerca, y más allá el paraguas yacía sobre el césped marchito como un arma caída de la mano de un guerrero vencido. El marqués de Chavanes, a caballo, con una mano enguantada apoyada en el muslo, la miraba desde arriba mientras ella se incorporaba trabajosamente, con quejidos. Por el estrecho sendero de los carros de algas, cuatro hombres transportaban tierra adentro el cuerpo de Susan sobre unas parihuelas, mientras varios otros les seguían rezagados y sin ánimo. Madame Levaille siguió con la mirada el cortejo. —Sí, señor marqués —dijo con desapasionamiento, en su tono habitual de anciana sensata—, hay gente desdichada en este mundo. Yo solo tenía una hija. ¡Solo una! ¡Y no van a enterrarla en tierra consagrada!

Se le llenaron los ojos de pronto, y un breve chaparrón de lágrimas le corrió por las anchas mejillas. Se ciñó el chal. El marqués se inclinó ligeramente en la silla y dijo—

—Es muy triste. Cuenta usted con toda mi simpatía. Hablaré con el cura. No cabe duda de que estaba loca, y la caída fue accidental. Millot lo asegura con toda claridad. Buenos días, Madame.

Y se alejó al trote, pensando para sus adentros: «Tengo que conseguir que nombren a esta vieja tutora de esos idiotas y administradora de la granja. Sería mucho mejor que tener aquí a otro de esos Bacadou, seguramente un republicano rojo, corrompiéndome el municipio».

UNA AVANZADILLA DEL PROGRESO

I

Al frente del puesto comercial había dos hombres blancos. Kayerts, el jefe, era bajo y gordo; Carlier, el ayudante, era alto, con una cabeza grande y un tronco muy ancho encaramado sobre un par de piernas largas y flacas. El tercer miembro del personal era un negro de Sierra Leona que sostenía llamarse Henry Price. Sin embargo, por una u otra razón, los nativos río abajo le habían dado el nombre de Makola, y ese nombre le acompañó durante todos sus deambulares por el país. Hablaba inglés y francés con acento cantarín, tenía una letra hermosa, entendía de contabilidad y albergaba en lo más hondo de su corazón el culto a los espíritus malignos. Su esposa era una negra de Loanda, muy corpulenta y muy ruidosa. Tres críos rodaban al sol ante la puerta de su vivienda baja, semejante a un cobertizo. Makola, taciturno e impenetrable, despreciaba a los dos hombres blancos. Tenía a su cargo un pequeño almacén de adobe con techo de hierba seca, y fingía llevar una contabilidad rigurosa de las cuentas de vidrio, telas de algodón, pañuelos rojos, alambre de latón y demás mercancías que contenía. Aparte del almacén y la choza de Makola, había un único edificio grande en el claro del puesto. Estaba construido con esmero de cañas, con una galería en los cuatro lados. Contaba con tres habitaciones. La del centro era la sala de estar y tenía dos mesas bastas y algunos taburetes. Las otras dos eran los dormitorios de los hombres blancos. Cada uno disponía de un catre y un mosquitero como únicos enseres. El suelo de tablones estaba sembrado de

pertenencias de los hombres blancos: cajas abiertas y semivacías, ropa raída, botas viejas; todo lo sucio y todo lo roto que se acumula misteriosamente en torno a los hombres descuidados. Había también otro lugar de descanso a cierta distancia de los edificios. En él, bajo una alta cruz muy fuera de la vertical, dormía el hombre que había visto el comienzo de todo aquello; el que había planeado y supervisado la construcción de este puesto de avanzada del progreso. Había sido en su tierra un pintor fracasado que, harto de perseguir la fama con el estómago vacío, había llegado hasta allí gracias a poderosas influencias. Había sido el primer jefe de aquel puesto. Makola había visto morir de fiebre al enérgico artista en la casa recién terminada con su habitual indiferencia de ya-os-lo-dije. Luego vivió durante un tiempo solo con su familia, sus libros de cuentas y el Espíritu Maligno que gobierna las tierras bajo el ecuador. Se entendía muy bien con su dios. Tal vez lo había aplacado con la promesa de que pronto habría más hombres blancos con quienes entretenerse. En todo caso, el director de la Gran Compañía Comercial, que llegó en un vapor con el aspecto de una enorme lata de sardinas coronada por un cobertizo de techo plano, encontró el puesto en buen orden y a Makola tranquilamente laborioso, como de costumbre. El director mandó colocar la cruz sobre la tumba del primer agente y nombró a Kayerts jefe del puesto. A Carlier le fue asignado el cargo de segundo. El director era un hombre implacable y eficaz que de cuando en cuando, aunque de manera imperceptible, se permitía un humor sombrío. Pronunció un discurso ante Kayerts y Carlier señalándoles el prometedor aspecto de su puesto. El puesto comercial más cercano estaba a unos quinientos kilómetros. Era una oportunidad excepcional para distinguirse y ganarse sus comisiones sobre el comercio. Aquel nombramiento era un favor concedido a principiantes. Kayerts quedó casi conmovido hasta las lágrimas por la bondad de su director. Prometió que, haciendo cuanto estuviese en su mano, trataría de justificar la halagadora confianza depositada en él, etc., etc. Kayerts había estado en la Administración de Telégrafos y sabía expresarse con corrección. Carlier, exsuboficial de caballería de un ejército preservado del peligro por varias potencias europeas, quedó menos impresionado. Si había comisiones que

embolsarse, tanto mejor; y, deslizándose una mirada huraña sobre el río, los bosques y la maleza impenetrable que parecía aislar el puesto del resto del mundo, masculló entre dientes: —Ya veremos, y muy pronto.

Al día siguiente, después de descargar en la orilla unos fardos de mercancías de algodón y algunas cajas de provisiones, el vapor-lata de sardinas se alejó sin que se le esperase de vuelta en seis meses. Desde la cubierta, el director se llevó la mano al sombrero en dirección a los dos agentes, que permanecían en la orilla agitando los suyos, y, volviéndose hacia un antiguo empleado de la Compañía que viajaba de paso hacia el cuartel general, dijo: —Fíjese en esos dos imbéciles. Han de estar locos allá en casa para mandarme semejantes especímenes. Les dije a esos tipos que plantasen un huerto, levantasen nuevos almacenes y cercas, y construyesen un embarcadero. ¡Apuesto a que no harán nada! No sabrán ni por dónde empezar. Siempre pensé que el puesto de este río no valía nada, ¡y ellos le van como anillo al dedo!

—Allí se formarán —dijo el veterano con una sonrisa tranquila.

—En todo caso, me libro de ellos por seis meses —replicó el director.

Los dos hombres vieron al vapor doblar el recodo y, subiendo del brazo por la ladera de la orilla, regresaron al puesto. Llevaban muy poco tiempo en aquel vasto y sombrío país, y hasta entonces siempre habían estado rodeados de otros hombres blancos, bajo la mirada y la tutela de sus superiores. Y ahora, aunque eran poco sensibles a las sutiles influencias del entorno, se sintieron profundamente solos al verse abandonados de repente sin ayuda alguna ante la jungla; una jungla que los destellos misteriosos de la vida vigorosa que albergaba tornaban más extraña, más incomprensible. Eran dos individuos perfectamente insignificantes e incapaces, cuya existencia solo resulta posible gracias a la compleja organización de las muchedumbres civilizadas. Pocos hombres comprenden que su vida, la esencia misma de su carácter, sus capacidades y sus audacias, no son sino la expresión de su fe en la

seguridad de cuanto les rodea. El valor, la serenidad, la confianza; las emociones y los principios; cada pensamiento grande o insignificante pertenecen no al individuo sino a la muchedumbre: a la muchedumbre que cree ciegamente en la fuerza irresistible de sus instituciones y su moral, en el poder de su policía y de su opinión. Pero el contacto con la barbarie pura y sin atenuantes, con la naturaleza primitiva y el hombre primitivo, siembra en el corazón una turbación repentina y profunda. Al sentimiento de ser el único de su especie, a la percepción nítida de la soledad de los propios pensamientos y sensaciones, a la negación de lo habitual —que es lo seguro— se añade la afirmación de lo insólito, que es peligroso; una insinuación de cosas vagas, incontrolables y repulsivas cuya desconcertante intrusión exalta la imaginación y pone a prueba los nervios civilizados tanto del necio como del sabio.

Kayerts y Carlier caminaban del brazo, apretándose el uno contra el otro como niños en la oscuridad; y compartían esa misma sensación de peligro, no del todo desagradable, que uno sospecha a medias que es imaginaria. Charlaban sin cesar en tono distendido. — Nuestro puesto está muy bien situado —dijo uno. El otro asintió con entusiasmo, extendiéndose con locuacidad sobre las bellezas del emplazamiento. Luego pasaron cerca de la tumba. —¡Pobre diablo! —dijo Kayerts. —Murió de fiebre, ¿verdad? —murmuró Carlier, deteniéndose en seco. —Pues mire —replicó Kayerts con indignación —, me han dicho que ese hombre se exponía al sol de manera temeraria. El clima de aquí, según dicen todos, no es en absoluto peor que el de casa, siempre que uno no se exponga al sol. ¿Lo oye usted, Carlier? Yo soy el jefe aquí, y mis órdenes son que no se exponga usted al sol. Adoptaba su autoridad en tono burlón, pero lo decía en serio. La idea de que quizá tendría que enterrar a Carlier y quedarse solo le produjo un escalofrío interior. Sintió de pronto que este Carlier le era más precioso allí, en el centro de África, de lo que un hermano podría serlo en cualquier otro lugar. Carlier, siguiéndole la corriente, hizo el saludo militar y respondió con voz marcial: — ¡Sus órdenes serán cumplidas, mi jefe! Luego rompió a reír, dio una palmada en la espalda a Kayerts y exclamó: —¡Aquí vamos a darnos

buena vida! Nos quedamos quietecitos y recogemos el marfil que traigan esos salvajes. ¡Este país tiene sus ventajas, a fin de cuentas! Los dos rieron a carcajadas mientras Carlier pensaba: Pobre Kayerts; está tan gordo y tiene tan mala salud. Sería espantoso tener que enterrarle aquí. Es un hombre al que respeto... Antes de llegar a la galería de su casa ya se llamaban el uno al otro «querido amigo».

El primer día estuvieron muy activos, trajinando con martillos, clavos y calicó rojo para colgar cortinas, hacer su casa habitable y acogedora, resueltos a instalarse cómodamente en su nueva vida. Para ellos, una tarea imposible. Hacer frente con eficacia a problemas puramente materiales requiere mayor serenidad de espíritu y mayor valor del que la gente suele imaginar. No habría podido hallarse dos seres más incapacitados para semejante lucha. La sociedad, no por ternura sino por sus extrañas necesidades, había cuidado de aquellos dos hombres prohibiéndoles todo pensamiento independiente, toda iniciativa, toda desviación de la rutina; y la prohibía bajo pena de muerte. Solo podían vivir a condición de ser máquinas. Y ahora, liberados de la tutela protectora de los hombres con la pluma tras la oreja o de los hombres con galones de oro en las mangas, eran como esos presos de por vida que, al quedar en libertad tras muchos años, no saben qué hacer con ella. No sabían qué hacer con sus propias facultades, pues ambos, por falta de práctica, eran incapaces de pensar por sí mismos.

Al cabo de dos meses Kayerts solía decir: —Si no fuera por mi Melie, no me encontraría usted aquí. Melie era su hija. Había abandonado su puesto en la Administración de Telégrafos, donde había sido perfectamente feliz durante diecisiete años, para ganar una dote para su hija. Su mujer había muerto y la niña estaba siendo criada por sus hermanas. Echaba de menos las calles, las aceras, los cafés, sus amigos de toda la vida; todo lo que veía día tras día; todos los pensamientos que le sugerían las cosas familiares: los pensamientos fáciles, monótonos y tranquilizadores de un funcionario; echaba de menos todos los cotilleos, las pequeñas enemistades, el veneno moderado y las bromas insignificantes de las oficinas del gobierno. —Si hubiera tenido un cuñado decente —solía

decir Carlier—, un tipo con corazón, no estaría yo aquí. Había abandonado el ejército y se había vuelto tan insoportable para su familia por su holgazanería e insolencia, que un cuñado exasperado había hecho esfuerzos sobrehumanos para procurarle un nombramiento en la Compañía como agente de segunda clase. Sin un céntimo en el mundo, se vio obligado a aceptar ese medio de vida en cuanto le quedó perfectamente claro que no había nada más que sacarle a sus parientes. Él, como Kayerts, añoraba su antigua vida. Echaba de menos el tintineo del sable y las espuelas en una tarde de sol, los chistes de cuartel, las muchachas de los pueblos de guarnición; pero, además, tenía un sentimiento de agravio. Era, sin duda, un hombre muy maltratado por la vida. Eso le tornaba taciturno a ratos. Pero los dos hombres se llevaban bien, hermanados en su estupidez y su pereza. Juntos no hacían nada, absolutamente nada, y disfrutaban de esa sensación de ocio por el que les pagaban. Y con el tiempo llegaron a sentir algo parecido al afecto el uno por el otro.

Vivían como ciegos en una habitación grande, conscientes únicamente de lo que entraba en contacto con ellos (y aun así solo a medias), incapaces de ver el aspecto general de las cosas. El río, el bosque, toda aquella tierra grande que palpitaba de vida era como un gran vacío. Ni siquiera el brillante sol dejaba ver nada inteligible. Las cosas aparecían y desaparecían ante sus ojos de manera inconexa y sin sentido. El río parecía venir de ninguna parte y fluir hacia ningún lugar. Fluía a través del vacío. De ese vacío salían a veces canoas, y hombres con lanzas en las manos se apiñaban de repente en el patio del puesto. Iban desnudos, de un negro lustroso, adornados con conchas blancas como la nieve y alambre de latón reluciente, de miembros perfectos. Emitían un alboroto de voces incultas al hablar, se movían con apostura majestuosa y lanzaban miradas rápidas y salvajes desde sus ojos asombrados, siempre inquietos. Aquellos guerreros se acucillaban en largas hileras, de cuatro o más en fondo, ante la galería, mientras sus jefes regateaban durante horas con Makola por un colmillo de elefante. Kayerts se sentaba en su silla y observaba desde arriba el desarrollo

de la escena sin entender nada. Los miraba fijamente con sus ojos azules y redondos, y llamaba a Carlier: —¡Oiga, mire! ¡Mire a ese de ahí y al otro, a la izquierda! ¿Ha visto usted semejante cara? ¡Vaya bicho más gracioso!

Carlier, fumando tabaco nativo en una pipa corta de madera, se acercaba pavoneándose y retorciendo el bigote, y, examinando a los guerreros con arrogante condescendencia, decía:

—Bonitos animales. ¿Han traído marfil? ¿Sí? Ya era hora. Fíjese en los músculos del tercero por el extremo. No me gustaría recibir un puñetazo suyo en la nariz. Buenos brazos, pero las piernas no valen nada de la rodilla para abajo. No servirían para la caballería. Y tras echar una mirada de complacencia a sus propias piernas, concluía siempre: —¡Puaj! ¡Cómo apestan! ¡Oye, Makola! Lleva a ese rebaño al fetiche (el almacén se llamaba en todos los puestos el fetiche, quizá por el espíritu de civilización que contenía) y dales algo del trasto que guardas ahí. Prefiero verlo lleno de marfil que lleno de harapos.

Kayerts aprobaba.

—¡Sí, sí! Vaya a terminar ese asunto allá, señor Makola. Pasaré cuando esté listo para pesar el colmillo. Hay que andarse con cuidado. Y luego, dirigiéndose a su compañero: —Esta es la tribu que vive río abajo; son bastante aromáticos. Recuerdo que ya estuvieron aquí una vez. ¿Oye ese alboroto? ¡Lo que tiene que aguantar uno en este maldito país! Me va a estallar la cabeza.

Tales visitas rentables eran escasas. Durante días, los dos pioneros del comercio y el progreso contemplaban su patio vacío bajo el esplendor vibrante del sol de mediodía. Al pie de la alta orilla, el río silencioso fluía reluciente y tranquilo. En los bancos de arena del centro del cauce, hipopótamos y cocodrilos tomaban el sol unos junto a otros. Y extendiéndose en todas direcciones, rodeando el insignificante claro del puesto comercial, bosques inmensos que ocultaban complicaciones fatídicas de vida fantástica yacían en el silencio elocuente de una grandeza muda. Los dos hombres no

entendían nada, nada les importaba salvo el paso de los días que los separaban del regreso del vapor. Su predecesor había dejado algunos libros destrozados. Tomaron esos despojos de novelas y, como no habían leído nada por el estilo antes, se sorprendieron y divertieron. Luego, durante largas jornadas, tuvieron lugar interminables y necias discusiones sobre tramas y personajes. En el centro de África trabaron conocimiento con Richelieu y D'Artagnan, con Ojo de Halcón y con el padre Goriot, y con otros muchos personajes. Todos estos personajes imaginarios se convirtieron en tema de cotilleo como si hubieran sido amigos de carne y hueso. Restaban méritos a sus virtudes, sospechaban de sus motivos, denigraban sus éxitos; se escandalizaban ante su duplicidad o dudaban de su valor. Los relatos de crímenes los llenaban de indignación, mientras que los pasajes tiernos o patéticos los conmovían profundamente. Carlier carraspeaba y decía con voz marcial: —¡Qué tonterías! Kayerts, con los ojos redondos anegados en lágrimas y las mejillas gordas temblorosas, se frotaba la cabeza calva y declaraba: —Este libro es magnífico. No tenía ni idea de que hubiera gente tan lista en el mundo. También encontraron algunos números viejos de un periódico de la metrópoli. Aquel impreso hablaba de lo que se complacía en llamar «Nuestra Expansión Colonial» en un lenguaje altisonante. Hablaba mucho de los derechos y deberes de la civilización, de la sacralidad de la obra civilizadora, y ensalzaba los méritos de quienes recorrían el mundo llevando la luz, la fe y el comercio a los lugares oscuros de la tierra. Carlier y Kayerts leían, se asombraban y empezaban a tener mejor opinión de sí mismos. Carlier dijo una tarde, agitando la mano: — Dentro de cien años, quizá haya aquí una ciudad. Muelles, almacenes, cuarteles y... y... salones de billar. La civilización, muchacho, y la virtud... y todo lo demás. Y entonces la gente leerá que dos buenos tipos, Kayerts y Carlier, fueron los primeros hombres civilizados que vivieron en este preciso lugar. Kayerts asintió: —Sí, es un consuelo pensar en eso. Parecían haber olvidado a su difunto predecesor; pero un día, muy temprano, Carlier salió y volvió a plantar la cruz con firmeza. —Antes me hacía torcer la vista cada vez que pasaba por ahí —le explicó a Kayerts tomando el café matinal—.

Me hacía torcer la vista, ladeada como estaba. Así que la he dejado recta. ¡Y bien plantada, se lo aseguro! Me colgué con las dos manos del travesaño. Ni se ha movido. Lo he hecho como Dios manda.

A veces Gobila venía a visitarlos. Gobila era el jefe de las aldeas vecinas. Era un salvaje de cabellos grises, delgado y negro, con un paño blanco en torno a los riñones y una piel de pantera roñosa colgada sobre la espalda. Se acercaba a grandes zancadas de sus piernas esqueléticas, blandiendo un bastón tan alto como él mismo, y, al entrar en la sala común del puesto, se ponía en cuclillas a la izquierda de la puerta. Allí se quedaba sentado, observando a Kayerts, y de vez en cuando pronunciaba un discurso que el otro no entendía. Kayerts, sin interrumpir su quehacer, decía de tanto en tanto con amabilidad: —¿Cómo va eso, vejestorio? y se sonreían el uno al otro. Los dos blancos sentían simpatía por aquel ser viejo e incomprensible y lo llamaban padre Gobila. Los modales de Gobila eran paternales y parecía querer de veras a todos los hombres blancos. A sus ojos todos parecían muy jóvenes, indistinguiblemente iguales (salvo por la estatura), y él sabía que todos eran hermanos, y también inmortales. La muerte del artista, que fue el primer hombre blanco al que conoció de cerca, no perturbó esta creencia, pues estaba firmemente convencido de que el forastero blanco había fingido morir y se había hecho enterrar con algún propósito misterioso propio, que era inútil tratar de averiguar. ¿Sería acaso su manera de regresar a su tierra? En todo caso, estos eran sus hermanos, y les transfirió su absurdo afecto. Ellos se lo correspondían a su manera. Carlier le daba palmadas en la espalda y encendía cerillas sin reparo para divertirle. Kayerts estaba siempre dispuesto a dejarle oler el frasco de amoníaco. En suma, se comportaban igual que aquella otra criatura blanca que se había escondido en un agujero en el suelo. Gobila los contemplaba con atención. Quizá fueran el mismo ser que aquel otro, o uno de ellos lo era. No podía decidirlo ni dilucidar ese misterio, pero seguía siendo siempre muy amigable. A consecuencia de esa amistad, las mujeres de la aldea de Gobila recorrían en fila india la hierba de cañizo trayendo cada mañana al puesto aves, batatas, vino de palma y a

veces una cabra. La Compañía nunca abastecía plenamente los puestos, y los agentes necesitaban esos suministros locales para vivir. Los obtenían gracias a la buena voluntad de Gobila y vivían bien. De vez en cuando uno de ellos caía con un acceso de fiebre, y el otro lo cuidaba con tierna devoción. No le daban demasiada importancia. Los dejaba más débiles, y su aspecto iba empeorando. Carlier tenía los ojos hundidos y estaba irritable. Kayerts mostraba un rostro demacrado y flácido sobre la rotundidad de su estómago, lo que le daba un aspecto extraño. Pero al estar siempre juntos, no advertían el cambio que se iba operando poco a poco en su aspecto y también en su carácter.

Cinco meses transcurrieron así.

Entonces, una mañana, mientras Kayerts y Carlier, repantigados en sus sillas bajo la galería, hablaban de la próxima visita del vapor, un grupo de hombres armados salió del bosque y avanzó hacia el puesto. Eran forasteros en aquella parte del país. Eran altos y delgados, drapeados con elegancia de la cabeza a los pies en telas azules con flecos, y portaban mosquetes de percusión sobre sus desnudos hombros derechos. Makola dio muestras de agitación y salió corriendo del almacén (donde pasaba todos los días) a recibir a aquellos visitantes. Entraron en el patio y miraron a su alrededor con miradas firmes y desdeñosas. Su caudillo, un negro de aspecto poderoso y resuelto con los ojos inyectados en sangre, se plantó ante la galería y pronunció un largo discurso. Gesticuló mucho y cesó de golpe.

Había algo en su entonación, en el sonido de las largas frases que empleaba, que sobresaltó a los dos blancos. Era como el recuerdo de algo no exactamente familiar, y sin embargo semejante al habla de los hombres civilizados. Sonaba como una de esas lenguas imposibles que a veces oímos en sueños.

—¿Qué jerigonza es esa? —dijo Carlier asombrado—. En el primer momento creí que el tipo iba a hablar en francés. En cualquier caso, es una algarabía distinta a todo lo que hemos oído.

—Sí —respondió Kayerts—. ¡Oiga, Makola! ¿Qué dice? ¿De dónde vienen? ¿Quiénes son?

Pero Makola, que parecía estar sobre ascuas, respondió precipitadamente: —No sé. Vienen de muy lejos. Quizá la señora Price entienda. Son quizá hombres malos.

El caudillo, tras esperar un momento, le dijo algo en tono seco a Makola, que sacudió la cabeza. Luego el hombre, tras mirar a su alrededor, reparó en la choza de Makola y se dirigió hacia ella. Al momento siguiente se oyó a la señora Makola hablar con gran volubilidad. Los demás forasteros —eran seis en total— deambulaban con aire desenvuelto, asomaban la cabeza por la puerta del almacén, se congregaban alrededor de la tumba, señalaban la cruz con aire de entendidos y, en general, actuaban como si estuvieran en su casa.

—Esa gente no me gusta... y, oiga, Kayerts, deben de ser de la costa; tienen armas de fuego —observó el sagaz Carlier.

A Kayerts tampoco le gustaba esa gente. Ambos tomaron conciencia por primera vez de que vivían en condiciones en las que lo insólito podía ser peligroso, y de que no había en la tierra ningún poder fuera de ellos mismos que pudiera interponerse entre ellos y lo insólito. Se pusieron nerviosos, entraron y cargaron sus revólveres. Kayerts dijo: —Hay que ordenarle a Makola que les diga que se vayan antes de que anochezca.

Los forasteros se marcharon por la tarde, después de comer una comida que les había preparado la señora Makola. La enorme mujer estaba agitada y habló mucho con los visitantes. Parloteaba con voz chillona, señalando aquí y allá los bosques y el río. Makola estaba sentado aparte y observaba. De vez en cuando se levantaba y le susurraba algo a su mujer. Acompañó a los forasteros a través del barranco que había detrás del recinto del puesto y regresó despacio con aire muy pensativo. Cuando los hombres blancos le preguntaron, se mostró muy extraño, pareció no entender, pareció haber olvidado el francés, pareció haber olvidado hablar por

completo. Kayerts y Carlier convinieron en que el negro había bebido demasiado vino de palma.

Hablaron de montar guardia por turnos, pero al atardecer todo parecía tan tranquilo y en calma que se retiraron como de costumbre. Durante toda la noche los perturbó una gran algarada de tambores en las aldeas. Un redoble grave y rápido cercano era seguido de otro lejano; luego todo callaba. Pronto se dejaban oír breves llamadas aquí y allá; luego todo se mezclaba, crecía, se volvía vigoroso y sostenido, se extendía por el bosque, retumbaba a lo largo de la noche, sin pausa ni descanso, cerca y lejos, como si toda la tierra fuera un inmenso tambor que resonara sin cesar haciendo un llamamiento al cielo. Y a través del estruendo profundo y tremendo, alaridos repentinos que parecían retazos de canciones de un manicomio se disparaban agudos y penetrantes en chorros discordantes de sonido que parecían precipitarse muy por encima de la tierra y ahuyentar toda paz de bajo las estrellas.

Carlier y Kayerts durmieron mal. Los dos creyeron haber oído disparos durante la noche, pero no se ponían de acuerdo sobre la dirección. Por la mañana Makola había desaparecido. Regresó hacia el mediodía con uno de los forasteros del día anterior, y eludió todos los intentos de Kayerts por abordarle: al parecer se había vuelto sordo. Kayerts se quedó perplejo. Carlier, que había estado pescando desde la orilla, regresó y comentó mientras mostraba su pesca: — Los negros parecen estar en un barullo de mil demonios; me pregunto qué pasa. He visto unas quince canoas cruzar el río durante las dos horas que he estado pescando. Kayerts, preocupado, dijo: —¿No le parece a usted que Makola está hoy muy raro? Carlier aconsejó: —Mantenga a todos nuestros hombres juntos por si hay algún problema.

II

Había diez hombres del puesto que había dejado el Director. Aquellos individuos, habiendo contratado sus servicios con la Compañía por seis meses (sin tener ninguna idea particular de lo que era un mes y solo una noción muy vaga del tiempo en general),

llevaban más de dos años sirviendo la causa del progreso. Pertenecientes a una tribu de una parte muy lejana de la tierra de la oscuridad y el dolor, no huían, suponiendo naturalmente que, como forasteros errantes, serían asesinados por los habitantes del país; y no les faltaba razón. Vivían en chozas de paja en la ladera de un barranco cubierto de hierba de cañizo, justo detrás de los edificios del puesto. No eran felices, y echaban de menos las incantaciones festivas, los hechizos, los sacrificios humanos de su propia tierra; donde también tenían padres, hermanos, hermanas, jefes admirados, hechiceros respetados, amigos queridos y otros vínculos que generalmente se consideran humanos. Además, las raciones de arroz que les distribuía la Compañía no les sentaban bien, pues era un alimento desconocido en su tierra al que no lograban acostumbrarse. En consecuencia, estaban enfermos y eran desgraciados. De haber pertenecido a cualquier otra tribu, se habrían resignado a morir —pues nada les resulta más fácil a ciertos salvajes que el suicidio— y habrían escapado así de los desconcertantes obstáculos de la existencia. Pero al pertenecer, como pertenecían, a una tribu guerrera de dientes limados, tenían más entereza y seguían viviendo estúpidamente a través de la enfermedad y el dolor. Trabajaban muy poco y habían perdido su espléndida complexión. Carlier y Kayerts los atendían con asiduidad sin poder devolverles las fuerzas. Cada mañana pasaban revista y se les asignaban distintas tareas —cortar hierba, levantar cercas, talar árboles, etc., etc.— que ningún poder sobre la tierra podía inducirles a ejecutar con eficacia. Los dos blancos tenían prácticamente muy poco control sobre ellos.

Por la tarde Makola se acercó a la casa grande y encontró a Kayerts contemplando tres densas columnas de humo que se elevaban por encima de los bosques. —¿Qué es eso? —preguntó Kayerts. —Arden algunas aldeas —respondió Makola, que parecía haber recobrado el juicio. Luego dijo bruscamente: —Tenemos muy poco marfil; seis meses de comercio malo. ¿Le gustaría conseguir un poco más de marfil?

—Sí —dijo Kayerts con avidez. Pensaba en sus comisiones, que eran bajas.

—Esos hombres que vinieron ayer son comerciantes de Loanda que tienen más marfil del que pueden llevarse a casa. ¿Compro? Sé dónde está su campamento.

—Por supuesto —dijo Kayerts—. ¿Qué clase de comerciantes son esos?

—Gente mala —dijo Makola con indiferencia—. Pelean con la gente y capturan mujeres y niños. Son hombres malos y tienen armas. Hay una gran agitación en el país. ¿Quiere usted marfil?

—Sí —dijo Kayerts. Makola guardó silencio un momento. Luego: — Esos trabajadores nuestros no sirven para nada —murmuró mirando a su alrededor—. El puesto está en muy mal estado, señor. El director va a protestar. Mejor conseguir un buen lote de marfil; entonces no dirá nada.

—No puedo remediarlo; los hombres no quieren trabajar —dijo Kayerts—. ¿Cuándo conseguirá ese marfil?

—Muy pronto —dijo Makola—. Quizá esta noche. Déjelo en mis manos y quédese dentro, señor. Creo que haría bien en dar vino de palma a nuestros hombres para que bailen esta tarde. Que se diviertan. Mañana trabajarán mejor. Hay vino de palma de sobra..., algo agriado.

Kayerts dijo que sí, y Makola, con sus propias manos, llevó grandes calabazas a la puerta de su choza. Allí estuvieron hasta el atardecer, y la señora Makola miró dentro de cada una. Los hombres las recibieron al ponerse el sol. Cuando Kayerts y Carlier se retiraron, ardía una gran hoguera ante las chozas de los hombres. Podían oír sus gritos y redobles de tambor. Algunos hombres de la aldea de Gobila se habían unido a los empleados del puesto, y la fiesta fue todo un éxito.

En mitad de la noche, Carlier, al despertar de pronto, oyó a un hombre gritar con fuerza; luego sonó un disparo. Uno solo. Carlier

salió corriendo y se topó con Kayerts en la galería. Los dos estaban sobresaltados. Mientras cruzaban el patio para llamar a Makola, vieron sombras que se movían en la noche. Una de ellas gritó: «¡No dispare! Soy yo, Price!». Entonces apareció Makola muy cerca de ellos. «Vuelvan, vuelvan, por favor —les instó—, lo van a estropear todo». «Hay hombres desconocidos por ahí», dijo Carlier. «No importa; ya lo sé», dijo Makola. Y luego susurró: «Todo en orden. Traen marfil. ¡No digan nada! Yo sé lo que me hago». Los dos blancos volvieron a la casa de mala gana, pero no durmieron. Oyeron pasos, susurros, algún gemido. Parecía como si entrara un montón de hombres, dejaran caer cosas pesadas en el suelo, discutieran un buen rato y luego se marcharan. Yacían en sus duros catres y pensaban: «Este Makola no tiene precio». Por la mañana Carlier salió, muy soñoliento, y tiró de la cuerda de la gran campana. Los peones de la factoría se congregaban cada mañana al sonido de la campana. Aquella mañana no acudió nadie. Kayerts salió también, bostezando. Al otro lado del patio vieron a Makola salir de su choza con una palangana de hojalata llena de agua jabonosa en la mano. Makola, negro civilizado, era muy pulcro en su persona. Arrojó con destreza el agua enjabonada sobre un desdichado y pequeño chucho amarillo que tenía; luego, volviendo la cara hacia la casa de los agentes, gritó desde lejos: «¡Todos los hombres se fueron anoche!».

Lo oyeron con claridad, pero en su asombro los dos exclamaron a la vez: «¡Qué!».

Entonces se quedaron mirándose el uno al otro.

«Ahora sí que estamos en un buen aprieto», gruñó Carlier.

«¡Es increíble!», masculló Kayerts.

«Voy a las chozas a ver», dijo Carlier, alejándose a grandes zancadas.

Makola, al acercarse, encontró a Kayerts solo.

—Apenas puedo creerlo —dijo Kayerts, lloroso—. Los cuidábamos como si fueran nuestros hijos.

—Se fueron con la gente de la costa —dijo Makola tras un momento de vacilación.

—¡Qué me importa a mí con quién se hayan ido, los muy brutos desagradecidos! —exclamó el otro. Luego, con súbita sospecha,

mirando fijamente a Makola, añadió—: ¿Tú qué sabes de esto?

Makola movió los hombros, con la vista clavada en el suelo. «¿Qué sé yo? Solo pienso. ¿Quiere venir a ver el marfil que tengo ahí? Es una partida magnífica. Nunca vio nada igual».

Se encaminó hacia el almacén. Kayerts lo siguió maquinalmente, pensando en la increíble deserción de los hombres. En el suelo, ante la puerta del fetiche, yacían seis espléndidos colmillos.

—¿Qué diste a cambio? —preguntó Kayerts, tras examinar la partida con satisfacción.

—Nada de trato regular —dijo Makola—. Trajeron el marfil y me lo dieron. Les dije que se llevaran lo que más quisieran de la factoría. Es una partida hermosa. Ninguna factoría puede mostrar colmillos así. Aquellos comerciantes necesitaban mucho porteadores, y nuestros hombres aquí no servían de nada. Ningún trato, ningún asiento en los libros: todo correcto.

Kayerts casi reventó de indignación. «¡Cómo! —gritó—, ¡me parece que has vendido a nuestros hombres por esos colmillos!». Makola permanecía impassible y callado. «Yo... yo... voy a... yo», tartamudeó Kayerts. «¡Eres un demonio!», vociferó.

—Hice lo mejor para usted y para la Compañía —dijo Makola, imperturbable—. ¿Por qué grita tanto? Mire este colmillo.

—¡Estás despedido! Te denunciaré, no pienso mirar el colmillo. Te prohíbo que los toques. Te ordeno que los arrojes al río. ¡Tú, tú!

—Está usted muy rojo, señor Kayerts. Si se pone tan irritable al sol, cogerá fiebres y morirá, ¡como el primer jefe! —pronunció Makola con solemnidad.

Se quedaron inmóviles, contemplándose con ojos intensos, como si se esforzaran por mirarse a través de distancias inmensas. Kayerts se estremeció. Makola no había querido decir más de lo que dijo, ¡pero sus palabras le parecieron a Kayerts cargadas de una amenaza aciaga! Se dio media vuelta con brusquedad y se marchó a la casa.

Makola se retiró al seno de su familia; y los colmillos, abandonados ante el almacén, se veían muy grandes y valiosos a la luz del sol.

Carlier regresó a la galería. «Se han ido todos, ¿eh? —preguntó Kayerts desde el fondo de la sala común con voz apagada—. ¿No encontraste a nadie?».

—Oh, sí —dijo Carlier—, encontré a uno de la gente de Gobila tendido, muerto, delante de las chozas, con un tiro en el cuerpo. Ese disparo fue el que oímos anoche.

Kayerts salió aprisa. Encontró a su compañero mirando ceñudo, por encima del patio, hacia los colmillos, allá junto al almacén. Los dos se sentaron en silencio un rato. Luego Kayerts refirió su conversación con Makola. Carlier no dijo nada. En el almuerzo comieron muy poco. Apenas cruzaron una palabra en todo el día. Un gran silencio parecía pesar sobre la factoría y sellarles los labios. Makola no abrió el almacén; pasó el día jugando con sus hijos. Se tumbó cuan largo era sobre una estera junto a su puerta, y los chiquillos se le sentaban en el pecho y se le encaramaban por todas partes. Era una estampa conmovedora. La señora Makola estuvo atareada cocinando todo el día, como de costumbre. Los blancos hicieron una comida algo mejor por la noche. Después, Carlier, fumándose su pipa, se llegó paseando hasta el almacén; estuvo un buen rato de pie ante los colmillos, tocó uno o dos con el pie e incluso intentó levantar el más grande por el extremo delgado. Volvió junto a su jefe, que no se había movido de la galería, se dejó caer en la silla y dijo:

—¡Ya lo veo claro! Cayeron sobre ellos mientras dormían como troncos después de beberse todo ese vino de palma que dejaste que Makola les diera. ¡Un tinglado montado! ¿Lo ves? Lo peor es que había allí gente de Gobila, y sin duda se los llevaron también. El menos borracho se despertó, y lo mataron de un tiro por estar sereno. Vaya país más gracioso. ¿Qué vas a hacer ahora?

—No podemos tocarlo, por supuesto —dijo Kayerts.

—Por supuesto que no —asintió Carlier.

—La esclavitud es algo espantoso —balbuceó Kayerts con voz insegura.

—Terrible: los sufrimientos —gruñó Carlier con convicción.

Se creían sus propias palabras. Todo el mundo muestra una deferencia respetuosa hacia ciertos sonidos que él y sus semejantes son capaces de emitir. Pero de los sentimientos la gente en realidad no sabe nada. Hablamos con indignación o entusiasmo; hablamos de opresión, de crueldad, de crimen, de entrega, de sacrificio, de virtud, y no sabemos nada real más allá de las palabras. Nadie sabe qué significan el sufrimiento o el sacrificio, salvo, quizá, las víctimas del propósito misterioso de esas ilusiones.

A la mañana siguiente vieron a Makola muy atareado montando en el patio la gran balanza que se usaba para pesar el marfil. Al cabo, Carlier dijo: «¿Qué anda tramando ese cochino canalla?», y salió al patio con andar indolente. Kayerts lo siguió. Se quedaron mirando. Makola no les hizo caso. Cuando la balanza quedó bien nivelada, intentó alzar un colmillo hasta el platillo. Pesaba demasiado. Levantó la vista, desvalido, sin una palabra, y durante un minuto los tres permanecieron en torno a aquella balanza, mudos e inmóviles como tres estatuas. De pronto Carlier dijo: «Agarra el otro extremo, Makola, ¡bestia!», y entre los dos alzaron el colmillo. Kayerts temblaba de pies a cabeza. Masculló: «¡Vaya! ¡Oh! ¡Vaya!», y, metiéndose la mano en el bolsillo, encontró allí un sucio pedazo de papel y el cabo de un lápiz. Volvió la espalda a los otros, como si fuera a hacer algo turbio, y anotó a hurtadillas los pesos que Carlier le iba cantando con una sonoridad innecesaria. Cuando todo hubo terminado, Makola susurró para sí: «El sol es muy fuerte aquí para los colmillos». Carlier le dijo a Kayerts en tono despreocupado: «Oye, jefe, bien podría echarle una mano con toda esta partida para meterla en el almacén».

Cuando volvían a la casa, Kayerts observó con un suspiro: «Había que hacerlo». Y Carlier dijo: «Es deplorable, pero, siendo los hombres de la Compañía, el marfil es de la Compañía. Debemos

velar por él. Informaré al Director, naturalmente», dijo Kayerts. «Naturalmente; que él decida», aprobó Carlier.

A mediodía hicieron una comida copiosa. Kayerts suspiraba de vez en cuando. Siempre que mencionaban el nombre de Makola le añadían un epíteto oprobioso. Les aliviaba la conciencia. Makola se concedió media jornada de asueto y bañó a sus hijos en el río. Nadie de las aldeas de Gobila se acercó a la factoría aquel día. Nadie vino al día siguiente, ni al otro, ni en toda una semana. La gente de Gobila bien podría haber estado muerta y enterrada, a juzgar por las señales de vida que daban. Pero solo estaban de duelo por los que habían perdido a causa de la brujería de los blancos, que habían traído a gente malvada a su tierra. La gente malvada se había ido, pero el miedo permanecía. El miedo permanece siempre. Un hombre puede destruir todo lo que lleva dentro, el amor y el odio y la fe, e incluso la duda; pero mientras se aferre a la vida no puede destruir el miedo: el miedo sutil, indestructible y terrible que impregna su ser; que tiñe sus pensamientos; que acecha en su corazón; que vigila en sus labios el forcejeo de su último aliento. En su miedo, el manso y viejo Gobila ofreció sacrificios humanos suplementarios a todos los Espíritus del Mal que se habían adueñado de sus amigos blancos. Tenía el corazón encogido. Algunos guerreros hablaron de incendiar y matar, pero el cauto y viejo salvaje los disuadió. ¿Quién podía prever la desgracia que aquellas misteriosas criaturas, si se las irritaba, podrían acarrear? Había que dejarlas en paz. Quizá con el tiempo desaparecieran bajo tierra como había desaparecido la primera. Su gente debía mantenerse lejos de ellas y confiar en que todo saliera bien.

Kayerts y Carlier no desaparecieron, sino que siguieron aquí arriba, sobre esta tierra que, no sabían cómo, imaginaban que se había vuelto más grande y muy vacía. No era la soledad absoluta y muda del puesto lo que tanto los impresionaba, sino un sentimiento inarticulado de que algo de su interior se había ido, algo que velaba por su seguridad y había impedido que la selva se les metiera en el corazón. Las imágenes del hogar; el recuerdo de las gentes como ellos, de los hombres que pensaban y sentían como ellos solían

pensar y sentir, se retiraban a lejanías que el resplandor del sol sin nubes volvía indistintas. Y desde el gran silencio de la selva circundante, su misma desesperanza y su misma barbarie parecían acercárseles, atraerlos con dulzura, contemplarlos, envolverlos con una solicitud irresistible, familiar y repugnante.

Los días se alargaron en semanas, luego en meses. La gente de Gobila tocaba los tambores y aullaba a cada luna nueva, como antaño, pero se mantenía lejos de la factoría. Makola y Carlier intentaron una vez, en una canoa, entablar comunicación, pero los recibió una lluvia de flechas y tuvieron que huir de vuelta a la factoría para salvar el pellejo. Aquel intento sublevó al país río arriba y río abajo, con un alboroto que se oyó muy nítidamente durante días. El vapor se retrasaba. Al principio hablaban del retraso con desenfado, luego con inquietud, luego con abatimiento. La cosa se ponía seria. Las provisiones escaseaban. Carlier echaba los sedales desde la orilla, pero el río iba bajo y los peces se quedaban en la corriente. No se atrevían a alejarse mucho de la factoría a cazar. Además, no había caza en la selva impenetrable. Una vez Carlier abatió a tiros un hipopótamo en el río. No tenían bote para asegurarlo, y se hundió. Cuando volvió a flotar, se lo llevó la corriente, y la gente de Gobila se apoderó de la res. Fue ocasión de fiesta nacional, pero a Carlier le dio un ataque de furia por ello y habló de la necesidad de exterminar a todos los negros antes de que el país pudiera hacerse habitable. Kayerts vagaba silencioso, alelado; pasaba horas mirando el retrato de su Mélie. Representaba a una niñita de largas trenzas descoloridas y cara más bien avinagrada. Tenía las piernas muy hinchadas y apenas podía andar. Carlier, minado por la fiebre, ya no podía darse aires, pero seguía tambaleándose de aquí para allá, todavía con aquel aire de temerario despreocupado, como correspondía a un hombre que recordaba su regimiento de élite. Se había vuelto ronco, sarcástico, propenso a decir cosas desagradables. Lo llamaba «ser franco contigo». Hacía tiempo que habían calculado sus porcentajes sobre el comercio, incluyendo en ellos aquel último trato del infame

Makola. También habían resuelto no decir nada al respecto. Kayerts vaciló al principio, le tenía miedo al Director.

—Ese ha visto cosas peores hechas a escondidas —sostenía Carlier con una risa ronca—. ¡Confía en él! No te lo agradecerá si te vas de la lengua. No es mejor que tú ni que yo. ¿Quién va a hablar si nosotros nos callamos? Aquí no hay nadie.

¡Ahí estaba la raíz de todo el mal! No había nadie allí; y, dejados solos con su debilidad, se volvían cada día más una pareja de cómplices que un par de amigos devotos. Hacía ocho meses que no tenían noticias del hogar. Cada tarde decían: «Mañana veremos el vapor». Pero uno de los vapores de la Compañía había naufragado, y el Director andaba ocupado con el otro, socorriendo estaciones muy lejanas e importantes del río principal. Pensaba que la estación inútil y los hombres inútiles podían esperar. Entretanto, Kayerts y Carlier vivían de arroz hervido sin sal, y maldecían a la Compañía, a toda África y el día en que nacieron. Hay que haber vivido de semejante dieta para descubrir en qué horrible suplicio puede convertirse la necesidad de tragar la comida. Literalmente, no había otra cosa en la factoría que arroz y café; el café lo bebían sin azúcar. Los últimos quince terrones los había guardado Kayerts solemnemente bajo llave en su caja, junto con media botella de coñac, «por si hay enfermedad», explicó. Carlier lo aprobó. «Cuando uno está enfermo —dijo—, cualquier pequeño extra como ese reconforta».

Esperaban. Empezó a brotar hierba rala por el patio. La campana ya no sonaba nunca. Los días pasaban, silenciosos, exasperantes y lentos. Cuando los dos hombres hablaban, gruñían; y sus silencios eran amargos, como teñidos por la amargura de sus pensamientos.

Un día, después de un almuerzo de arroz hervido, Carlier dejó la taza sin probar y dijo: «¡Al diablo con todo! Tomemos por una vez una taza de café decente. ¡Saca ese azúcar, Kayerts!».

—Es para la enfermedad —masculló Kayerts sin levantar la vista.

—Para la enfermedad —se burló Carlier—. ¡Paparruchas!... ¡Bueno! Yo estoy enfermo.

—No estás más enfermo que yo, y yo me privo —dijo Kayerts en tono pacífico.

—¡Venga! Saca ese azúcar, viejo negrero tacaño.

Kayerts alzó la vista de golpe. Carlier sonreía con marcada insolencia. Y de pronto le pareció a Kayerts que jamás había visto a aquel hombre. ¿Quién era? No sabía nada de él. ¿De qué era capaz? Sintió por dentro un sorprendente destello de emoción violenta, como en presencia de algo insospechado, peligroso y definitivo. Pero logró pronunciar con serenidad:

—Esa broma es de muy mal gusto. No la repitas.

—¡Broma! —dijo Carlier, echándose hacia delante en el asiento—. Tengo hambre, estoy enfermo, ¡no bromeo! Odio a los hipócritas. Tú eres un hipócrita. Eres un negrero. Yo soy un negrero. En este maldito país no hay más que negreros. ¡De todos modos, hoy pienso echarle azúcar a mi café!

—Te prohíbo que me hables de ese modo —dijo Kayerts con una apariencia razonable de resolución.

—¡Tú! ¿Qué? —gritó Carlier, poniéndose en pie de un salto.

Kayerts se levantó también. «Soy tu jefe», empezó, tratando de dominar el temblor de su voz.

—¿Qué? —vociferó el otro—. ¿Quién es el jefe? Aquí no hay ningún jefe. Aquí no hay nada: no hay más que tú y yo. Trae el azúcar, barrigón, asno.

—Cierra el pico. Sal de esta habitación —chilló Kayerts—. ¡Estás despedido, canalla!

Carlier blandió un taburete. De pronto pareció ir en serio, peligrosamente. «¡Toma esto, civilucho blandengue e inservible!», aulló.

Kayerts se agachó bajo la mesa, y el taburete golpeó la pared interior de paja de la habitación. Entonces, mientras Carlier trataba de volcar la mesa, Kayerts, desesperado, arremetió a ciegas, con la

cabeza gacha, como haría un cerdo acorralado, y, derribando a su amigo, salió disparado por la galería hasta meterse en su cuarto. Cerró la puerta con llave, agarró su revólver y se quedó jadeando. En menos de un minuto Carlier daba furiosas patadas a la puerta, aullando: «Como no saques ese azúcar, te pego un tiro en cuanto te vea, como a un perro. Ahora bien, una, dos... tres. ¿No quieres? Ya verás quién manda».

Kayerts pensó que la puerta se vendría abajo y se escurrió por el agujero cuadrado que hacía las veces de ventana en su cuarto. Quedaba entonces todo el ancho de la casa entre ambos. Pero el otro, por lo visto, no tenía fuerza suficiente para derribar la puerta, y Kayerts lo oyó echar a correr en torno a la casa. Entonces también él empezó a correr trabajosamente sobre sus piernas hinchadas. Corría lo más deprisa que podía, aferrando el revólver, incapaz aún de comprender qué le estaba pasando. Vio pasar, uno tras otro, la casa de Makola, el almacén, el río, el barranco y los matorrales bajos; y volvió a ver todas aquellas cosas mientras daba la segunda vuelta a la casa. Luego pasaron de nuevo veloces ante sus ojos. Aquella mañana no habría podido caminar ni un metro sin gemir.

Y ahora corría. Corría con la rapidez suficiente para mantenerse fuera de la vista del otro.

Entonces, débil y desesperado, mientras pensaba: «Antes de terminar la próxima vuelta me moriré», oyó al otro tropezar pesadamente y detenerse. Él se detuvo también. Tenía la parte trasera de la casa, y Carlier la delantera, como antes. Lo oyó dejarse caer en una silla soltando maldiciones, y de pronto le fallaron las piernas y se deslizó hasta quedar sentado con la espalda contra la pared. Tenía la boca seca como una brasa apagada, y la cara mojada de sudor, y de lágrimas. ¿A qué venía todo aquello? Pensó que debía de ser una ilusión horrible; pensó que estaba soñando; ipensó que se estaba volviendo loco! Al cabo de un rato recobró el juicio. ¿Por qué reñían? ¡Por ese azúcar! ¡Qué absurdo! Se lo daría, él no lo quería para nada. Y empezó a incorporarse a gatas con una súbita sensación de seguridad. Pero, antes de haberse puesto del todo en

pie, se le ocurrió una reflexión de sentido común que lo hundió de nuevo en la desesperación. Pensó: «Si cedo ahora ante ese bruto de soldado, mañana empezará otra vez con este horror, y pasado, todos los días, alegrará otras pretensiones, me pisoteará, me atormentará, me convertirá en su esclavo... ¡y estaré perdido! ¡Perdido! El vapor puede tardar días en venir... puede que no venga nunca». Temblaba de tal modo que tuvo que sentarse de nuevo en el suelo. Se estremecía, desamparado. Sentía que no podía, que no quería moverse más. Lo trastornaba por completo la súbita percepción de que la situación no tenía salida... de que la muerte y la vida se habían vuelto en un instante igualmente difíciles y terribles.

De repente oyó al otro echar hacia atrás su silla; y se puso en pie de un brinco con extrema facilidad. Aguzó el oído y se confundió. ¡Había que correr otra vez! ¿A la derecha o a la izquierda? Oyó pasos. Se lanzó hacia la izquierda, aferrando el revólver, y en ese mismísimo instante, según le pareció, chocaron con violencia. Los dos gritaron de sorpresa. Se produjo entre ambos una fuerte explosión; un fogonazo de fuego rojo, un humo espeso; y Kayerts, ensordecido y cegado, retrocedió de un salto pensando: «Me ha dado... se acabó». Esperaba que el otro rodeara la casa para regodearse en su agonía. Se agarró a uno de los postes del tejado. «¡Se acabó!». Entonces oyó una caída estrepitosa al otro lado de la casa, como si alguien se hubiera desplomado de bruces por encima de una silla; luego, silencio. No pasó nada más. No murió. Solo notaba el hombro como si se lo hubieran dislocado de mala manera, y había perdido el revólver. ¡Estaba desarmado e indefenso! Aguardó su destino. El otro no emitía sonido alguno. Era una estratagema. ¡Lo estaba acechando ahora! ¿Por qué lado? ¡Quizá en este mismo minuto estuviera apuntándole!

Tras unos momentos de una angustia espantosa y absurda, decidió ir al encuentro de su perdición. Estaba dispuesto a toda clase de rendición. Dobló la esquina, sosteniéndose con una mano en la pared; dio unos pasos y estuvo a punto de desvanecerse. Había visto en el suelo, asomando más allá de la otra esquina, un par de pies vueltos hacia arriba. Un par de pies blancos y desnudos en unas

zapatillas rojas. Se sintió mortalmente enfermo y permaneció un rato en una profunda oscuridad. Entonces Makola apareció ante él, diciendo con calma: «Venga, señor Kayerts. Está muerto». Rompió a llorar de gratitud; un fuerte acceso de llanto entrecortado. Al cabo de un rato se encontró sentado en una silla, mirando a Carlier, que yacía tendido de espaldas. Makola estaba arrodillado sobre el cuerpo.

—¿Es este su revólver? —preguntó Makola, poniéndose en pie.

—Sí —dijo Kayerts; luego añadió muy deprisa—: Corrió tras de mí para pegarme un tiro, ¡tú lo viste!

—Sí, lo vi —dijo Makola—. No hay más que un revólver; ¿dónde está el suyo?

—No lo sé —susurró Kayerts con una voz que de pronto se había vuelto muy tenue.

—Iré a buscarlo —dijo el otro, con suavidad. Dio la vuelta a lo largo de la galería, mientras Kayerts seguía sentado, inmóvil, mirando el cadáver. Makola volvió con las manos vacías, se quedó sumido en profundos pensamientos, luego entró sin ruido en el cuarto del muerto y salió al punto con un revólver, que sostuvo en alto ante Kayerts. Kayerts cerró los ojos. Todo daba vueltas. Encontraba la vida más terrible y difícil que la muerte. Había matado a un hombre desarmado.

Tras meditar un rato, Makola dijo en voz baja, señalando al muerto, que yacía allí con el ojo derecho reventado de un tiro:

—Murió de fiebre. —Kayerts lo miró con ojos pétreos—. Sí —repitió Makola, pensativo, pasando por encima del cadáver—, creo que murió de fiebre. Entiérrelo mañana.

Y se alejó despacio hacia su expectante esposa, dejando a los dos blancos solos en la galería.

Cayó la noche, y Kayerts siguió sentado sin moverse en su silla. Estaba tan quieto como si hubiera tomado una dosis de opio. La violencia de las emociones por las que había pasado le producía una

sensación de serenidad exhausta. En una sola tarde había sondeado las simas del horror y la desesperación, y ahora hallaba reposo en la convicción de que la vida ya no tenía secretos para él: ni tampoco la muerte! Se sentaba junto al cadáver a pensar; a pensar con gran actividad, a pensar cosas muy nuevas. Parecía haberse desprendido por completo de sí mismo. Sus viejos pensamientos, sus convicciones, sus gustos y aversiones, las cosas que respetaba y las que aborrecía, ¡aparecían por fin bajo su verdadera luz! Aparecían despreciables e infantiles, falsos y ridículos. Se regodeaba en su nueva sabiduría mientras se sentaba junto al hombre al que había matado. Discutía consigo mismo sobre todas las cosas bajo el cielo con esa clase de lucidez descabellada que puede observarse en algunos lunáticos. De pasada reflexionó que, de todos modos, el tipo que allí yacía muerto había sido una bestia dañina; que los hombres morían a millares cada día; quizá a centenares de miles —¿quién podía decirlo?—, y que, en tal cantidad, aquella única muerte no podía suponer diferencia alguna; no podía tener importancia, al menos para una criatura pensante. Él, Kayerts, era una criatura pensante. Había sido toda su vida, hasta aquel momento, un creyente en un montón de disparates, como el resto de la humanidad, que son unos necios; ¡pero ahora pensaba! ¡Sabía! Estaba en paz; ¡conocía de cerca la más alta sabiduría! Luego intentó imaginarse muerto a sí mismo, y a Carlier sentado en su silla observándolo; y su intento tuvo un éxito tan inesperado que en muy pocos instantes dejó de estar del todo seguro de quién estaba muerto y quién vivo. Aquel extraordinario logro de su fantasía lo sobresaltó, sin embargo, y mediante un esfuerzo mental hábil y oportuno se salvó justo a tiempo de convertirse en Carlier. El corazón le palpitaba, y sintió un sofoco por todo el cuerpo ante la idea de aquel peligro. ¡Carlier! ¡Qué cosa más repugnante! Para calmar sus nervios ahora alterados —¡y no era de extrañar!— intentó silbar un poco. Entonces, de pronto, se quedó dormido, o creyó haber dormido; pero, en todo caso, había niebla, y alguien había silbado en la niebla.

Se puso en pie. Había llegado el día, y una densa neblina había descendido sobre la tierra: la neblina penetrante, envolvente y silenciosa; la neblina matinal de las tierras tropicales; la neblina que se adhiere y mata; la neblina blanca y mortífera, inmaculada y venenosa. Se puso en pie, vio el cuerpo y arrojó los brazos por encima de la cabeza con un grito como el de un hombre que, al despertar de un trance, se descubre emparedado para siempre en una tumba. «¡Socorro!... ¡Dios mío!».

Un alarido inhumano, vibrante y repentino, atravesó como un dardo afilado el blanco sudario de aquella tierra de dolor. Siguieron tres chillidos cortos e impacientes, y luego, por un tiempo, las guirnaldas de niebla siguieron rodando, sin que nada las perturbara, a través de un silencio formidable. Después, muchos más alaridos, rápidos y penetrantes, como los aullidos de alguna criatura exasperada y despiadada, rasgaron el aire. El Progreso llamaba a Kayerts desde el río. El Progreso y la civilización y todas las virtudes. La Sociedad llamaba a su consumado hijo para que volviera, para que lo cuidaran, lo instruyeran, lo juzgaran, lo condenaran; lo llamaba a regresar a aquel montón de basura del que se había alejado errando, para que pudiera hacerse justicia.

Kayerts oyó y comprendió. Salió dando tumbos de la galería, dejando al otro hombre completamente solo por primera vez desde que los habían arrojado allí juntos. Avanzó a tientas entre la niebla, implorando en su ignorancia al cielo invisible que deshiciera su obra. Makola pasó revoloteando en la bruma, gritando mientras corría:

—¡El vapor! ¡El vapor! No ven. Silban para la estación. Voy a tocar la campana. Baje al embarcadero, señor. Yo toco.

Desapareció. Kayerts se quedó inmóvil. Miró hacia arriba; la niebla rodaba baja sobre su cabeza. Miró en torno como un hombre que ha perdido el camino; y vio una mancha oscura, un borrón en forma de cruz, sobre la cambiante pureza de la neblina. Cuando empezó a avanzar dando traspiés hacia él, la campana de la estación repicó en un tumultuoso volteo su respuesta al impaciente clamor del vapor.

El Director Gerente de la Gran Compañía Civilizadora (puesto que sabemos que la civilización sigue al comercio) desembarcó el primero e incontinenti perdió de vista el vapor. La niebla, allá abajo junto al río, era extraordinariamente densa; arriba, en la estación, la campana repicaba sin cesar, broncínea.

El Director gritó con fuerza hacia el vapor:

—¡No hay nadie abajo que salga a recibirnos; puede que haya pasado algo, aunque están tocando la campana. Será mejor que baje usted también!

Y empezó a trepar penosamente por la escarpada orilla. El capitán y el maquinista del barco lo siguieron por detrás. Mientras subían a gatas, la niebla se aclaró y pudieron ver a su Director bastante más adelante. De pronto lo vieron dar un respingo hacia delante, gritándoles por encima del hombro: «¡Corran! ¡Corran a la casa! He encontrado a uno de ellos. ¡Corran, busquen al otro!».

¡Había encontrado a uno de ellos! Y hasta él, hombre de experiencia variada y sobrecogedora, quedó un tanto descompuesto por el modo de aquel hallazgo. Se detuvo y rebuscó en sus bolsillos (una navaja) mientras miraba de frente a Kayerts, que colgaba de una correa de cuero atada a la cruz. Era evidente que se había encaramado a la tumba, que era alta y estrecha, y, tras anudar el extremo de la correa al brazo de la cruz, se había dejado caer. Los dedos de sus pies quedaban apenas a un par de dedos del suelo; los brazos le colgaban rígidos hacia abajo; parecía estar rígidamente cuadrado en posición de firmes, pero con una mejilla amoratada juguetonamente apoyada en el hombro. Y, con irreverencia, le sacaba una lengua hinchada a su Director Gerente.

EL REGRESO

El tren de circunvalación de la City surgió impetuosamente de un negro agujero y se detuvo con un estridente y áspero estrépito en el penumbral crepúsculo de una estación del West End. Una fila de puertas se abrió de golpe y una multitud de hombres descendió atropelladamente. Llevaban sombreros de copa, rostros pálidos y saludables, abrigos oscuros y botas relucientes; sostenían en sus manos enguantadas paraguas finos y periódicos vespertinos doblados a toda prisa que parecían trapos tiesos y sucios de color verdoso, rosáceo o blanquecino. Alvan Hervey bajó con los demás, con un cigarro apagándose entre los dientes. Una mujercilla desamparada, vestida de negro raído, con ambos brazos cargados de paquetes, corrió angustiada a lo largo del andén, se precipitó de repente en un compartimento de tercera clase y el tren arrancó. El golpeteo de las portezuelas estalló seco y rencoroso como una descarga de fusilería; una corriente helada mezclada con vapores acres recorrió el andén de punta a punta e hizo que un anciano tambaleante, envuelto hasta las orejas en una bufanda de lana, se detuviera en seco en medio de la corriente humana para toser violentamente apoyado en su bastón. Nadie le prestó la menor atención.

Alvan Hervey cruzó el control de billetes. Entre las desnudas paredes de una escalera sórdida los hombres trepaban con presteza; sus espaldas parecían idénticas, casi como si llevaran uniforme; sus rostros indiferentes eran variados pero sugerían de algún modo un parentesco, como los semblantes de una banda de hermanos que,

por prudencia, dignidad, repugnancia o previsión, se ignorarían resueltamente los unos a los otros; y sus ojos, vivos o lentos; sus ojos fijos en los escalones polvorientos; sus ojos castaños, negros, grises, azules, tenían todos la misma mirada: concentrada y vacía, satisfecha e irreflexiva.

Ante el gran portal de la calle se dispersaron en todas direcciones, alejándose a paso veloz los unos de los otros con el aire apresurado de hombres que huyen de algo comprometedor; de la familiaridad o las confidencias; de algo sospechado y oculto, como la verdad o la pestilencia. Alvan Hervey vaciló, deteniéndose un momento solo en el portal; luego decidió volver a pie a casa.

Caminaba con paso firme. Una lluvia neblinosa se posaba como polvo plateado sobre la ropa, sobre los bigotes; mojaba los rostros, barnizaba las losas, oscurecía las paredes, goteaba de los paraguas. Y él avanzaba bajo la lluvia con serena despreocupación, con la tranquila soltura de alguien próspero y desdeñoso, muy seguro de sí mismo: un hombre con mucho dinero y muchos amigos. Era alto, bien formado, de buen ver y saludable; y su rostro pálido y despejado tenía, bajo su refinamiento corriente, ese leve tinte de brutalidad autoritaria que confiere la posesión de habilidades sólo parcialmente difíciles: el destacar en los deportes, o en el arte de hacer dinero; el dominio fácil sobre los animales y sobre los hombres necesitados.

Regresaba a casa mucho antes de lo habitual, directamente desde la City y sin pasar por su club. Se tenía por bien relacionado, bien educado e inteligente. ¿Y quién no? Pero sus relaciones, su educación y su inteligencia estaban estrictamente a la par de las de los hombres con quienes hacía negocios o se divertía. Se había casado cinco años atrás. En aquel entonces, todos sus conocidos dijeron que estaba muy enamorado; y él mismo lo había dicho, con franqueza, porque está perfectamente admitido que todo hombre se enamora una vez en la vida —a no ser que su esposa muera, en cuyo caso volver a enamorarse puede resultar del todo encomiable. La muchacha era sana, alta, rubia y, en su opinión, bien relacionada,

bien educada e inteligente. Estaba además profundamente hastiada de su hogar, donde su individualidad —de la que tenía plena conciencia— no tenía margen de expansión, como si la hubieran metido en una caja demasiado estrecha. Andaba como un granadero, era fuerte y erguida como un obelisco, tenía un rostro hermoso, una frente franca, ojos puros, y ni un pensamiento propio en la cabeza. Él cedió con prontitud ante todos aquellos encantos, y ella le pareció tan indudablemente de la especie apropiada que no vaciló ni un instante en declararse enamorado. Al amparo de esa sagrada y poética ficción la deseó con arrogancia, por diversas razones; pero principalmente por la satisfacción de salirse con la suya. Fue muy obtuso y solemne al respecto —sin razón alguna en este mundo, a no ser para disimular sus sentimientos—, lo cual es cosa eminentemente correcta. Nadie, sin embargo, se habría escandalizado si hubiese descuidado ese deber, pues el sentimiento que experimentaba era en realidad un anhelo —un anhelo más intenso y un poco más complejo, sin duda, pero no más reprochable en su naturaleza que el apetito de un hombre hambriento por su cena.

Tras su boda se aplicaron, con señalado éxito, a ampliar el círculo de sus relaciones. Treinta personas les conocían de vista; veinte más, con efusivas muestras de afecto, toleraban su presencia ocasional en los umbrales hospitalarios; al menos cincuenta más tuvieron noticia de su existencia. Se movían en ese mundo ampliado entre hombres y mujeres perfectamente encantadores que temían la emoción, el entusiasmo o el fracaso más que el fuego, la guerra o las enfermedades mortales; que sólo toleraban las fórmulas más corrientes del pensamiento más corriente, y sólo reconocían los hechos lucrativos. Era una esfera extraordinariamente encantadora, el hogar de todas las virtudes, donde nada se realiza y donde todas las alegrías y todos los pesares se atemperan cuidadosamente en placeres y contratiempos. En esa región serena, pues, donde los sentimientos nobles se cultivan en abundancia suficiente para ocultar el materialismo implacable de los pensamientos y las aspiraciones, Alvan Hervey y su esposa pasaron cinco años de

prudente dicha, sin que ninguna duda enturbiara la corrección moral de su existencia. Ella, para dar margen a su individualidad, se dedicó a toda suerte de obras filantrópicas y se hizo miembro de diversas sociedades de rescate y reforma patrocinadas o presididas por damas de título. Él se interesó activamente por la política; y tras conocer por pura casualidad a un hombre de letras —que, no obstante, estaba emparentado con un conde—, se dejó inducir a financiar un periódico de sociedad en las últimas. Era una publicación semipolítica y del todo escandalosa, redimida por su excesiva tosquedad; y como era absolutamente carente de principios, como no contenía ningún pensamiento nuevo, como nunca, por azar, aparecía en sus páginas un destello de ingenio, sátira o indignación, él la juzgó, a primera vista, suficientemente respetable. Después, cuando resultó rentable, percibió sin tardanza que, en conjunto, era una empresa virtuosa. Le allanaba el camino de sus ambiciones; y gozaba además de esa clase especial de importancia que le reportaba su vínculo con lo que él imaginaba ser la literatura.

Ese vínculo amplió todavía más su mundo. Hombres que escribían o dibujaban primorosamente para el público acudían a veces a su casa, y su director venía con mucha frecuencia. Lo tenía por un tanto imbécil porque tenía unos dientes delanteros muy prominentes (lo correcto es tenerlos pequeños y uniformes) y llevaba el cabello un poco más largo que la mayoría de los hombres. Sin embargo, algunos duques llevan el cabello largo, y el individuo sabía indudablemente su oficio. Lo peor era que su gravedad, aunque perfectamente imponente, no era de fiar. Se sentaba, elegante y corpulento, en el salón, con el puño del bastón suspendido ante sus grandes dientes, y hablaba durante horas con una sonrisa de labios gruesos (nunca decía nada que pudiera considerarse objetable ni fuera de lugar), hablaba de un modo insólito, sin resultar irritante de manera obvia. Su frente era demasiado excelsa —insólitamente—, y bajo ella había una nariz recta, perdida entre unas mejillas lampiñas que describían una curva suave y desembocaban en una barbilla con la forma del extremo de una raqueta de nieve. Y en ese rostro que

recordaba el de un bebé gordo y diabólicamente ladino relucía un par de ojos negros, sagaces, escrutadores e incrédulos. Escribía versos también. Bastante imbécil. Pero la pandilla de hombres que le seguía a la zaga de los faldones de su monumental levita parecía percibir cosas maravillosas en lo que decía. Alvan Hervey lo atribuía a la afectación. Esos artistas, en general, eran tan afectados. Con todo, todo aquello era muy correcto —muy útil para él—, y su esposa parecía disfrutarlo, como si también ella hubiese obtenido alguna ventaja concreta y secreta de esa conexión intelectual. Ella recibía a sus variados y decorosos invitados con una especie de gracia alta y majestuosa, peculiarmente suya, que despertaba en la mente de los extraños intimidados recuerdos incongruos e impropios de un elefante, una jirafa, una gacela; de una torre gótica, de un ángel descomunal. Sus jueves estaban haciéndose famosos en su mundo; y su mundo crecía sin pausa, anexionándose calle tras calle. Incluía también los Jardines de Alguien, un Creciente, un par de Plazas.

Así, Alvan Hervey y su esposa vivieron el uno junto al otro durante cinco años prósperos. Con el tiempo llegaron a conocerse suficientemente bien para todos los fines prácticos de semejante existencia, pero eran tan incapaces de verdadera intimidad como dos animales que se alimentan en el mismo pesebre, bajo el mismo techo, en un establo lujoso. Su anhelo quedó apaciguado y se convirtió en costumbre; y ella obtuvo su deseo: el deseo de escapar del techo paterno, de afirmar su individualidad, de moverse en su propio ambiente (tan superior al de sus padres); de tener una casa propia, y la parte que a ella le correspondía del respeto, la envidia y el aplauso del mundo. Se entendían cautelosamente, tácitamente, como dos conspiradores prudentes en un complot lucrativo; porque ambos eran incapaces de contemplar un hecho, un sentimiento, un principio o una creencia de otro modo que no fuera a la luz de su propia dignidad, de su propia glorificación, de su propio provecho. Sobrevolaban la superficie de la vida cogidos de la mano, en una atmósfera pura y helada —como dos hábiles patinadores que trazan figuras sobre el hielo grueso para admiración de los espectadores,

ignorando con desdén la corriente oculta, la corriente inquieta y oscura; la corriente de la vida, profunda y sin helar.

Alvan Hervey giró dos veces a la izquierda, una a la derecha, caminó a lo largo de dos lados de una plaza, en cuyo centro grupos de árboles de aspecto domesticado se hallaban en respetable cautividad tras las verjas de hierro, y llamó al timbre de su puerta. Abrió una doncella. Manía de su esposa, ésa: tener únicamente criadas. La muchacha, mientras le recogía el sombrero y el abrigo, le dijo algo que le hizo mirar el reloj. Eran las cinco, y su esposa no estaba en casa. No había nada de extraordinario en ello. —Sin té —dijo—, no, y subió la escalera.

Subió sin hacer ruido. Las varillas de latón relucían a lo largo de la alfombra roja. En el rellano del primer piso, una mujer de mármol, recatadamente cubierta desde el cuello hasta los pies con ropajes de piedra, avanzaba una hilera de dedos inertes hasta el borde del pedestal y extendía ciegamente un rígido brazo blanco que sostenía un racimo de luces. Tenía gustos artísticos, en casa. Pesadas cortinas recogidas ocultaban a medias los rincones oscuros. En el rico papel estampado de las paredes colgaban bocetos, acuarelas, grabados. Sus gustos eran decididamente artísticos. Viejas torres de iglesia asomaban sobre masas verdes de follaje; las colinas eran púrpuras, las arenas amarillas, los mares soleados, los cielos azules. Una joven reposaba con ojos soñadores en una barca amarrada, en compañía de una cesta de merienda, una botella de champán y un hombre enamorado con blazer. Muchachos con las piernas al aire coqueteaban dulcemente con doncellas andrajosas, dormían en escalones de piedra, jugueteaban con perros. Una muchacha patéticamente delgada, aplastada contra una pared en blanco, alzaba los ojos agonizantes y tendía una flor en venta; mientras que, cerca de allí, las grandes fotografías de algunos famosos y mutilados bajorrelieves parecían representar una matanza convertida en piedra.

No miró, naturalmente, nada de nada, subió otro tramo de escalera y fue directamente al tocador. Un dragón de bronce,

clavado por la cola a una ménsula, se retorció desde la pared en serenas espirales y sostenía, entre la ira convencional de sus fauces, una llama de gas tosca que recordaba a una mariposa. La habitación estaba vacía, como es natural; pero, al entrar él, se llenó de golpe de la agitación de mucha gente; porque las franjas de cristal en las puertas de los roperos y el gran espejo de cuerpo entero de su esposa lo reflejaban de pies a cabeza, y multiplicaban su imagen en una muchedumbre de imitadores serviles y caballerosos, vestidos exactamente como él; con los mismos gestos comedidos y escasos; que se movían cuando él se movía, se detenían con él en una inmovilidad obsequiosa, y mostraban justamente tal apariencia de vida y sentimiento como él juzgaba digno y prudente que cualquier hombre manifestara. Y como las personas reales que son esclavas de pensamientos comunes que ni siquiera son los suyos, fingían una sombría independencia mediante la variedad superficial de sus movimientos. Se movían juntos con él; pero unos se acercaban a su encuentro y otros se alejaban de él; aparecían, desaparecían; parecían esquivar los muebles de nogal, para ser vistos de nuevo, en la lejanía de los cristales pulidos, moviéndose nítidos e irreales en la convincente ilusión de una habitación. Y como los hombres que él respetaba, se podía confiar en que no harían nada individual, original ni sorprendente: nada imprevisto y nada impropio.

Deambuló un rato sin rumbo en tan buena compañía, tarareando una melodía popular aunque refinada, y pensando vagamente en una carta de negocios del extranjero que debería contestarse al día siguiente con cautelosas evasivas. Luego, mientras caminaba hacia un ropero, vio aparecer a su espalda, en el espejo alto, el ángulo del tocador de su esposa, y entre el destello de los objetos con monturas de plata que había sobre él, el cuadrado parche blanco de un sobre. Era algo tan insólito de ver allí que se dio la vuelta casi antes de haber reparado en su propia sorpresa; y todos los hombres fingidos que lo rodeaban giraron sobre sus talones; todos parecieron sorprenderse; y todos se movieron con rapidez hacia sobres encima de tocadores.

Reconoció la letra de su esposa y vio que el sobre iba dirigido a él mismo. Murmuró: —Qué cosa tan rara—, y sintió contrariedad. Al margen de que cualquier acción extravagante fuera en sí misma esencialmente una indecencia, el hecho de que su esposa se entregara a ella la hacía doblemente ofensiva. Que le escribiera a él, cuando ella sabía que llegaría a casa para cenar, era del todo ridículo; pero que lo dejara así —como evidencia para un descubrimiento casual— le pareció tan escandaloso que, al pensarlo, experimentó de repente un abrumador sentido de inseguridad, un absurdo y extraño destello de la idea de que la casa se había movido un poco bajo sus pies. Rasgó el sobre, echó una ojeada a la carta y se sentó en una silla cercana.

Sostuvo el papel ante los ojos y contempló media docena de líneas garabateadas en la página, mientras lo aturdía un ruido sin sentido y violento, como el entrechocar de gongs o el redoble de tambores; un gran estrépito sin objeto que, de algún modo, le impedía escuchar sus propios pensamientos y dejaba su mente en un blanco absoluto. Ese tumulto absurdo y perturbador parecía rezumar de las palabras escritas, brotar de entre sus propios dedos, que temblaban sosteniendo el papel. Y de repente soltó la carta como si fuera algo ardiente, o venenoso, o inmundado; y precipitándose hacia la ventana con la irreflexiva premura de un hombre deseoso de dar la voz de alarma por un incendio o un asesinato, la abrió de golpe y asomó la cabeza.

Una ráfaga de viento helado, que vagaba por la húmeda y tiznada oscuridad sobre el erial de tejados y chimeneas, le rozó el rostro con un latigazo pegajoso. Vio una oscuridad ilimitada en la que se alzaba un negro revoltijo de muros, y entre ellos, las hileras de farolas de gas se extendían a lo lejos en largas filas, como cuentas de fuego ensartadas. Un resplandor siniestro, como de una conflagración oculta, iluminaba débilmente desde abajo la niebla que caía sobre un mar ondulante e inmóvil de tejas y ladrillos. Al chirrido de la ventana abierta, el mundo pareció saltar de la noche y plantarle cara, mientras hasta sus oídos ascendía un sonido vasto y tenue; el sordo murmullo de algo inmenso y vivo. Lo penetró con una sensación de

consternación y jadeó en silencio. Desde la parada de coches de punto en la plaza llegaron voces roncadas bien distintas y una risa burlona que sonó ominosamente áspera y cruel. Sonó amenazante. Retiró la cabeza, como ante un golpe apuntado, y cerró la ventana de un golpe. Dio unos pasos, tropezó con una silla, y con gran esfuerzo se rehízo para apoderarse de cierto pensamiento que daba vueltas sueltas por su cabeza.

Lo atrapó por fin, tras mayor esfuerzo del que esperaba; estaba sofocado y resoplaba un poco, como si lo hubiera cazado con las manos, pero su dominio mental sobre él era débil, tan débil que juzgó necesario repetirlo en voz alta —oírlo pronunciado con firmeza— para asegurarse una posesión perfecta. Pero le repugnaba oír su propia voz —oír cualquier sonido—, a causa de una vaga creencia que iba tomando forma lentamente dentro de él: que la soledad y el silencio son las mayores felicidades del género humano. Al momento siguiente se le reveló que son perfectamente inalcanzables; que los rostros han de verse, las palabras decirse, los pensamientos oírse. ¡Todas las palabras, todos los pensamientos!

—Se ha ido —dijo con voz bien clara, mirando la alfombra.

Era terrible, no el hecho sino las palabras; las palabras cargadas del sombrío poder de un significado que parecía poseer la tremenda capacidad de invocar al Destino sobre la tierra, como esas palabras extrañas y espantosas que a veces se oyen en sueños. Vibraban en torno a él en una atmósfera metálica, en un espacio que tenía la dureza del hierro y la resonancia de una campana de bronce. Mirando hacia abajo entre las puntas de sus botas, parecía escuchar pensativamente la ola de sonido que se retiraba; la ola que se extendía en un círculo cada vez más amplio, abarcando calles, tejados, campanarios, campos, y que se alejaba ensanchándose sin fin, lejos, muy lejos, donde él ya no podía oír, donde ya no podía imaginarse nada, donde...

—Y... con ese... imbécil —volvió a decir sin moverse lo más mínimo. Y no había nada más que humillación. Nada más. No podía derivar ningún consuelo moral de ningún aspecto de la situación,

que irradiaba dolor por todas partes y sólo dolor. Dolor. ¿De qué clase de dolor? Se le ocurrió que debería sentirse desgarrado; pero en un instante brevísimo percibió que su sufrimiento no era de una índole tan fútil ni tan digna. Era un asunto del todo más grave, y participaba más bien de la naturaleza de esos sentimientos sutiles y crueles que despiertan una patada o una tanda de azotes.

Se sintió muy mal, físicamente mal, como si hubiera mordido algo nauseabundo. La vida, que para una mente bien ordenada debería ser motivo de satisfacción, le pareció, por unos instantes, perfectamente intolerable. Recogió el papel del suelo, se sentó con el deseo de razonarlo, de entender por qué su esposa —su esposa! — habría de abandonarle, habría de arrojar el respeto, la comodidad, la paz, la decencia, la posición; iarrojar todo por nada! Se puso a reflexionar sobre la lógica oculta de su acto —una empresa mental propia de las horas de ocio de un manicomio, aunque él no podía verlo. Y pensó en su esposa en todas sus relaciones, salvo en la única fundamental. Pensó en ella como en una muchacha bien criada, como esposa, como persona culta, como señora de la casa, como dama; pero ni por un momento pensó en ella, simplemente, como mujer.

Luego una nueva ola, una ola furiosa de humillación, lo recorrió, y no dejó allí nada más que un sentido personal de envilecimiento inmerecido. ¡Por qué había de verse él mezclado en semejante escándalo! Aniquilaba todas las ventajas de su ordenado pasado, con una verdad eficaz e injusta como una calumnia; y el pasado quedaba malgastado. Se revelaba su fracaso —un fracaso claro, de su parte, en ver, en proteger, en comprender. No podía negarse; no podía explicarse, barrerse bajo la alfombra. No podía sentarse encima de ello y poner cara grave. Ahora bien: ¡si ella sólo hubiera muerto!

¡Si ella sólo hubiera muerto! Se veía impelido a envidiar semejante luto respetable, y tan perfectamente libre de cualquier mácula de desgracia, que ni su mejor amigo ni su peor enemigo habrían sentido el menor estremecimiento de regocijo. A nadie le habría

importado. Buscó consuelo aferrándose a la contemplación del único hecho de la vida que los esfuerzos resueltos de la humanidad nunca habían dejado de disfrazar bajo el estrépito y el esplendor de las frases. Y nada se presta más a la mentira que la muerte. ¡Si ella sólo hubiera muerto! Ciertas palabras le habrían dicho en tono triste, y él, con la fortaleza apropiada, habría dado las respuestas apropiadas. Había precedentes para tal ocasión. Y a nadie le habría importado. ¡Si ella sólo hubiera muerto! Las promesas, los terrores, las esperanzas de la eternidad son asunto de los muertos corrompidos; pero la dulzura evidente de la vida pertenece a los hombres vivos y sanos. Y la vida era su asunto: esa existencia cuerda y gratificante, no turbada por demasiado amor ni por demasiado pesar. Ella había interferido en ella; la había afrentado. Y de repente se le ocurrió que debía de haber estado loco para casarse. Era demasiado parecido a entregarse uno mismo, a llevar —aunque sólo fuera por un momento— el corazón en la manga. Pero todo el mundo se casaba. ¡Estaba loco el género humano entero!

Sobresaltado por aquel pensamiento, alzó la vista y vio, a la izquierda, a la derecha, al frente, hombres sentados a lo lejos en sillones que lo miraban con ojos extraviados: emisarios de una humanidad turbada que se entrometían a espiar su dolor y su humillación. Era insoportable. Se puso en pie de un salto, y los demás se incorporaron también, por todas partes. Se quedó inmóvil en el centro de la sala, como si los desanimase aquella vigilancia. ¡Sin escapatoria! Sintió algo cercano a la desesperación. Todo el mundo lo sabría. Los criados lo sabrían esa misma noche. Apretó los dientes... Y él nunca se había dado cuenta, nunca había sospechado nada. Todo el mundo lo sabría. Pensó: —La mujer es un monstruo, pero todos me van a tomar por un necio; y, plantado e inmóvil en medio de los severos muebles de nogal, sintió tal tempestad de angustia en su interior que creyó verse a sí mismo revolcándose por la alfombra, dándose cabezazos contra la pared. Le asqueaba él mismo, le asqueaba aquel oleaje repugnante de emoción que atravesaba todas las reservas que salvaguardaban su virilidad. Algo desconocido, marchitante y venenoso, había penetrado en su vida,

había pasado junto a él, lo había rozado, y él estaba deteriorándose. Estaba horrorizado. ¿Qué era aquello? Ella se había ido. ¿Por qué? Le estallaba la cabeza en el esfuerzo por comprender el acto de ella y el sutil horror que le inspiraba. Todo había cambiado. ¿Por qué? Solo una mujer que se había marchado, al fin y al cabo; y sin embargo tuvo una visión, una visión rápida y nítida como un sueño: la visión de todo aquello que había creído indestructible y seguro en el mundo desplomándose a su alrededor, como los muros sólidos ante el furioso aliento de un huracán. Miraba fijamente, temblando de pies a cabeza, mientras sentía el aliento destructor, el aliento misterioso, el aliento de la pasión, agitar la honda paz de la casa. Miró en derredor, atemorizado. Sí. El crimen puede perdonarse; el sacrificio irreflexivo, la confianza ciega, la fe ardiente, otras locuras, pueden convertirse en algo provechoso; el sufrimiento, incluso la muerte, pueden despacharse con una sonrisa o un ceño; pero la pasión es la infamia imperdonable y secreta de nuestros corazones, algo que maldecir, ocultar y negar; algo desvergonzado y desamparado que pisotea las risueñas promesas, que arranca la plácida máscara, que desnuda el cuerpo de vida. ¡Y había llegado hasta él! Había posado su mano sucia sobre los impecables ropajes de su existencia, y él debía enfrentarse a ello solo, con el mundo entero mirando. ¡El mundo entero! Y pensó que la sola sospecha de tal adversario dentro de su hogar traía consigo una mancha y una condena. Extendió ambas manos como para repeler el reproche de una verdad contaminante; e, instantáneamente, el pasmado conclave de hombres irreales, que permanecían de pie en silencio más allá del nítido brillo de los espejos, le devolvió el mismo gesto de rechazo y horror.

Lanzó miradas vanas a un lado y a otro, como un hombre que busca desesperadamente un arma o un escondrijo, y comprendió por fin que estaba desarmado y acorralado por el enemigo que, sin ningún escrúpulo, golpearía de tal modo como para abrirle el corazón en canal. No podía encontrar ayuda en ninguna parte, ni siquiera orientarse a sí mismo, porque en el repentino golpe de su abandono los sentimientos que él sabía que, en fidelidad a su

educación, a sus prejuicios y a su entorno, debería experimentar, se hallaban tan entremezclados con la novedad de sentimientos reales, de sentimientos fundamentales que nada saben de credos, de clase ni de instrucción, que era incapaz de distinguir con claridad entre lo que es y lo que debería ser; entre la verdad inexcusable y las apariencias válidas. Y supo de manera instintiva que la verdad no le serviría de nada. Alguna forma de ocultamiento le parecía una necesidad, porque uno no puede explicarse. ¡Por supuesto que no! ¿Quién escucharía? Bastaba simplemente con ser intachable e irreprochable para conservar el propio lugar en la primera fila de la vida.

Se dijo a sí mismo: —Tengo que sobreponerme como pueda—, y empezó a recorrer la habitación de un extremo a otro. ¿Y qué ahora? ¿Qué había que hacer? Pensó: —Viajaré... No, no lo haré. Lo afrontaré. Y tras aquella resolución lo animó bastante la reflexión de que sería un papel callado y fácil de representar, pues era poco probable que nadie fuera a conversar con él sobre la abominable conducta de... aquella mujer. Se decía que la gente decente —y no conocía otra— no gustaba de hablar de asuntos tan indecorosos. Ella se había escapado con ese asno gordo de periodista. ¿Por qué? Él había sido todo lo que un marido debe ser. Le había dado una buena posición —ella compartía sus perspectivas—, la había tratado siempre con gran consideración. Repasó su conducta con una especie de lúgubre orgullo. Había sido irreprochable. ¿Entonces por qué? ¿Por amor? ¡Profanación! No podía haber amor en aquello. Un vergonzoso impulso de pasión. Sí, pasión. ¡Su propia esposa! ¡Dios mío!... Y el aspecto indecoroso de su desventura doméstica lo golpeó con tal vergüenza que, al instante siguiente, se sorprendió cavilando absurdamente sobre si no sería más digno para él inducir la creencia general de que tenía por costumbre pegar a su esposa. Algunos lo hacen... y cualquier cosa sería mejor que el asqueroso hecho; pues estaba claro que había convivido con la raíz de aquello durante cinco años, y era demasiado vergonzoso. ¡Cualquier cosa! ¡Cualquier cosa! La brutalidad... Pero desistió enseguida y empezó a pensar en el Tribunal de Divorcio. No se le presentaba, a pesar de su

respeto por la ley y los usos sociales, como un refugio apropiado para el dolor digno. Le parecía más bien una caverna inmunda y siniestra adonde el destino adverso arrastraba a hombres y mujeres para que se retorciesen ridículamente ante una verdad sin concesiones. No debería permitirse tal cosa. ¡Esa mujer! Cinco... años... casado cinco años... y no haberse dado cuenta de nada. Hasta el último día no... no hasta que ella se marchó tan tranquilamente. Y se figuró a todas las personas que conocía especulando sobre si durante todo ese tiempo él había estado ciego, había sido un necio o había estado obcecado. ¡Vaya mujer! ¿Ciego?... En absoluto. ¿Podría un hombre de mente limpia imaginarse semejante depravación? Evidentemente no. Respiró con alivio. Era la actitud que debía adoptarse; era suficientemente digna; le daba ventaja, y no pudo evitar advertir que era moral. Anhelaba de manera genuina ver la moralidad —encarnada en su persona— triunfar ante el mundo. En cuanto a ella, sería olvidada. Que la olvidaran, que la enterraran en el olvido, ¡que se perdiera! Nadie haría alusión... La gente refinada —y todo hombre y mujer que él conocía podía ser así descrita— tenía, naturalmente, horror a tales asuntos. ¿Lo tenía? Oh, sí. Nadie la mencionaría... en su presencia. Dio un zapatazo en el suelo, rasgó la carta en dos, luego otra vez y otra. La idea de los amigos que le darían el pésame le encendió una furia de desconfianza. Arrojó al suelo los pequeños trozos de papel. Estos aterrizaron revoloteando a sus pies y destacaban muy blancos sobre la alfombra oscura, como un puñado de copos de nieve esparcidos.

A aquel acceso de rabia ardiente le siguió una tristeza repentina, el paso sombrío de un pensamiento que recorrió la superficie calcinada de su corazón, como sobre una llanura yerma, y tras un embate más feroz de rayos solares, la melancólica y refrescante sombra de una nube. Comprendió que había recibido un golpe, no un zarpazo violento y desgarrador que pueda verse, resistirse, devolverse, olvidarse, sino una estocada, insidiosa y penetrante, que había removido todos aquellos sentimientos, ocultos y crueles, que las artes del diablo, los miedos de la humanidad —la infinita

compasión de Dios, quizás— mantienen encadenados en lo más hondo del inescrutable crepúsculo de nuestros pechos. Un telón oscuro pareció alzarse ante él, y durante menos de un segundo contempló el misterioso universo del sufrimiento moral. Como un paisaje que aparece completo, vasto y vívido bajo un relámpago, así pudo ver revelada en un instante toda la inmensidad del dolor que puede albergar un breve momento del pensamiento humano. Luego el telón cayó de nuevo, pero aquella visión fugaz dejó en la mente de Alvan Hervey una estela de tristeza invencible, una sensación de pérdida y de amarga soledad, como si lo hubiesen despojado y desterrado. Por un momento dejó de ser un miembro de la sociedad con una posición, una carrera y un nombre adherido a todo ello, como la etiqueta descriptiva de algún compuesto complicado. Era un simple ser humano arrancado del delicioso mundo de las medialunas y las plazas. Estaba solo, desnudo y atemorizado, como el primer hombre en el primer día del mal. Hay en la vida sucesos, contactos, destellos, que parecen poner bruscamente término a todo el pasado. Hay un golpe y un estrépito, como el de una verja que se cierra de un portazo a nuestras espaldas por la mano pérfida del destino. Ve a buscar otro paraíso, necio o sabio. Hay un momento de mudo estupor, y los errantes deben recomenzar sus vagabundeos; la dolorosa justificación de los hechos, el febril rastreo de ilusiones, el cultivo de una cosecha nueva de mentiras con el sudor de la frente, para sostener la vida, hacerla soportable, hacerla hermosa, a fin de entregar intacta a otra generación de ciegos vagabundos la encantadora leyenda de un país sin entrañas, de una tierra prometida toda flores y bendiciones...

Volvió en sí con un leve sobresalto y tomó conciencia de una desolación opresiva y aplastante. Era solo un sentimiento, cierto es, pero producía en él un efecto físico, como si le hubieran aprisionado el pecho en un torno. Se sentía tan sumamente abandonado y lamentable, y le conmovía tan hondamente aquella pena opresiva, que otra vuelta de tuerca, pensaba, le haría brotar las lágrimas. Se estaba deteriorando. Cinco años de vida en común habían apaciguado su anhelo. Sí, hacía ya mucho tiempo. Los primeros

cinco meses habían bastado para eso, pero... Estaba la costumbre, la costumbre de su persona, de su sonrisa, de sus gestos, de su voz, de su silencio. Tenía una frente pura y buen cabello. Qué absolutamente miserable era todo aquello. Buen cabello y unos ojos hermosos, extraordinariamente hermosos. Le sorprendió el número de detalles que se imponían en su memoria reacia. No podía evitar recordar sus pasos, el frufrú de su vestido, su manera de sostener la cabeza, su forma decidida de decir Alvan, el temblor de sus aletas nasales cuando estaba irritada. ¡Todo aquello había sido tan plenamente suyo, tan íntima y singularmente suyo! Rabiaba de un modo sombrío y silencioso mientras pasaba revista a sus pérdidas. Era como un hombre que calcula el coste de una especulación desafortunada: irritado, abatido, exasperado consigo mismo y con los demás, con los afortunados, con los indiferentes, con los insensibles; y sin embargo el agravio que le habían infligido le parecía tan cruel que quizás habría derramado una lágrima sobre aquel expolio de no haber sido por su convicción de que los hombres no lloran. Los extranjeros sí; a veces también matan en tales circunstancias. Y con horror se vio impulsado a lamentar casi que los usos de una sociedad dispuesta a perdonar que se disparara a un ladrón le prohibiesen, en tales circunstancias, incluso el mero pensamiento del asesinato. No obstante, apretó los puños y cerró los dientes con fuerza. Y al mismo tiempo tenía miedo. Tenía ese miedo penetrante y vacilante que parece, en el preciso latido de un corazón, convertirlo en un puñado de polvo. La contaminación de su crimen se extendía, manchaba el universo, lo manchaba a él; despertaba todas las infamias latentes del mundo; provocaba una especie de clarividencia espantosa en la que podía ver las ciudades y los campos de la tierra, sus lugares sagrados, sus templos y sus casas, poblados por monstruos: monstruos de duplicidad, lujuria y asesinato. Ella era un monstruo; él mismo tenía pensamientos monstruosos... y sin embargo era como los demás. Cuántos hombres y mujeres en ese mismo momento estaban sumidos en abominaciones, meditaban crímenes. Era espantoso pensarlo. Recordó todas las calles, las calles acomodadas por las que había pasado de camino a casa; todas las innumerables casas con puertas

cerradas y ventanas con cortinas. Cada una le parecía ahora una morada de angustia y necesidad. Y su pensamiento, como consternado, se detuvo, evocando con horror el silencio decoroso y espantoso que era como una conspiración; el silencio sombrío e impenetrable de kilómetros de muros que ocultaban pasiones, miserias, pensamientos de crimen. Sin duda no era el único hombre; la suya no era la única casa... y sin embargo nadie lo sabía, nadie lo sospechaba. Pero él sí sabía. Lo sabía con una certeza infalible que no podía engañarse con el correcto silencio de los muros, de las puertas cerradas, de las ventanas con cortinas. Estaba fuera de sí con una agitación desesperada, como un hombre al que se le ha revelado un secreto mortal: el secreto de una calamidad que amenazaba la seguridad de la humanidad, la sacralidad, la paz de la vida.

Se vio a sí mismo en uno de los espejos. Fue un alivio. La angustia de sus sentimientos había sido tan poderosa que casi esperaba ver allí algún rostro contorsionado y salvaje, y le agradó comprobar que no era así en absoluto. Su aspecto, en todo caso, no revelaría a nadie el secreto de su dolor. Se examinó con atención. Llevaba los pantalones doblados y las botas algo embarradas, pero tenía el mismo aspecto de siempre. Solo el cabello estaba ligeramente revuelto, y ese desorden, de algún modo, era tan sugerente de perturbación que se dirigió rápidamente a la mesa y empezó a usar los cepillos, con el ansioso deseo de borrar aquella huella comprometedora, aquel único vestigio de su emoción. Cepilló con cuidado, observando el efecto de su alisado; y otro rostro, ligeramente pálido y más tenso de lo que quizás sería deseable, lo miraba fijamente desde el espejo del tocador. Dejó los cepillos y no quedó satisfecho. Los volvió a tomar y cepilló, cepilló mecánicamente, se olvidó de sí mismo en aquella ocupación. El tumulto de sus pensamientos desembocó en un fluir perezoso de reflexión, como, tras la erupción de un volcán, el avance casi imperceptible de una corriente de lava que se arrastra lánguidamente sobre una tierra convulsa y borra sin piedad cualquier punto de referencia dejado por el golpe del terremoto. Es un

fenómeno destructivo, pero, en comparación, es pacífico. Alvan Hervey estaba casi calmado por el ritmo pausado de sus pensamientos. Sus referentes morales iban desapareciendo uno a uno, consumidos en el fuego de su experiencia, enterrados en barro caliente, en cenizas. Se estaba enfriando, en la superficie; pero quedaba calor suficiente en algún lugar como para hacerle golpear los cepillos contra la mesa y, dándose la vuelta, decir en un feroz susurro: —Que le aproveche... Maldita sea la mujer.

Se sentía enteramente corrompido por la maldad de ella, y el síntoma más significativo de su caída moral era la satisfacción amarga, acre, con que la reconocía. Deliberadamente, blasfemó en sus pensamientos; meditó burlas; dio forma en el silencio profundo a palabras de incredulidad cínica, y sus convicciones más apreciadas se revelaron por fin como los estrechos prejuicios de los necios. Una multitud de pensamientos informes e impuros cruzó su mente en una oleada furtiva, como una banda de malhechores encubiertos que se precipitan hacia un crimen. Metió las manos bien hondo en los bolsillos. Oyó un timbrazo lejano en algún lugar, y masculló para sí: —No soy el único... no el único. Hubo otro timbrazo. ¡La puerta de la calle!

El corazón le dio un brinco hasta la garganta y al instante descendió hasta los pies. ¡Una visita! ¿Quién? ¿Por qué? Quería salir corriendo al descansillo y gritarle al criado: —¡No estoy! ¡He salido al extranjero!... Cualquier excusa. No podía hacer frente a ninguna visita. Esta noche no. No. Mañana... Antes de que pudiera liberarse del entumecimiento que lo envolvía como una lámina de plomo, oyó muy abajo, como en las entrañas de la tierra, una puerta que se cerraba pesadamente. La casa vibró con ello más que con un trueno. Se quedó inmóvil, deseando ser invisible. La habitación estaba muy fría. No creía que llegaría a sentirse así nunca. Pero había que recibir a la gente, había que hacerles frente, hablar con ellos, sonreírles. Oyó otra puerta, mucho más cercana —la puerta del salón—, que se abría y volvía a cerrarse de golpe. Por un momento imaginó que iba a desmayarse. ¡Qué absurdo! Ese tipo de trances había que superarlos. Una voz habló. No pudo distinguir las palabras. Luego la

voz volvió a hablar, y se oyeron pasos en el descansillo del primer piso. ¡Maldita sea! ¿Iba a oír esa voz y esos pasos cada vez que alguien hablara o se moviera? Pensó: —Esto es como estar embrujado. Supongo que durará una semana más o menos, por lo menos. Hasta que lo olvide. ¡Olvidar! ¡Olvidar! Alguien subía el segundo tramo de escaleras. ¿El criado? Escuchó; luego, de repente, como si una revelación increíble y espantosa le hubiera sido gritada desde lejos, rugió en la habitación vacía: —¡Cómo! ¡Cómo!, con un tono tan endiablado que se asombró a sí mismo. Los pasos se detuvieron al otro lado de la puerta. Se quedó boquiabierto, enloquecido e inmóvil, como en medio de una catástrofe. El pomo de la puerta tintineó suavemente. Le pareció que las paredes se separaban, que los muebles se tambaleaban hacia él; el techo se inclinó de manera extraña por un instante, un armario alto intentó volcarse. Se aferró a algo, y era el respaldo de una silla. ¡De modo que había tropezado con una silla! ¡Oh! ¡Maldición! Se agarró con fuerza.

La mariposa llameante suspendida entre las fauces del dragón de bronce irradiaba un resplandor, un resplandor que pareció saltar de repente hacia una fiereza cruda y cegadora, y le dificultaba distinguir con claridad la figura de su esposa, de pie y erguida, de espaldas a la puerta cerrada. La miró y no pudo percibir su respiración. La luz dura y violenta golpeaba sobre ella, y le asombró ver que conservaba tan bien la compostura de su actitud erguida en aquel brillo abrasador que, a sus ojos, la envolvía como una bruma cálida y consumidora. No se habría sorprendido si ella hubiera desaparecido en él tan de repente como había aparecido. La miraba fijamente y escuchaba; escuchaba algún sonido, pero el silencio a su alrededor era absoluto, como si en un instante se hubiera vuelto completamente sordo y de vista borrosa también. Luego le volvió el oído, agudizado de manera sobrenatural. Oyó el repiqueteo de un chubasco en los cristales de las ventanas tras las persianas bajadas, y abajo, muy abajo, en el abismo artificial de la plaza, el sordo rodar de las ruedas y el trote chapoteante de un caballo. Oyó también un gemido, muy nítido, en la habitación, muy cerca de su oído.

Pensó con alarma: —Ese ruido debo de haberlo hecho yo; y en ese mismo instante la mujer se apartó de la puerta, cruzó el suelo con paso firme ante él y se sentó en una silla. Conocía ese paso. No cabía duda. ¡Había vuelto! Y estuvo a punto de decir en voz alta: — ¡Claro!, tal era su repentina y certera percepción del carácter indestructible de su ser. Nada podía destruirla, y nada salvo su propia destrucción podría mantenerla alejada. Era la encarnación de todos los breves momentos que todo hombre sustrae de su vida para los sueños, para los sueños preciosos que concretan las más apreciadas, las más rentables de sus ilusiones. La escrutó con trepidación interna. Era misteriosa, significativa, llena de un sentido oscuro, como un símbolo. La escrutó, inclinándose hacia delante, como si estuviera descubriendo en ella cosas que nunca había visto antes. Inconscientemente dio un paso hacia ella, luego otro. Vio que su brazo hacía un movimiento amplio y decidido y se detuvo. Ella había levantado el velo. Era como el alzamiento de una visera.

El hechizo se había roto. Experimentó una sacudida como si lo hubieran arrancado de un trance con el ruido repentino de una explosión. Era aún más sobresaltante y más nítido; era un cambio infinitamente más íntimo, pues tenía la sensación de haber entrado en aquella habitación solo en ese preciso momento; de haber regresado de muy lejos; advirtió que alguna parte esencial de sí mismo había regresado en un destello a su cuerpo, regresado por fin de una región feroz y lamentable, de la morada de los corazones sin velo. Despertó a una asombrosa infinitud de desprecio, a una extraña amargura de asombro, a una convicción desencantada de seguridad. Había vislumbrado la fuerza irresistible, y vio también la esterilidad de sus convicciones, de las convicciones de ella. Le pareció que nunca podría equivocarse mientras viviera. Era moralmente imposible equivocarse. No lo euforizaba aquella certeza; sentía una vaga inquietud por su precio; había un frío de muerte en aquel triunfo de principios sólidos, en aquella victoria arrebatada a la sombra misma del desastre.

El último rastro de su estado mental anterior se desvaneció, igual que se desvanece en la profunda negrura del cielo el trazo

instantáneo y fugaz de un meteoro al estallar; era el tenue destello de un pensamiento doloroso, desvanecido en el mismo instante de percibirse: que solo la presencia de ella —al fin y al cabo— tenía el poder de devolverle a sí mismo. La miró fijamente. Ella estaba sentada con las manos en el regazo, con la vista baja; y él reparó en que los botines le estaban sucios y las faldas mojadas y salpicadas, como si un miedo ciego la hubiera arrastrado de vuelta hasta allí a través de un lodazal. Estaba indignado, asombrado y consternado, pero de un modo natural, sano; de suerte que podía dominar aquellos sentimientos estériles siguiendo los dictados de una prudente contención. La luz de la habitación ya no poseía aquella luminosidad inusitada; era una buena luz bajo la que podía observar con facilidad la expresión del rostro de ella. Era la del cansancio embotado. Y el silencio que los rodeaba era el silencio normal de cualquier casa tranquila, apenas turbado por los tenues ruidos de un barrio respetable de la ciudad. Estaba muy sereno —y con toda serenidad pensó que sería mucho mejor que ninguno de los dos volviera a hablar jamás. Ella permanecía sentada con los labios apretados, con un aire de lasitud en el pétreo abandono de su postura, pero al cabo de un momento alzó los párpados caídos y respondió a su mirada tensa e inquisitiva con una mirada que tenía toda la elocuencia informe de un grito. Penetraba, conmovía sin informar; era la esencia misma de la angustia desprovista de palabras —de esas palabras ante las que uno puede sonreír, que se pueden rebatir con argumentos, acallar a gritos, desdeñar—. Era una angustia desnuda y sin pudor, el dolor puro de la existencia desatado sobre el mundo en la fugaz sinceridad de una mirada que contenía una inmensidad de fatiga, la sinceridad desdeñosa, la negra desvergüenza de una confesión arrancada a la fuerza. Alvan Hervey quedó preso del estupor, como si hubiera contemplado algo inconcebible; y alguna parte oscura de su ser estaba a punto de exclamar con él: ¡Nunca lo hubiera creído! Pero una repulsión instantánea de susceptibilidades heridas cortó el pensamiento inacabado.

Se sintió lleno de una indignación rencorosa contra la mujer que era capaz de mirarte así. Aquella mirada le sondeaba; lo alteraba. Era peligrosa como lo sería para uno un susurro de incredulidad musitado por un sacerdote en el augusto decoro de un templo; y al mismo tiempo era impura, era perturbadora, como un consuelo cínico murmurado en la oscuridad, que envenena la pena, corroe el pensamiento, enturbia el corazón. Quería preguntarle con furia: ¿Quién te crees que soy? ¿Cómo te atreves a mirarme así? Se sentía impotente ante el significado oculto de esa mirada; la resentía con una violencia dolorosa y vana, como una afrenta tan secreta que jamás, jamás podría repararse. Su deseo era aplastarla con una sola frase. Él estaba intachable. La opinión pública estaba de su lado; la moral, los hombres y los dioses estaban de su lado; la ley, la conciencia, el mundo entero! Ella no tenía nada salvo esa mirada. Y él solo fue capaz de decir:

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte aquí?

Sus ojos no vacilaron, sus labios permanecieron cerrados; en cuanto al efecto de sus palabras, bien podría haberle hablado a una mujer muerta, solo que esta respiraba con rapidez. Quedó profundamente decepcionado con lo que había dicho. Era una gran decepción, algo que tenía el carácter de una traición. Se había traicionado a sí mismo. Debería haber sido completamente distinto: otras palabras, otra sensación. Y ante sus ojos, tan fijos que a veces no veían nada, ella permanecía sentada aparentemente tan ajena como si hubiera estado sola, enviándole directamente esa mirada de descarada confesión, con un aire de quien mira al vacío. Dijo con intención:

—¿Debo marcharme yo, entonces? Y sabía que no decía en serio nada de lo que insinuaba.

Una de las manos que tenía en el regazo se movió levemente, como si sus palabras hubieran caído allí y ella las hubiera arrojado al suelo. Pero su silencio le animaba. Tal vez significaba remordimiento, quizá miedo. ¿La habría dejado atónita su actitud?... Los párpados de ella cayeron. Le parecía comprender muchísimo, ¡todo! Muy bien,

pero ella tenía que sufrir. Era lo que se le debía. Lo comprendía todo, y aun así juzgó indispensable decir con una evidente afectación de cortesía:

—No entiendo; ten la bondad de...

Ella se puso en pie. Por un instante creyó que pretendía marcharse, y fue como si alguien hubiera tirado bruscamente del hilo atado a su corazón. Le dolió. Se quedó boquiabierto y en silencio. Pero ella dio un paso indeciso hacia él, e instintivamente él se apartó a un lado. Se encontraban frente a frente, y los fragmentos de la carta rota yacían entre ellos —a sus pies— como un obstáculo insuperable, como una señal de separación eterna! A su alrededor, tres parejas más permanecían inmóviles y frente a frente, como aguardando una señal para emprender alguna acción: una lucha, una disputa o un baile.

—¡No, Alvan! —dijo ella, y había algo parecido a una advertencia en el dolor de su tono. Él entornó los ojos como intentando traspasarla con la mirada. Su voz le conmovió. Tenía aspiraciones de magnanimidad, generosidad, superioridad, interrumpidas, no obstante, por destellos de indignación y angustia: una angustia aterradora por saber hasta dónde había llegado ella. Ella miró hacia abajo, al papel roto. Luego levantó la vista, y sus miradas se encontraron de nuevo, quedaron unidas entre sí como un vínculo irrompible, como el cierre de una complicidad eterna; y el silencio decoroso, la quietud generalizada de la casa que envolvía ese cruce de miradas se volvió por un instante indeciblemente sórdido, pues él temía que ella dijera demasiado y tornara imposible la magnanimidad, mientras que detrás de la profunda tristeza del rostro de ella había un arrepentimiento —un arrepentimiento de lo hecho—, el arrepentimiento de la demora, el pensamiento de que si tan solo hubiera dado media vuelta una semana antes, un día antes, solo una hora antes... Tenían miedo de escuchar de nuevo el sonido de sus voces; no sabían qué podrían decir, tal vez algo que no podría deshacerse; y las palabras son más terribles que los hechos. Pero la pérfida fatalidad que acecha en los impulsos oscuros habló de pronto

por los labios de Alvan Hervey; y oyó su propia voz con la curiosidad excitada y escéptica con que uno escucha las voces de los actores hablando en escena en la tensión de una situación conmovedora.

—Si has olvidado algo... claro... yo...

Los ojos de ella brillaron hacia él por un instante; sus labios temblaron, y entonces también ella se convirtió en portavoz de la fuerza misteriosa que se cierne eternamente cerca de nosotros; de esa inspiración perversa, errante, caprichosa e incontrolable como una ráfaga de viento.

—¿De qué sirve esto, Alvan?... Sabes por qué volví... Sabes que no podía...

Él la interrumpió con irritación.

—¡Entonces! ¿Qué es esto? —preguntó, señalando hacia abajo la carta rota.

—Eso fue un error —dijo ella aprisa, con voz apagada.

La respuesta lo dejó pasmado. Se quedó sin palabras, mirándola fijamente. Estuvo a punto de prorrumpir en carcajadas. Acabó en una sonrisa tan involuntaria como una mueca de dolor.

—Un error... —comenzó, despacio, y luego se descubrió incapaz de añadir una sola palabra más.

—Sí... fue honrado —dijo ella muy bajo, como si le hablara al recuerdo de un sentimiento en un pasado remoto.

Él estalló.

—¡Maldita sea tu honradez!... ¡¿Es que hay algo honrado en todo esto?!... ¿Cuándo empezaste a ser honrada? ¿Por qué estás aquí? ¿Qué eres ahora?... ¿Todavía honrada?...

Avanzó hacia ella, furioso, como ciego; durante esas tres zancadas rápidas perdió el contacto con el mundo material y fue arrastrado interminablemente a través de una especie de universo vacío compuesto de nada más que furor y angustia, hasta que de pronto

estuvo ante su rostro, muy cerca del suyo. Se detuvo en seco, y de golpe pareció recordar algo oído hacía siglos.

—No sabes lo que significa esa palabra —gritó.

Ella no se inmutó. Él percibió con espanto que todo cuanto le rodeaba estaba en calma. Ella no se movió ni un pelo; su propio cuerpo tampoco se estremeció. Una calma imperturbable envolvía las dos figuras inmóviles, la casa, la ciudad, el mundo entero, y la insignificante tempestad de sus sentimientos. La violencia del breve tumulto interior había sido de tal magnitud que bien podría haber hecho añicos toda la creación; y sin embargo nada había cambiado. Se enfrentaba a su esposa en la habitación familiar de su propia casa. Esta no se había derrumbado. Y a derecha e izquierda, todas las innumerables viviendas, hombro con hombro, habían resistido el choque de su pasión, habían ofrecido, impertérritas, a la soledad de su desdicha el silencio severo de los muros, la impenetrable y pulida discreción de las puertas cerradas y las ventanas con las cortinas echadas. La inmovilidad y el silencio lo oprimían, lo asaltaban, como dos cómplices de la mujer inmóvil y muda que tenía ante los ojos. Fue vencido de repente. Le mostraron su impotencia. Lo calmó el soplo de una resignación corrompida que le llegaba a través de la sutil ironía de la paz circundante.

Dijo con una compostura infame:

—En cualquier caso, no me basta con eso. Quiero saber más, si vas a quedarte.

—No hay nada más que contar —respondió ella, con tristeza.

Le pareció tan cierto que no dijo nada. Ella continuó:

—No lo entenderías...

—¿No? —dijo él, tranquilo. Se dominaba con todas sus fuerzas para no prorrumpir en aullidos e imprecaciones.

—Intenté ser fiel... —comenzó ella de nuevo.

—¿Y esto? —exclamó él, señalando los fragmentos de su carta.

—Esto... esto es un fracaso —dijo ella.

—Ya lo creo —mascullo él, amargamente.

—Intenté ser fiel a mí misma, Alvan, y... y honrada contigo...

—Si hubieras intentado serme fiel a mí, eso habría tenido más sentido —la interrumpió él, con enojo. Yo te he sido fiel y tú has arruinado mi vida, la de los dos... —Luego, tras una pausa, afloró la inconquistable obsesión por sí mismo, y alzó la voz para preguntar con resentimiento: —¿Y cuánto tiempo llevas, si puede saberse, poniéndome en ridículo?

Ella pareció horriblemente sacudida por esa pregunta. Él no esperó respuesta, sino que continuó moviéndose todo el tiempo; acercándose a ella de vez en cuando y luego alejándose sin sosiego hasta el otro extremo de la habitación.

—Quiero saberlo. Todo el mundo lo sabe, supongo, menos yo, ¡y eso es tu honradez!

—Te he dicho que no hay nada que saber —dijo ella, con voz vacilante, como si le doliera. Nada de lo que supones. No me entiendes. Esta carta es el principio, y el final.

—¿El final? Esto no tiene final —vociferó él, inesperadamente. ¿Es que no puedes comprenderlo? Yo sí puedo... El principio...

Se detuvo y la miró a los ojos con una intensidad concentrada, con un deseo de ver, de penetrar, de comprender, que le hizo contener literalmente el aliento hasta que lo soltó entrecortado.

—¡Por Dios! —dijo, inmóvil, en una actitud de escrutinio, a menos de treinta centímetros de ella.

—¡Por Dios! —repitió, despacio, en un tono cuya extrañeza involuntaria era un completo misterio para él mismo. ¡Por Dios! Podría creerte; podría creer cualquier cosa... ¡ahora!

Giró en redondo sobre sus talones y empezó a pasear de un extremo al otro de la habitación con el aire de quien se ha liberado del veredicto definitivo de su vida, de haber dicho algo a lo que no

volvería, aunque pudiera. Ella permaneció como enraizada en la alfombra. Sus ojos seguían los movimientos inquietos del hombre, que rehuía mirarla. Su amplia mirada se aferraba a él, interrogante, asombrada y llena de dudas.

—Pero ese tipo estaba aquí metido continuamente —estalló él, fuera de sí. Te hizo la corte, supongo... y, y... —Bajó la voz. —Y tú se lo permitiste.

—Y yo se lo permití —murmuró ella, tomando su entonación, de suerte que su voz sonó inconsciente, sonó lejana y servil como un eco.

—¡Tú! ¡Tú! —dijo dos veces, con violencia; luego se calmó. — ¿Qué podías ver en ese tipo? —preguntó, con un asombro genuino. Un mequetrefe gordo y afeminado. ¿Qué podías...? ¿Es que no eras feliz? ¿Acaso no tenías todo lo que querías? A ver, con franqueza: ¿acaso defraudé tus expectativas en algo? ¿Estabas decepcionada con nuestra posición, o con nuestras perspectivas, quizás? Sabes que no podías estarlo: son mucho mejores de lo que podías esperar cuando te casaste conmigo...

Llegó a olvidarse de sí mismo hasta el punto de gesticular un poco mientras proseguía animadamente:

—¿Qué podías esperar de semejante tipo? Es un advenedizo, un advenedizo de la peor especie... Si no fuera por mi dinero... ¿me oyes?... por mi dinero, no sabría a dónde ir a parar. Su familia no quiere saber nada de él. El tipo no tiene clase, ninguna clase en absoluto. Es útil, eso sí, por eso yo... Creía que tenías suficiente inteligencia para verlo... Y tú... ¡No! ¡Es increíble! ¿Qué te contó? ¿Acaso no te importa la opinión de nadie? ¿No existe ninguna influencia contenedora en el mundo para vosotras, las mujeres? ¿Alguna vez pensaste en mí? Traté de ser un buen marido. ¿Fracasé? Dime: ¿qué he hecho yo?

Arrastrado por sus sentimientos, se sujetó la cabeza entre las dos manos y repitió fuera de sí:

—¿Qué he hecho yo?... ¡Dímelo! ¿Qué?...

—Nada —dijo ella.

—¡Ah! Ya ves... no puedes... —comenzó, triunfante, alejándose; luego, de repente, como si algo invisible con lo que hubiera topado lo lanzara de vuelta hacia ella, giró en redondo y gritó con exasperación:

—¿Qué demonios esperabas que hiciera yo?

Sin una palabra, se dirigió despacio hacia la mesa y, sentándose, apoyó el codo en ella y se sombreó los ojos con la mano. Todo ese tiempo él la observó fijamente y con vigilancia, como si esperara encontrar en cada momento, en sus movimientos deliberados, una respuesta a su pregunta. Pero no podía leer nada, no lograba captar el menor indicio de su pensamiento. Intentó sofocar su deseo de gritar y, tras esperar un momento, dijo con desdén incisivo:

—¿Querías que escribiera versos absurdos, que me sentara a mirarte durante horas, que te hablara de tu alma? Deberías haber sabido que yo no era de esa clase... Yo tenía cosas más importantes que hacer. Pero si crees que estaba completamente ciego...

Comprendió en un destello que podía recordar una infinidad de sucesos esclarecedores. Podía evocar tantas y tan distintas ocasiones en que los había sorprendido; recordaba el gesto absurdamente interrumpido de aquella mano gorda y blanca, la expresión arrobada del rostro de ella, el brillo de unos ojos incrédulos; retazos de conversaciones incomprensibles que no valía la pena escuchar, silencios que en su momento no habían significado nada y que ahora parecían iluminadores como una súbita irrupción de sol. Lo recordaba todo. No había estado ciego. ¡Oh, no! Y saber esto era un alivio exquisito: le devolvía toda la compostura.

—Consideré indigno de mí el sospechar de ti —dijo él, con altivez.

El sonido de esa frase poseía evidentemente algún poder mágico, pues en cuanto la hubo pronunciado, se sintió admirablemente a sus anchas; e inmediatamente después experimentó un destello de jubiloso asombro ante el descubrimiento de que podía verse inspirado a semejante enunciación noble y veraz. Observó el efecto

de sus palabras. La impulsaron a dirigirle una mirada rápida por encima del hombro. Entrevió unas pestañas húmedas, una mejilla encendida con una lágrima que corría velozmente; y luego ella volvió a girar la cabeza y se sentó como antes, cubriéndose el rostro con las manos.

—Deberías ser completamente franca conmigo —dijo él, despacio.

—Lo sabes todo —respondió ella, con voz indistinta, entre los dedos.

—Esta carta... Sí... pero...

—Y volví —exclamó ella con voz sofocada—; lo sabes todo.

—Me alegro, por tu bien —dijo él con una gravedad imponente. Se escuchaba a sí mismo con solemne emoción. Le parecía que algo indeciblemente trascendental estaba ocurriendo dentro de la habitación, que cada palabra y cada gesto tenían la importancia de sucesos predestinados desde el principio de los tiempos, y que resumían en su carácter definitivo el propósito entero de la creación.

—Por tu bien —repitió.

Los hombros de ella se estremecieron como si sollozara, y él se olvidó de sí mismo en la contemplación de su cabello. De pronto dio un respingo, como si despertara, y preguntó con suma dulzura, en poco más que un susurro:

—¿Lo has visto con frecuencia?

—¡Nunca! —exclamó ella contra las palmas de las manos.

Esa respuesta pareció arrebatarse por un instante el don del habla. Sus labios se movieron durante un rato antes de que emergiera sonido alguno.

—Preferiste hacerle la corte aquí, delante de mis propias narices —dijo él, furioso. Se calmó al instante y sintió un malestar lleno de pesar, como si aquel arretrato lo hubiera rebajado a sus ojos de ella. Ella se levantó y, con la mano en el respaldo de la silla, lo enfrentó

con unos ojos perfectamente secos ya. Había una mancha encarnada en cada una de sus mejillas.

—Cuando decidí ir con él, escribí —dijo ella.

—Pero no fuiste con él —replicó él en el mismo tono. ¿Hasta dónde llegaste? ¿Qué te hizo volver?

—No lo sé ni yo misma —murmuró ella. Nada de ella se movía salvo los labios. Él la miró con severidad.

—¿Lo esperaba él? ¿Te estaba esperando? —preguntó.

Ella le respondió con un asentimiento casi imperceptible, y él continuó mirándola durante un buen rato sin emitir sonido alguno. Luego, por fin:

—Y supongo que sigue esperando —preguntó rápidamente.

Ella pareció asentir de nuevo. Por alguna razón, sintió que debía saber qué hora era. Consultó el reloj con semblante sombrío. Las siete y media.

—¿Ah, sí? —murmuró, guardándose el reloj en el bolsillo. La miró, y como si le acometiera de pronto una sensación de diversión siniestra, soltó una risa breve y áspera, que sofocó al instante.

—¡No! ¡Es lo más inaudito!... —masculó mientras ella permanecía ante él mordiéndose el labio inferior, como sumida en un pensamiento profundo. Volvió a reír en una sola carcajada sofocada que era tan cargada de rencor como una maldición. No sabía por qué sentía un hastío tan abrumador y súbito de los hechos de la existencia —de los hechos en general—, un asco tan inmenso ante el pensamiento de todos los muchos días ya vividos. Estaba agotado. Pensar le parecía una labor que excedía sus fuerzas. Dijo:

—Me engañaste a mí; ahora lo engañas a él... ¡Es espantoso! ¿Por qué?

—¡Me engañé a mí misma! —exclamó ella.

—¡Oh! ¡Tonterías! —dijo él, impaciente.

—Estoy dispuesta a irme si lo deseas —continuó ella, aprisa—. Te lo debía: que te lo dijera, que lo supieras. ¡No! ¡No podía! — exclamó, y se quedó inmóvil retorciéndose las manos furtivamente.

—Me alegro de que te hayas arrepentido antes de que fuera demasiado tarde —dijo él en tono apagado, mirándose los botines. —Me alegro... alguna chispa de un sentimiento mejor —murmuró, como para sí. Alzó la cabeza tras un momento de silencio reflexivo. —Me alegra ver que te queda algo de sentido del decoro —añadió algo más alto. Mirándola, pareció vacilar, como si sopesara las posibles consecuencias de lo que deseaba decir, y al fin soltó:

—Al fin y al cabo, te amaba...

—No lo sabía —susurró ella.

—¡Santo Dios! —exclamó él. ¿Por qué crees que me casé contigo? La grosería de su torpeza la enfureció.

—Ah, ¿por qué? —dijo entre dientes.

Pareció presa del horror y observó sus labios con intensidad, como si tuviera miedo.

—Imaginé muchas cosas —dijo ella, despacio, y se detuvo. Él la observaba conteniendo el aliento. Por fin ella continuó pensativa, como si pensara en voz alta: —Intenté comprender. Lo intenté con honradez... ¿Por qué?... Para hacer lo que se hace normalmente, supongo... Para complacerte a ti.

Se alejó vivamente, y cuando regresó, cerca de ella, tenía el rostro encendido.

—Tú también parecías bastante complacida, en su momento — siseó él, con una furia mordaz. No necesito preguntar si me amabas.

—Ahora sé que era absolutamente incapaz de algo así —dijo ella, con calma—. Si lo hubiera sido, quizá no te habrías casado conmigo.

—Está muy claro que no lo habría hecho si te hubiera conocido como te conozco ahora.

Le parecía verse a sí mismo pidiéndole matrimonio, hacía ya una eternidad. Paseaban subiendo por la ladera de un jardín. Grupos de personas se dispersaban bajo el sol. Las sombras de las ramas frondosas yacían quietas sobre la hierba corta. Las sombrillas de colores que pasaban entre los árboles a lo lejos semejaban mariposas deliberadas y brillantes que se desplazaban sin aletear. Caballeros que sonreían afablemente, o bien muy graves, al amparo impecable de sus levitas negras, estaban junto a mujeres que, agrupadas en límpidos atuendos estivales, evocaban todas las fábulas de jardines encantados donde flores animadas sonríen a caballeros hechizados. En todo ello había una serenidad suntuosa, una emoción tenue y vibrante, la seguridad perfecta, como de una ignorancia invencible, que suscitaba en él una creencia trascendente en la felicidad como destino de toda la humanidad, un deseo temerariamente pintoresco de obtener de inmediato algo solo para sí de aquel esplendor que no empañaba sombra alguna de pensamiento. La joven caminaba a su lado por un espacio abierto; nadie estaba cerca, y de pronto él se detuvo, como inspirado, y habló. Recordó haber contemplado sus ojos puros, su frente cándida; recordó haber echado una ojeada rápida a su alrededor para comprobar si los observaban, y haber pensado que nada podía salir mal en un mundo de tanta gracia, tanta pureza y tanta distinción. Estaba orgulloso de ello. Era uno de sus artífices, de sus poseedores, de sus guardianes, de sus panegiristas. Quería apresarlos con firmeza, sacar de ellos toda la gratificación que pudiera; y en vista de su calidad incomparable, de su atmósfera inmaculada, de su proximidad al cielo de su elección, aquella ráfaga de deseo brutal le parecía la más noble de las aspiraciones. En un instante vivió de nuevo todos aquellos momentos, y luego toda la pesadumbre de su fracaso se le presentó con tal viveza que había un asomo de lágrimas en su voz cuando dijo casi sin pensarlo: —¡Dios mío! ¡Sí que te amé!

Ella pareció conmovida por la emoción de su voz. Sus labios temblaron levemente, y dio un paso vacilante hacia él tendiendo los brazos en un gesto suplicante, cuando percibió, justo a tiempo, que,

absorto en la tragedia de su propia vida, él la había olvidado por completo, hasta su misma existencia. Ella se detuvo, y sus brazos extendidos cayeron lentamente. Él, con el rostro crispado por la amargura de su pensamiento, no vio ni su movimiento ni su gesto. Golpeó el suelo con el pie en un arrebató, se frotó la cabeza y estalló:

—¿Y qué diablos hago ahora?

Se quedó inmóvil de nuevo. Ella pareció comprender y se dirigió con paso firme hacia la puerta.

—Es muy sencillo: me voy —dijo en voz alta.

Al oír su voz dio un respingo de sorpresa, la miró con ojos desorbitados y le preguntó en tono penetrante:

—Tú... ¿Adónde? ¿Con él?

—No. Sola. Adiós.

El picaporte repiqueteó bajo su mano tanteante como si tratara de salir de algún lugar oscuro.

—¡No, quédate! —exclamó él.

Ella lo oyó apenas. Él vio su hombro rozar el dintel de la puerta. Ella se tambaleó como si estuviera aturdida. Hubo menos de un segundo de suspense mientras ambos sentían como si estuvieran suspendidos al borde mismo de la aniquilación moral, a punto de caer en una nada devoradora. Entonces, casi simultáneamente, él gritó —¡Vuelve!— y ella soltó el picaporte. Ella se volvió con una desesperación serena, como quien ha arrojado deliberadamente su última oportunidad de vida; y por un momento, la habitación que enfrentaba le pareció terrible, oscura y segura, como una tumba.

—Esto no puede acabar así... Siéntate —dijo él con voz muy ronca y brusca; y mientras ella cruzaba de nuevo la habitación hacia la silla de respaldo bajo ante el tocador, él abrió la puerta y asomó la cabeza para mirar y escuchar. La casa estaba en silencio. Regresó apaciguado y preguntó:

—¿Dices la verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—Pero has vivido en la mentira —dijo él, con desconfianza.

—¡Ah! Tú lo pusiste tan fácil —respondió ella.

—¡Me lo reproches a mí, a mí!

—¿Cómo podría? —dijo ella—. No te querría de ninguna otra manera, ahora.

—¿Qué quieres decir con...? —empezó él, luego se contuvo, y sin esperar respuesta prosiguió—: No voy a hacer ninguna pregunta. ¿Es esta carta lo peor de todo?

Ella hizo un movimiento nervioso con las manos.

—Necesito una respuesta clara —dijo él con vehemencia.

—¡Pues no! Lo peor es que haya regresado.

Siguió un período de silencio sepulcral durante el cual se miraron escrutadoramente.

Dijo él con autoridad:

—No sabes lo que dices. Tienes la mente trastornada. Estás fuera de ti; de lo contrario no dirías semejantes cosas. No puedes controlarte. Incluso en tu arrepentimiento... —Hizo una pausa y luego dijo con aire doctoral—: El autodomínio lo es todo en la vida, ¿sabes? Es la felicidad, es la dignidad... es todo.

Ella tironeaba nerviosamente de su pañuelo mientras él la observaba con ansiedad, aguardando ver el efecto de sus palabras. No ocurrió nada satisfactorio. Solo que, cuando él se dispuso a hablar de nuevo, ella se cubrió el rostro con ambas manos.

—Ves adónde conduce la falta de autodomínio. El dolor, la humillación, la pérdida del respeto, de los amigos, de todo cuanto ennoblece la vida... Todo tipo de horrores —concluyó bruscamente.

Ella no se movió. Él la contempló pensativamente durante un rato, como si hubiera estado concentrando los melancólicos pensamientos que le evocaba la visión de aquella mujer abatida. Sus ojos se volvieron fijos y opacos. La solemnidad del momento lo penetraba hondamente; sentía con hondura la grandeza de la ocasión. Y más que nunca, las paredes de su casa le parecían encerrar la sacralidad de unos ideales en cuyas aras estaba a punto de ofrecer un magnífico sacrificio. Era el gran sacerdote de aquel templo, el severo guardián de las fórmulas, de los ritos, de la pura ceremonia que ocultaba las negras dudas de la vida. Y no estaba solo. Otros hombres, los mejores entre ellos, montaban guardia junto a los hogares que eran los altares de aquella provechosa persuasión. Comprendía confusamente que era parte de un poder inmenso y benéfico, que tenía reservada una recompensa para cada discreción. Habitaba dentro de la sabiduría invencible del silencio; estaba protegido por una fe indestructible que habría de durar eternamente, que resistiría inquebrantable todos los asaltos: las estridentes execraciones de los apóstatas y el cansancio secreto de sus propios confesores! Estaba aliado con un universo de ventajas incalculables. Representaba la fortaleza moral de una hermosa reticencia capaz de vencer todas las deplorables crudezas de la vida: el miedo, el desastre, el pecado, incluso la propia muerte. Le parecía estar a punto de barrer triunfalmente todos los ilusorios misterios de la existencia. Era la sencillez misma.

—Espero que ahora veas la necedad, la absoluta necedad de la maldad —comenzó en un tono sordo y solemne—. Debes respetar las condiciones de tu vida o perderlo todo cuanto ella puede darte. ¡Todo! ¡Todo!

Agitó el brazo una vez, y tres réplicas exactas de su rostro, de su ropa, de su sombría severidad, de su solemne congoja, repitieron el amplio gesto que en su abarcador movimiento indicaba una infinidad de dulzura moral, abrazaba las paredes, las colgaduras, toda la casa, toda la muchedumbre de casas del exterior, todas las frágiles e insondables tumbas de los vivos, con sus puertas numeradas como

las puertas de las celdas de una prisión, e igual de impenetrables que el granito de las lápidas.

—¡Sí! La contención, el deber, la fidelidad, una fidelidad inquebrantable a lo que se espera de ti. Esto, solo esto, asegura la recompensa, la paz. Todo lo demás debemos esforzarnos en someter, en destruir. Es una desgracia; es una enfermedad. Es terrible, terrible. No debemos saber nada de ello ni necesitamos saberlo. Es nuestro deber para con nosotros mismos, para con los demás. No vives sola en el mundo; y si tú no tienes respeto por la dignidad de la vida, hay otros que sí lo tienen. La vida es una cosa seria. Si no te conformas con los más altos estándares no eres nadie: es una especie de muerte. ¿No se te ha ocurrido esto? Solo tienes que mirar a tu alrededor para ver la verdad de lo que digo. ¿Has vivido sin observar nada, sin comprender nada? Desde niña tuviste ejemplos ante los ojos; podías ver a diario la belleza, las bendiciones de la moralidad, de los principios...

Su voz subía y bajaba pomposamente en un extraño cántico. Sus ojos estaban quietos, su mirada exaltada y hosca; su rostro era rígido, duro, exultante de manera inexpresiva sobre la lúgubre inspiración que en secreto lo poseía, fermentaba en él, lo elevaba a un rapto furtivo de convicción. De vez en cuando extendía el brazo derecho como por encima de la cabeza de ella, y le hablaba desde lo alto a aquella pecadora con un sentido de virtud vengadora, con una alegría honda y pura, como si desde su empinado pináculo pudiera ver cada palabra pesada golpear y herir como piedra de castigo.

—Principios rígidos: adhesión a lo que es correcto —concluyó tras una pausa.

—¿Qué es lo correcto? —dijo ella con claridad, sin descubrir el rostro.

—¡Tienes la mente enferma! —exclamó él, erguido y austero—. Semejante pregunta es una idiotez, una idiotez absoluta. Mira a tu alrededor: ahí tienes tu respuesta, si te dignas a verla. Nada que ultraje las creencias establecidas puede ser correcto. Te lo dice tu

conciencia. Son las creencias establecidas porque son las mejores, las más nobles, las únicas posibles. Perduran...

No pudo evitar advertir con satisfacción la amplitud filosófica de su punto de vista, pero no pudo detenerse a disfrutarla, pues su inspiración, la llamada de la augusta verdad, lo llevaba adelante.

—Debes respetar los fundamentos morales de una sociedad que te ha hecho lo que eres. Sé fiel a ella. Eso es el deber, eso es el honor, eso es la honradez.

Sintió un gran ardor en su interior, como si hubiera tragado algo caliente. Dio un paso más hacia ella. Ella se irguió y lo miró con un ardor de expectación que estimulaba su sentido de la suprema importancia de aquel momento. Y como olvidándose de sí mismo, elevó mucho la voz.

—¿Qué es lo correcto?, me preguntas. Piénsalo bien. ¿Qué habrías sido si te hubieras ido con ese infernal vagabundo?... ¿Qué habrías sido?... ¡Tú! ¡Mi esposa!...

Divisó su propio reflejo en el gran espejo de luna, erguido en toda su estatura, con un rostro tan blanco que sus ojos, a esa distancia, semejaban las oquedades negras de una calavera. Se vio a sí mismo como a punto de lanzar imprecaciones, con los brazos alzados sobre la cabeza inclinada de ella. Le avergonzó aquella postura indecorosa y metió apresuradamente las manos en los bolsillos. Ella murmuró tenuemente, como para sí:

—¡Ah! ¿Qué soy yo ahora?

—Resulta que sigues siendo la señora Alvan Hervey, y es una suerte extraordinaria para ti, ya te lo digo yo —dijo en un tono de conversación. Se encaminó hasta el rincón más alejado de la habitación y, al volverse, la vio sentada muy erguida, con las manos enlazadas en el regazo y con una mirada perdida e inmóvil que contemplaba sin pestañear, como los ojos de un ciego, la cruda llama del gas, ardiente y quieta, entre las fauces del dragón de bronce.

Se acercó mucho a ella y, con las piernas ligeramente separadas, se quedó mirando su rostro desde arriba durante un rato sin sacar las manos de los bolsillos. Parecía estar sopesando mentalmente un montón de palabras, componiendo su próxima intervención con una sobreabundancia de pensamientos.

—Me has puesto a prueba hasta el límite —dijo al fin; y apenas lo dijo, perdió su equilibrio moral y se sintió arrastrado desde su pináculo por una crecida de apasionado rencor contra aquella torpe criatura que tan a punto había estado de arruinarle la vida. Sí, me han puesto a prueba más de lo que cualquier hombre debería soportar —continuó con amarga rectitud—. No era justo. ¿Qué te dio por...? ¿Qué te dio por...? Escribir semejante... ¡Después de cinco años de perfecta felicidad! ¡Pardiez, nadie lo creería...! ¿No sentiste que no podías? Porque no podías... era imposible, lo sabes. ¿Verdad que sí? Piénsalo. ¿Verdad que sí?

—Era imposible —susurró ella, sumisamente.

Aquel asentimiento sumiso dado con tanta prontitud no lo aplacó ni lo envalentonó; le produjo, inexplicablemente, esa sensación de terror que experimentamos cuando en medio de circunstancias que habíamos aprendido a considerar absolutamente seguras descubrimos de pronto la presencia de un peligro cercano e insospechado. ¡Era imposible, naturalmente! Él lo sabía. Ella lo sabía. Ella lo confesaba. ¡Era imposible! Aquel hombre también lo sabía, tan bien como cualquiera; no podía por menos de saberlo. Y sin embargo, aquellos dos habían estado envueltos en una conspiración contra su tranquilidad, en una empresa criminal para la que no podía haber ninguna sanción de convicción en su propio interior. ¡No podía haberla! ¡No podía! Y sin embargo, qué cerca habían llegado a... Con un escalofrío fugaz se vio a sí mismo como una figura desterrada y desamparada en un reino de locura ingobernable, de locura sin freno. Nada podía preverse, predecirse, evitarse con cautela. Y la sensación era insoportable, tenía algo del horror marchitante que puede concebirse como consecuencia de la extinción absoluta de toda esperanza. En el destello de un pensamiento, el episodio

deshonroso pareció desligarse de todo lo real, de las condiciones terrenales e incluso del sufrimiento terrenal; se convirtió en un conocimiento puramente aterrador, en un conocimiento aniquilador de una fuerza ciega e infernal. Algo desesperado y vago, el parpadeo de un deseo insensato de humillarse ante los misteriosos impulsos del mal, de pedir clemencia de algún modo, cruzó su mente; y luego llegaron la idea, la persuasión, la certeza de que el mal tenía que ser olvidado, tenía que ser ignorado resueltamente para hacer posible la vida; de que ese conocimiento tenía que mantenerse fuera de la mente, fuera de la vista, como se mantiene fuera de la existencia cotidiana el conocimiento de una muerte segura. Se tensó interiormente para el esfuerzo, y al instante siguiente aquello le pareció muy fácil, asombrosamente factible, con tal de que uno se ciñera estrictamente a los hechos, aplicara la mente a sus complejidades y no a su significado. Al cobrar conciencia de un largo silencio, carraspeó a modo de aviso y dijo con voz firme:

—Me alegra que sientas esto... me alegra de veras... que lo hayas sentido a tiempo. Porque, ¿ves...? —Inesperadamente vaciló.

—Sí... lo veo —murmuró ella.

—Naturalmente que lo verías —dijo él, mirando la alfombra y hablando como quien piensa en otra cosa. Alzó la cabeza—. No puedo creer, ni siquiera después de esto, ni siquiera después de esto, que seas del todo... del todo... distinta de lo que yo pensaba. Me parece imposible.

—Y a mí —exhaló ella.

—Ahora, sí —dijo él—; pero ¿esta mañana? ¿Y mañana?... Eso es lo que...

Se sobresaltó ante el rumbo de sus propias palabras y se interrumpió bruscamente. Cada hilo de pensamiento parecía conducir al reino sin salida de la locura ingobernable, a evocar el conocimiento y el terror de unas fuerzas que era preciso ignorar. Dijo deprisa:

—Mi situación es muy penosa, difícil... Siento...

La miró fijamente con aire angustiado, como si lo oprimiera de modo terrible una súbita incapacidad para expresar sus ideas reprimidas.

—Estoy dispuesta a marcharme —dijo ella en voz muy baja—. Lo he perdido todo... para aprender... para aprender...

Su barbilla cayó sobre el pecho; su voz se extinguió en un suspiro. Él hizo un leve gesto de asentimiento impaciente.

—¡Sí! ¡Sí! Todo está muy bien... naturalmente. Lo has perdido, ¡ah! Moralmente lo has perdido, solo moralmente... si es que te creo...

Él se sobresaltó cuando ella se levantó de un salto.

—¡Oh! Te creo, te creo —dijo él apresuradamente, y ella volvió a sentarse con la misma brusquedad con que se había levantado. Él continuó con tono sombrío:

—He sufrido; sufro ahora. No puedes comprender cuánto. Tanto que cuando propones una separación casi pienso... Pero no. Está el deber. Tú lo olvidaste; yo jamás. Ante Dios, jamás. Pero en una exposición tan horrible como esta, el juicio de la humanidad se extravía, al menos por un tiempo. Verás, tú y yo, al menos eso es lo que siento, tú y yo somos uno ante el mundo. Es como debe ser. El mundo tiene razón, en lo esencial, porque de lo contrario no podría ser, no podría ser... lo que es. Y nosotros somos parte de él. Tenemos nuestro deber hacia... hacia nuestros semejantes, que no quieren... que no quieren... esto.

Tartamudeó. Ella lo miró con los ojos muy abiertos y los labios ligeramente entreabiertos. Él siguió murmurando:

—... El dolor... La indignación... Seguros de malinterpretar. He sufrido bastante. Y si no ha habido nada irreparable, como me aseguras... entonces...

—¡Alvan! —exclamó ella.

—¿Qué? —dijo él con hosquedad. La miró un momento desde arriba con una mirada sombría, como quien contempla las ruinas, la devastación de alguna catástrofe natural.

—Entonces —continuó tras una breve pausa—, lo mejor es... lo mejor para nosotros... para todos... Sí... el menor dolor... lo más desinteresado... —Su voz vaciló y ella solo oyó palabras sueltas—: ...El deber... La carga... Nosotros mismos... El silencio.

Siguió un instante de quietud absoluta.

—Es una apelación a tu conciencia lo que te hago —dijo de pronto en tono explicativo—: que no añadas más sufrimiento a todo esto; que trates leal y decididamente de ayudarme a sobreponernos de algún modo. Sin reservas de ningún tipo, ¿entiendes? ¡Lealmente! No puedes negar que me han agraviado cruelmente y que, a fin de cuentas, mi afecto merece... —Se interrumpió con evidente ansia de oírla hablar.

—No me reservo nada —dijo ella con tristeza—. ¿Cómo podría? Me descubrí a mí misma tal como soy y regresé a... —sus ojos brillaron con un destello de desdén por un instante—... a esto, a lo que tú propones. Ya ves... yo... yo soy de fiar... ahora.

Él escuchó cada palabra con profunda atención, y cuando ella guardó silencio pareció esperar más.

—¿Es todo lo que tienes que decir? —preguntó.

Ella se sobresaltó ante su tono y dijo con voz débil:

—He dicho la verdad. ¿Qué más puedo decir?

—¡Rayos! Podrías decir algo humano —estalló él—. No es ser sincera; es ser desvergonzada, si quieres saberlo. Ni una palabra que demuestre que sientes tu situación y la mía. Ni una sola palabra de reconocimiento, o de arrepentimiento, o de remordimiento... o... algo.

—¡Las palabras! —susurró ella en un tono que lo irritó. Él golpeó el suelo con el pie.

—¡Esto es horrible! —exclamó—. ¿Las palabras? Sí, las palabras. Las palabras significan algo, sí que sí, pese a toda esta infernal afectación. Significan algo para mí, para todos, para ti. ¡Qué diablos usabas tú para expresar esos sentimientos, esos sentimientos... puf!..., ¡que te hicieron olvidar mi persona, el deber, la vergüenza!... —Le salía espuma por la boca mientras ella lo miraba, aterrada por aquella furia repentina—. ¿Hablabais los dos solo con los ojos? —farfulló con ferocidad. Ella se levantó.

—No puedo soportar esto —dijo, temblando de pies a cabeza—. Me voy.

Se quedaron un momento frente a frente.

—Tú no —dijo él con brusquedad deliberada, y empezó a pasear arriba y abajo por la habitación. Ella permaneció muy quieta con aire de escuchar ansiosamente sus propios latidos, luego se desplomó lentamente en la silla y suspiró, como quien desiste de una tarea que excede sus fuerzas.

—Malinterpretas todo lo que digo —comenzó él en calma—, pero prefiero pensar que, ahora mismo, no eres responsable de tus actos. —Se detuvo de nuevo ante ella—. Tienes la mente trastornada —dijo con unción—. Marcharte ahora sería añadir un crimen, sí, un crimen, a la locura. No quiero escándalos en mi vida, cueste lo que cueste. ¿Y por qué? Seguro que me malinterpretarás, pero te lo diré de todas formas. Como cuestión de deber. Sí. Pero seguro que me malinterpretarás sin remedio. Las mujeres siempre lo hacen; son demasiado... demasiado estrechas de miras.

Esperó un rato, pero ella no emitió ningún sonido ni siquiera lo miró; él se sintió inquieto, dolorosamente inquieto, como un hombre que sospecha que se desconfía de él sin razón. Para combatir esa exasperante sensación recomenzó a hablar muy deprisa. El sonido de sus propias palabras excitaba sus pensamientos, y en el juego de los pensamientos que se cruzaban vislumbraba de vez en cuando la roca inexpugnable de sus convicciones, alzándose en solitaria

grandiosidad por encima del yermo improductivo de los errores y las pasiones.

—Porque es evidente por sí mismo —prosiguió con ansiosa vivacidad—, es evidente por sí mismo que, en el más elevado de los planos, no tenemos derecho, no, no tenemos derecho a irrumpir con nuestras miserias en la vida de quienes... quienes esperan naturalmente algo mejor de nosotros. Todo el mundo desea que su propia vida y la vida a su alrededor sean hermosas y puras. Ahora bien, un escándalo entre gente de nuestra posición es desastroso para la moralidad, una influencia fatal, ¿no ves?, sobre el tono general de la clase, algo muy importante, lo más importante, en verdad lo creo, en... en la comunidad. Siento esto profundamente. Esta es la visión de conjunto. Con el tiempo me darás la razón... cuando vuelvas a ser la mujer que amé... y en la que confié...

Se detuvo en seco, como si de pronto le faltara el aire, y luego, con una voz enteramente cambiada, dijo: —Porque yo sí te quise y confié en ti—; y volvió a callar un momento. Ella se llevó el pañuelo a los ojos.

—Al menos reconocerás que mis motivos... mis motivos son intachables. Se trata, ante todo, de lealtad a... a las condiciones más amplias de nuestra vida, en las que tú... itú!, entre todas las mujeres, has fallado. No suele uno hablar así, por supuesto, pero en este caso reconocerás... Y considera: los inocentes sufren con los culpables. El mundo es implacable en sus juicios. Por desgracia, siempre hay quienes están demasiado dispuestos a malinterpretar las cosas. Ante ti y ante mi conciencia soy inocente, pero cualquier... cualquier revelación menoscabaría mi utilidad en la esfera, en la esfera más amplia en la que espero pronto... Creo que compartías plenamente mis opiniones al respecto; no quiero decir más... sobre... sobre ese punto. Pero créeme: el verdadero desinterés consiste en cargar con el peso de uno en... en silencio. El ideal debe... debe preservarse, al menos para los demás. Está más claro que el agua. Si tengo una... una llaga repugnante, exhibirla gratuitamente sería abominable, ¡abominable! Y a menudo en la

vida, en la concepción más elevada de la vida, la franqueza en ciertas circunstancias no es otra cosa que un crimen. La tentación, ya se sabe, no excusa a nadie. En realidad no existe como tal si uno atiende firmemente a su propio bien, que está cimentado en el deber. Pero están los débiles... —Su tono se tornó feroz por un instante—. Y están los necios y los envidiosos, especialmente para personas en nuestra posición. Yo soy inocente de este terrible... terrible... alejamiento; pero si no hay nada irreparable... —Algo sombrío, como una sombra profunda, cruzó su semblante—. Nada irreparable: ya ves que incluso ahora estoy dispuesto a confiar en ti ciegamente; entonces nuestro deber está claro.

Bajó la vista. Un cambio vino a alterar su expresión y, de golpe, del impulso externo de su locuacidad pasó a la contemplación apagada de todas aquellas verdades tranquilizadoras que, no sin cierto asombro, había conseguido descubrir en sí mismo tan recientemente. Durante esa profunda y reconfortante comunión con sus convicciones más íntimas permaneció mirando fijamente la alfombra, con un semblante de solemnidad portentosa y con una vacuidad embotada en los ojos que parecían escrutar la negrura de un agujero vacío. Luego, sin moverse lo más mínimo, prosiguió:

—Sí. Perfectamente claro. Me han puesto a prueba al límite, y no puedo pretender que, por un tiempo, los viejos sentimientos... los viejos sentimientos no sean... —Suspiró—. Pero te perdono...

Ella hizo un leve movimiento sin apartar el pañuelo de los ojos. En su profundo examen de la alfombra, él no advirtió nada. Y hubo silencio: silencio dentro y silencio fuera, como si sus palabras hubieran apagado el latido y el temblor de toda la vida circundante, y la casa se hubiera quedado sola, la única morada sobre una tierra desierta.

Alzó la cabeza y repitió con solemnidad:

—Te perdono... por sentido del deber, y con la esperanza...

Oyó una carcajada, y esta no solo interrumpió sus palabras, sino que también destruyó la paz de su ensimismamiento con el dolor vil

de una realidad que irrumpía en la belleza de un sueño. No acertaba a comprender de dónde venía el sonido. Podía ver, en escorzo, el rostro surcado de lágrimas y afligido de la mujer tendida con la cabeza echada hacia atrás sobre el respaldo del asiento. Creyó que aquel ruido penetrante era una ilusión. Pero otra carcajada aguda seguida de un sollozo hondo y sucedida a su vez por otro chillido de hilaridad parecía positivamente arrancarlo del lugar donde estaba. Se precipitó hacia la puerta. Estaba cerrada. Giró la llave y pensó: así no sirve de nada... —¡Para ya! —gritó, y advirtió con alarma que apenas podía oír su propia voz en medio de los alaridos de ella. Corrió de vuelta con la idea de sofocar aquel ruido insoportable con sus manos, pero se quedó inmóvil y desconcertado, incapaz de tocarla como si ella estuviera en llamas. Gritó: —¡Basta ya! —como gritan los hombres en el tumulto de un motín, con el rostro enrojecido y los ojos desorbitados; luego, como si lo barrierá otra explosión de risa, desapareció en un destello de los tres espejos, se esfumó de repente ante ella. Durante un tiempo, la mujer jadeó y rió al vacío en la luminosa quietud de la habitación desierta.

Reapareció, avanzando hacia ella a grandes zancadas, con un vaso de agua en la mano. Balbuceó: —Histerismo. Para. Te oirán. Bebe esto. —Ella reía mirando al techo—. ¡Para ya! —gritó él—. ¡Ah!

Le arrojó el agua a la cara poniendo en ese gesto toda la brutalidad secreta de su rencor, aunque al mismo tiempo sintió que habría sido perfectamente disculpable —en cualquier persona— lanzarle también el vaso a continuación. Se contuvo, pero estaba tan convencido de que nada podría detener el horror de aquellos chillidos enloquecidos que, cuando llegó la primera sensación de alivio, ni siquiera se le ocurrió dudar de la impresión de haberse quedado de pronto sordo. Cuando, un instante después, tuvo la certeza de que ella se había incorporado y estaba en verdad muy quieta, fue como si todo —personas, cosas, sensaciones— hubiera encontrado reposo. Estaba dispuesto a sentirse agradecido. No podía apartar los ojos de ella, temiendo, aunque sin querer admitirlo, la posibilidad de que volviera a empezar; pues la experiencia, por mucho que intentara contemplarla con desdén, había dejado en él el

desconcierto de un terror misterioso. Ella tenía el rostro empapado de agua y lágrimas; un mechón de cabello le caía sobre la frente, otro pegado a la mejilla; el sombrero, ladeado, descansaba sobre un lado, torcido de modo indecoroso; el velo mojado semejaba un trapo sórdido festoneando su frente. Había en su aspecto una completa falta de reserva, un abandono de toda cautela, esa fealdad de la verdad que solo puede mantenerse alejada de la vida cotidiana mediante un cuidado incesante de las apariencias. No supo por qué, al mirarla, pensó de repente en el mañana, ni por qué ese pensamiento convocó un sentimiento profundo de agotamiento indecible y desalentado, un miedo a enfrentarse a la sucesión de los días. ¡El mañana! Estaba tan lejos como el ayer. A veces, entre un amanecer y otro transcurrían siglos. Escrutó sus facciones como quien contempla un país olvidado. No estaban desfiguradas; reconocía, por así decir, los puntos de referencia; pero solo era una semejanza lo que veía, no la mujer de ayer; ¿o era acaso algo más que la mujer de ayer? ¿Quién podría saberlo? ¿Era algo nuevo? ¿Una nueva expresión, o un nuevo matiz de expresión? ¿O algo más profundo: una vieja verdad al descubierto, una verdad fundamental y oculta, alguna certeza innecesaria y maldita? Advirtió que temblaba mucho, que tenía en la mano un vaso vacío, que el tiempo pasaba. Sin dejar de mirarla con una desconfianza persistente, se inclinó hacia la mesa para depositar el vaso y se sobresaltó al sentir que este parecía atravesar la madera. Había errado el borde. La sorpresa y el leve tintineo del accidente le irritaron más allá de toda expresión. Se volvió hacia ella, irritado.

—¿Qué significa esto? —preguntó con severidad.

Ella se pasó la mano por el rostro e intentó levantarse.

—No vas a hacer el ridículo de nuevo —dijo—. ¡Por mi alma, no sabía que pudieras olvidarte de ti misma hasta ese punto! No intentó disimular su repugnancia física, porque la creía una reprobación puramente moral de toda falta de reserva, de cualquier cosa que tuviera naturaleza de escena. —Te lo aseguro: fue repugnante —

prosiguió. La miró un instante fijamente—. Positivamente degradante —añadió con insistencia.

Ella se puso en pie de golpe, como impulsada por un resorte, y se tambaleó. Él se adelantó instintivamente. Ella se agarró al respaldo de la silla y se estabilizó. Eso lo detuvo, y se miraron el uno al otro con los ojos muy abiertos, inciertos, aunque volviendo lentamente a la realidad de las cosas con alivio y asombro, como si acabaran de despertar tras revolcarse durante una larga noche de sueños febriles.

—Te lo ruego, no vuelvas a empezar —dijo apresuradamente, al verla abrir los labios—. Me merezco un poco de consideración, y semejante comportamiento inexplicable me resulta doloroso. Espero algo mejor... Tengo derecho...

Ella se apretó las dos manos contra las sienes.

—¡Tonterías! —dijo con brusquedad—. Estás perfectamente en condiciones de bajar a cenar. Nadie debería siquiera sospechar, ni siquiera los criados. ¡Nadie! ¡Nadie!... Estoy seguro de que puedes.

Ella dejó caer los brazos; su rostro se crispó. Lo miró directamente a los ojos y parecía incapaz de pronunciar una palabra. Él la miró con el ceño fruncido.

—Lo... deseo... —dijo con tiranía—. También por tu propio bien... Tenía intención de imponer ese punto sin ninguna piedad. ¿Por qué no hablaba? Temía la resistencia pasiva. Debía... Que venga. El ceño se le profundizó y comenzó a pensar en alguna violencia eficaz, cuando ella dijo de improviso con voz firme: —Sí, puedo —y se aferró de nuevo al respaldo de la silla. Sintió alivio, y de repente su actitud dejó de interesarle. Lo importante era que su vida volvería a comenzar con un acto cotidiano, con algo que no podía malinterpretarse, que, gracias a Dios, no tenía ningún significado moral ni ninguna perplejidad, y que sin embargo era símbolo de su comunión ininterrumpida en el pasado, en todo el futuro. Esa mañana, en esa mesa, habían desayunado juntos; y ahora cenarían. ¡Todo había terminado! Lo que había ocurrido entretanto podía

olvidarse, debía olvidarse, como las cosas que solo pueden suceder una vez: la muerte, por ejemplo.

—Te espero —dijo, encaminándose hacia la puerta. Tuvo cierta dificultad con ella, pues no recordaba haber girado la llave. Odiaba ese retraso, y la impaciencia contenida por salir de la habitación le produjo un malestar considerable mientras, consciente de la presencia de ella a sus espaldas, forcejaba con la cerradura. Por fin lo logró; entonces, desde el umbral, echó una mirada por encima del hombro para decir: —Se está haciendo tarde —ya sabes—, y la vio de pie en el mismo lugar donde la había dejado, con el rostro blanco como el alabastro y completamente inmóvil, como una mujer en trance.

Temía que ella le hiciera esperar, pero sin apenas darse cuenta, sin saber cómo, se encontró sentado a la mesa con ella. Había tomado la resolución de comer, de hablar, de mostrarse natural. Le parecía necesario que el engaño empezara en casa. Los criados no debían saber, no debían sospechar. Ese deseo intenso de secreto —un secreto oscuro, destructor, profundo, discreto como una tumba— se apoderó de él con la fuerza de una alucinación; parecía extenderse a los objetos inanimados que habían sido los compañeros cotidianos de su vida, impregnando con un tinte de hostilidad cada cosa dentro de las leales paredes que se alzarían para siempre entre el descaro de los hechos y la indignación de los hombres. Incluso cuando —como ocurrió una o dos veces— los criados abandonaban la sala juntos, él permanecía cuidadosamente natural, industriosamente hambriento, laboriosamente a sus anchas, como si hubiera querido engañar al aparador de roble negro, a las pesadas cortinas, a las sillas de respaldo rígido, haciéndoles creer en una felicidad sin mancha. Desconfiaba del dominio de sí misma de su esposa, rehusaba mirarla y era reticente a hablar, pues le parecía inconcebible que ella no se traicionara con el menor movimiento, con las primeras palabras que pronunciara. Luego pensó que el silencio en la sala se estaba volviendo peligroso, tan excesivo que producía el efecto de un estruendo insoportable. Quería acabar con él, como quien desea interrumpir una confesión indiscreta; pero con el

recuerdo de aquella risa de arriba no se atrevía a darle ocasión de abrir los labios. Al poco oyó su voz pronunciando con calma algún comentario intrascendente. Apartó los ojos del centro de su plato y sintió la agitación de quien está a punto de contemplar una maravilla. Y nada podía ser más maravilloso que su compostura. Miraba los ojos francos, la frente pura, lo que había visto todas las noches durante años en aquel lugar; escuchaba la voz que durante cinco años había oído cada día. Quizá estaba un poco pálida, pero una palidez saludable había sido siempre para él uno de sus principales atractivos. Quizá su rostro estaba rígidamente compuesto, pero aquella impasibilidad marmórea, aquella magnífica solidez, como la de una estatua admirable tallada por algún gran escultor que trabajara bajo la maldición de los dioses; aquella calma imponente e irreflexiva de sus facciones había reflejado hasta entonces para él la tranquila dignidad de un alma de la que se había considerado —por supuesto— el inexpugnable poseedor. Aquellos eran los signos externos de su diferencia respecto a la vil grey que siente, sufre, fracasa, yerra, pero que no tiene ningún valor distinto en el mundo salvo como contraste moral con la prosperidad de los elegidos. Había estado orgulloso de su aspecto. Tenía la franqueza perfectamente apropiada de la perfección, y ahora le sobrecogió verlo sin cambio alguno. Ella tenía ese mismo aspecto, hablaba de ese mismo modo, exactamente igual, un año antes, un mes antes, ayer mismo cuando ella... Lo que ocurriera en su interior no cambiaba nada. ¿Qué pensaba? ¿Qué significaban la palidez, el rostro plácido, la frente franca, los ojos puros? ¿Qué había pensado durante todos esos años? ¿Qué pensó ayer, hoy; qué pensaría mañana? Tenía que averiguarlo... Y sin embargo, ¿cómo podría saberlo? Había sido falsa con él, con aquel hombre, consigo misma; estaba dispuesta a ser falsa por él. Siempre falsa. Su mirada era mentira, respiraba mentiras, vivía de mentiras, mentiría siempre, hasta el final de su vida. ¡Y él nunca sabría lo que ella quería decir! ¡Nunca! ¡Nunca! Nadie podría. Imposible saberlo.

Dejó caer el cuchillo y el tenedor bruscamente, como si en virtud de una iluminación repentina se hubiera percatado de que había

veneno en su plato, y tuvo la certeza absoluta de que nunca más podría tragar un bocado de comida mientras viviera. La cena continuó en una sala que, por alguna causa, se había ido calentando progresivamente hasta superar el ardor de un horno. Tuvo que beber. Bebió una y otra vez y, por fin, al recobrar la conciencia, se asustó de la cantidad hasta que advirtió que lo que había estado bebiendo era agua, de dos copas de vino distintas; y descubrir esa inconsciencia de sus actos le afectó dolorosamente. Le perturbó encontrarse en un estado mental tan poco saludable. Exceso de sentimiento, exceso de sentimiento; y formaba parte de su credo que cualquier exceso de sentimiento era malsano, moralmente improductivo, una mancha en la virilidad práctica. Culpa de ella. Entera culpa de ella. Su pecaminoso olvido de sí misma era contagioso. Le hacía pensar pensamientos que nunca había tenido; pensamientos que desintegraban, atormentaban, socavaban hasta el mismísimo núcleo de la vida, como una enfermedad mortal; pensamientos que engendraban el miedo al aire, a la luz del sol, a los hombres, como la noticia susurrada de una pestilencia.

Las doncellas servían sin hacer ruido; y para evitar mirar a su esposa y mirarse a sí mismo por dentro, las seguía con los ojos, primero a una, luego a la otra, sin poder distinguirlas. Se movían en silencio por la estancia sin que fuera posible ver por qué medio, pues sus faldas rozaban la alfombra por todos lados; se deslizaban de aquí para allá, retrocedían, se acercaban, rígidas en blanco y negro, con gestos precisos y sin vida en el semblante, como un par de marionetas de luto; y su aire de indiferencia inerte le resultaba antinatural, sospechoso, irremediablemente hostil. Que los sentimientos o el juicio de gente así pudieran afectarle de algún modo no se le había ocurrido nunca antes. Entendía que no tenían perspectivas, ni principios, ni refinamiento ni poder. Pero ahora se había degradado tanto que ni siquiera intentaba disimularse su anhelo de conocer los pensamientos secretos de sus criadas. Varias veces levantó la vista furtivamente hacia los rostros de aquellas chicas. Imposible saberlo. Le cambiaban los platos ignorando por completo su existencia. Qué duplicidad impenetrable. Mujeres, nada

más que mujeres a su alrededor. Imposible saberlo. Experimentó esa sensación abrasadora y penetrante hasta el corazón de soledad peligrosa que a veces asalta el coraje de un aventurero solitario en un país inexplorado. La visión de un rostro masculino —sentía— de cualquier rostro masculino, habría sido un alivio profundo. Entonces sabría algo, podría comprender... Contrataría un mayordomo cuanto antes. Y luego llegó el final de aquella cena —que había parecido prolongarse durante horas—, el final llegó tomándole violentamente por sorpresa, como si hubiera esperado, en el curso natural de las cosas, permanecer sentado a aquella mesa por los siglos de los siglos.

Pero arriba, en el salón, se convirtió en víctima de un destino inquieto que no le permitía bajo ningún concepto sentarse. Ella se había dejado caer en un sillón bajo y, cogiendo de una mesita a su lado un abanico de varillas de marfil, se protegía el rostro del fuego. Las brasas resplandecían sin llama; y sobre el fulgor rojizo, las barras verticales de la rejilla se recortaban a sus pies, negras y curvas, como las costillas carbonizadas de un sacrificio consumido. Lejos, una lámpara encaramada sobre una esbelta varilla de latón ardía bajo una amplia pantalla de seda carmesí: el centro, entre las sombras de la amplia sala, de un crepúsculo abrasador que tenía en la calidez de su tono algo delicado, refinado e infernal. Sus pasos quedos y el latido apagado del reloj sobre la alta repisa de la chimenea se respondían con regularidad, como si el tiempo y él mismo, enzarzados en un duelo medido, hubieran caminado juntos a través de la delicadeza infernal del crepúsculo hacia una meta misteriosa.

Caminaba de un extremo al otro de la sala sin detenerse, como un viajero que, en la noche, avanza con tenacidad en un viaje interminable. De cuando en cuando la miraba. Imposible saberlo. La tosca precisión de ese pensamiento expresaba para su mente práctica algo ilimitado e infinitamente profundo, la sutileza omniabarcadora de un sentimiento, el origen eterno de su dolor. Aquella mujer le había aceptado, le había abandonado, le había vuelto. Y de todo ello nunca conocería la verdad. Nunca. Ni en la

muerte, ni después, ni en el día del Juicio Final, cuando todo sea revelado —pensamientos y actos, recompensas y castigos—, pues el secreto de los corazones solo regresará, para siempre ignorado, al Inscrutable Creador del bien y del mal, al Señor de las dudas y los impulsos.

Se quedó inmóvil para mirarla. Reclinada y con el rostro vuelto hacia el otro lado, ella no se movía, como si durmiera. ¿Qué pensaba? ¿Qué sentía? Y ante su perfecta quietud, en el silencio sin aliento, se sintió insignificante e impotente ante ella, como un prisionero encadenado. La furia de su impotencia evocó imágenes siniestras, esa facultad de visión atormentadora que en un momento de angustiante sensación de agravio lleva a un hombre a murmurar amenazas o a hacer un gesto amenazante en la soledad de una habitación vacía. Pero el vendaval de la pasión pasó de inmediato y le dejó temblando levemente, con el temor reflexivo y asombrado de un hombre que se ha detenido en el mismo borde del suicidio. La serenidad de la verdad y la paz de la muerte solo pueden asegurarse mediante una amplitud de desprecio que abarque todas las servidumbres provechosas de la vida. Descubrió que no quería saber. Era mejor no hacerlo. Todo había terminado. Era como si no hubiera ocurrido. Y era muy necesario para ambos, era moralmente correcto, que nadie lo supiera.

Habló de repente, como si concluyera una discusión.

—Lo mejor que podemos hacer es olvidar todo esto.

Ella se sobresaltó levemente y cerró el abanico con un chasquido.

—Sí, perdonar y olvidar —repitió, como para sí.

—Yo nunca olvidaré —dijo ella con voz vibrante—. Y nunca me perdonaré...

—Pero yo, que no tengo nada que reprocharme... —comenzó, dando un paso hacia ella. Ella se puso en pie de un salto.

—No volví para que me perdonaras —exclamó con pasión, como si clamara contra una injusta imputación.

Él solo dijo: —¡Oh! —y calló. No podía comprender aquella agresividad sin provocación de su actitud, y desde luego estaba muy lejos de pensar que un esbozo involuntario de algo parecido a la emoción en el tono de sus últimas palabras hubiera provocado ese estallido incontrolable de sinceridad. Eso completó su desconcierto, pero ahora no estaba en absoluto enfadado. Era como si le hubiera entumecido la fascinación de lo incomprensible. Ella estaba ante él, alta e indefinida, como un fantasma negro en el crepúsculo rojizo. Por fin, dolorosamente inseguro sobre lo que ocurriría si abría los labios, murmuró:

—Pero si mi amor es suficientemente poderoso... —y vaciló.

Oyó algo romperse con un chasquido en la quietud ardiente. Ella había roto el abanico. Dos delgadas astillas de marfil cayeron, una tras otra, sin ruido, sobre la gruesa alfombra; e instintivamente él se agachó para recogerlas. Mientras tanteaba a sus pies, se le ocurrió que aquella mujer tenía en sus manos un don indispensable que nada más en la tierra podría dar; y cuando se incorporó, le penetró una convicción irresistible ante el enigma, la certeza de que al alcance de su mano y alejándose de él estaba el mismísimo secreto de la existencia, isu certidumbre, inmaterial y preciosa! Ella se dirigió hacia la puerta, y él la siguió a su lado, buscando a tientas la palabra mágica que esclareciera el enigma, que obligara a entregar el don. ¡Y no existe tal palabra! El enigma solo se esclarece mediante el sacrificio, y el don del cielo está en manos de todo hombre. Pero ellos habían vivido en un mundo que aborrece los enigmas y no aprecia más dones que los que pueden obtenerse en la calle. Ella se acercaba a la puerta. Él dijo apresuradamente:

Te doy mi palabra, te amaba; te amo ahora.

Ella se detuvo un instante casi imperceptible para lanzarle una mirada indignada, y luego siguió su camino. Aquella penetración femenina —tan sagaz y tan viciada por el eterno instinto de la defensa propia, tan pronta a ver un mal evidente en todo cuanto no alcanza a comprender— la llenó de un amargo resentimiento contra los dos hombres que a la lucha espiritual y trágica de sus

sentimientos no podían ofrecer sino la tosquedad de su abominable materialismo. En su cólera contra su propio y estéril autoengaño halló odio bastante para los dos. ¿Qué querían? ¿Qué más quería este? Y cuando su marido volvió a encararse con ella, la mano en el picaporte, se preguntó si era imperdonablemente estúpido o simplemente innoble.

Dijo, nerviosa y muy deprisa:

—Te engañas a ti mismo. Nunca me amaste. Querías una esposa, una mujer cualquiera, cualquier mujer que pensara, hablara y se comportara de cierto modo, de un modo que tú aprobaras. Te amabas a ti mismo.

—¿No me crees? —preguntó él, despacio.

—Si hubiera creído que me amabas —empezó, apasionada, y luego aspiró hondo; y durante aquella pausa él oyó el latido firme de la sangre en sus oídos—. Si lo hubiera creído... jamás habría vuelto —remató, temeraria.

Él se quedó mirando al suelo como si no la hubiera oído. Ella esperó. Al cabo de un momento él abrió la puerta y, en el rellano, apareció la mujer ciega de mármol, cubierta hasta el mentón, tendiéndoles a ciegas un racimo de luces.

Parecía haberse olvidado de sí mismo en una meditación tan profunda que ella, a punto de salir, se detuvo a mirarlo con sorpresa. Mientras ella hablaba, él había ido siguiendo el rastro del enigma, saliendo del mundo de los sentidos hacia la región del sentimiento. ¡Qué importaba lo que ella hubiera hecho, lo que hubiera dicho, si a través del dolor de sus actos y sus palabras él había obtenido la clave del enigma! ¡No hay vida posible sin fe y sin amor: fe en un corazón humano, amor por un ser humano! Aquel toque de gracia, cuyo auxilio una vez en la vida es privilegio del más indigno, le abrió de par en par los portales del más allá, y al contemplar allí la certidumbre inmaterial y preciosa olvidó todos los accidentes sin sentido de la existencia: la dicha de adquirir, el deleite de gozar; todas las formas proteicas y seductoras de la codicia que gobierna

un mundo material de alegrías necias, de tristezas despreciables. ¡La fe! ¡El amor! La fe clara y sin dudas en la verdad de un alma; la gran ternura, honda como el océano, serena y eterna, como la paz infinita del espacio por encima de las breves tempestades de la tierra. Era lo que había ansiado toda su vida, pero solo entonces lo comprendió por primera vez. Fue a través del dolor de perderla como le llegó aquel conocimiento. ¡Ella tenía el don! ¡Ella tenía el don! Y en el mundo entero era el único ser humano que podía rendirlo a su inmenso deseo. Dio un paso adelante, tendiendo los brazos, como para estrecharla contra su pecho, y, al alzar la cabeza, se topó con tal expresión de consternación vacía que los brazos se le desplomaron como si un golpe se los hubiera derribado. Ella se apartó de él sobresaltada, tropezó en el umbral y, una vez en el rellano, se volvió, veloz y encogida. La cola del vestido silbó al girar en torno a sus pies. Era un pánico sin disimulo. Jadeaba, enseñando los dientes, y el odio de la fuerza, el desdén de la debilidad, la eterna preocupación del sexo brotaron como un diablillo de juguete de una caja.

—Esto es odioso —chilló ella.

Él no se movió; pero la mirada de ella, sus movimientos agitados, el sonido de su voz eran como una neblina de hechos que se espesaba entre él y la visión del amor y de la fe. Se desvaneció; y al contemplar aquel rostro triunfante y despectivo, aquel rostro blanco, furtivo e inesperado, como sorprendido al mirar desde una emboscada, él regresaba lentamente al mundo de los sentidos. Su primer pensamiento claro fue: estoy casado con esa mujer; y el siguiente: no dará más que lo que veo. Sintió la necesidad de no ver. Pero el recuerdo de la visión, el recuerdo que perdura para siempre en quien ha visto, le hizo decirle, con la ingenua austeridad de un converso sobrecoigido por el roce de un credo nuevo: —Tú no tienes el don. Le volvió la espalda, dejándola por completo desconcertada. Y ella subió las escaleras despacio, debatiéndose con la desagradable sospecha de haberse enfrentado a algo más sutil que ella misma, más profundo que el incomprensido y trágico conflicto de sus sentimientos.

Él cerró la puerta del salón y se movió al azar, solo entre las pesadas sombras y en el crepúsculo ígneo, como en un elegante lugar de perdición. Ella no tenía el don; nadie lo tenía... Pisó un libro que había caído de una de aquellas mesitas atestadas. Recogió el delgado volumen y, sosteniéndolo, se acercó a la lámpara de pantalla carmesí. El tinte ígneo se ahondó sobre la cubierta, y unas letras de oro contorsionadas, esparcidas por toda ella en un intrincado laberinto, surgieron con un fulgor rojizo. *Espinas y arabescos*. Lo leyó dos veces, *Espinas y ar.....* El libro de versos del otro. Lo dejó caer a sus pies, pero no sintió el menor aguijón de celos ni de indignación. ¿Qué sabía él?... ¿Qué?... La masa de brasas ardientes se desmoronó en la parrilla, y él se volvió a mirarla... ¡Ah! Aquel estaba dispuesto a renunciar a todo cuanto poseía por aquella mujer, que no acudía, que no tenía la fe, el amor, el valor de acudir. ¿Qué esperaba aquel hombre, qué anhelaba, qué quería? ¡La mujer, o la certidumbre inmaterial y preciosa! El primer pensamiento generoso que jamás había dedicado a ningún ser humano fue para aquel hombre que había intentado hacerle un daño terrible. No estaba enfadado. Lo entristecía una pena impersonal, una vasta melancolía como de toda la humanidad anhelando lo inalcanzable. Sintió su hermandad con todos los hombres, incluso con aquel hombre, sobre todo con aquel hombre. ¿Qué pensaría ahora? ¿Habría dejado de esperar y de tener esperanza? ¿Dejaría alguna vez de esperar y de tener esperanza? ¿Comprendería que la mujer, que no había tenido valor, no tenía el don... ¡no tenía el don!

El reloj empezó a dar la hora, y la vibración de tono grave llenó la estancia como con el son de una campana enorme que doblara a lo lejos. Él contó las campanadas. Doce. Otro día había comenzado. Había llegado el mañana; el mañana misterioso y mentiroso que arrastra a los hombres, desdeñosos del amor y de la fe, cada vez más lejos, a través de las punzantes futilidades de la vida, hacia la recompensa merecida de una tumba. Contó las campanadas y, con la mirada fija en la parrilla, pareció aguardar más. Luego, como si hubieran llamado, salió de la estancia, andando con paso firme.

Ya fuera, oyó pasos en el vestíbulo y se quedó inmóvil. Se corrió un cerrojo, luego otro. Estaban cerrando la casa, dejando fuera su deseo y su engaño de la crítica indignada de un mundo lleno de nobles dones para quienes se proclaman sin mancha y sin reproche. Estaba a salvo; y por todos los lados de su morada dormían temores serviles y esperanzas serviles, soñando con el éxito, tras la severa discreción de unas puertas tan impenetrables a la verdad de dentro como el granito de las lápidas. Chascó una cerradura, tintineó una cadena corta. ¡Nadie lo sabrá!

¿Por qué pesaba esta certeza de seguridad más que una carga de miedo, y por qué el día que comenzaba se presentaba obstinadamente como el último de todos, como un hoy sin mañana? Y sin embargo nada había cambiado, pues nadie lo sabría; y todo seguiría como antes: el adquirir, el gozar, la bendición del hambre que cada día se sacia; los nobles alicientes de ambiciones insaciables. Todo, todas las bendiciones de la vida. Todo, salvo la certidumbre inmaterial y preciosa: la certidumbre del amor y de la fe. Creía que su sombra lo había acompañado desde que tenía memoria; que aquella presencia invisible había regido su vida. Y ahora que la sombra había aparecido y se había desvanecido, no lograba extinguir su anhelo de la verdad de su sustancia. Su deseo de ella era ingenuo; era imperioso como las aspiraciones materiales que son el cimiento de la existencia, pero, a diferencia de estas, era invencible. Era el sutil despotismo de una idea que no tolera rivales, que es solitaria, inconsolable y peligrosa. Subió despacio la escalera. Nadie lo sabrá. Los días pasarían y él llegaría lejos, muy lejos. Si la idea no podía dominarse, sí podía dominarse la fortuna, podía dominarse al hombre, al mundo entero. Lo deslumbraba la grandeza de la perspectiva; la brutalidad de un instinto práctico le gritaba que solo aquello que podía poseerse valía la pena poseerlo. Se demoró en los peldaños. Las luces estaban apagadas en el vestíbulo, y una llamita amarilla revoloteaba allá abajo. Sintió por sí mismo un súbito desprecio que le dio ánimos. Siguió adelante, pero ante la puerta de la habitación de ambos, con el brazo ya tendido para abrirla, vaciló. En el tramo de escalera de abajo apareció la cabeza de la muchacha

que había estado cerrando la casa. El brazo se le cayó. Pensó: esperaré a que se vaya, y retrocedió hasta ocultarse entre los pliegues verticales de un cortinaje.

La vio subir poco a poco, como quien asciende de un pozo. A cada peldaño la débil llama de la vela oscilaba ante su rostro joven y cansado, y la oscuridad del vestíbulo parecía adherirse a su falda negra, seguirla, alzándose como una marea silenciosa, como si la gran noche del mundo hubiera irrumpido a través de la discreta reserva de los muros, de las puertas cerradas, de las ventanas con visillos. Subía por los peldaños, trepaba por las paredes como una ola airada, se derramaba sobre los cielos azules, sobre las arenas amarillas, sobre el sol de los paisajes, y sobre el bonito patetismo de la inocencia harapienta y de la mansa inanición. Se tragaba el delicioso idilio en una barca y la mutilada inmortalidad de célebres bajorrelieves. Fluía desde fuera, subía más alto, en un silencio destructor. Y, por encima de ella, la mujer de mármol, serena y ciega en el alto pedestal, parecía conjurar la noche devoradora con un racimo de luces.

Contemplaba con impaciencia la marea creciente de aquella penumbra impenetrable, como ansioso de que llegara una oscuridad lo bastante negra para ocultar una rendición vergonzosa. Se aproximaba. El racimo de luces se apagó. La muchacha ascendía de cara a él. Tras ella la sombra de una mujer colosal danzaba levemente en la pared. Contuvo el aliento mientras ella pasaba, sin ruido y con los párpados pesados. Y tras su estela, la marea creciente de un mar tenebroso llenó la casa, pareció arremolinarse en torno a sus pies y, alzándose sin freno, se cerró en silencio sobre su cabeza.

Había llegado el momento, pero él no abrió la puerta. Todo estaba quieto; y en vez de rendirse a las razonables exigencias de la vida, salió, con el corazón rebelde, a la oscuridad de la casa. Era la morada de una noche impenetrable; como si en verdad el último día hubiera llegado y pasado, dejándolo solo en una oscuridad que no tiene mañana. Y, perfilándose vagamente al pie de la mujer de

mármol, lívida e inmóvil como un fantasma paciente, sostenía en la noche un racimo de luces apagadas.

Su pensamiento obediente le trazaba la imagen de una vida ininterrumpida, la dignidad y las ventajas de un éxito ininterrumpido; mientras su corazón rebelde latía con violencia dentro de su pecho, como enloquecido por el deseo de una certidumbre inmaterial y preciosa: la certidumbre del amor y de la fe. ¡Qué importaba la noche dentro de su morada si fuera podía hallar el sol en que los hombres siembran, en que los hombres siegan! Nadie lo sabría. Pasarían los días, los años, y... Recordó que la había amado. Los años pasarían... Y entonces pensó en ella como pensamos en los muertos: en una tierna inmensidad de pesar, en un apasionado anhelo del retorno de perfecciones idealizadas. La había amado... la había amado; y jamás supo la verdad... Los años pasarían en la angustia de la duda... Recordó su sonrisa, sus ojos, su voz, su silencio, como si la hubiera perdido para siempre. Los años pasarían y él siempre desconfiaría de su sonrisa, sospecharía de sus ojos; siempre descreería de su voz, jamás tendría fe en su silencio. No tenía el don... ¡no tenía el don! ¿Qué era ella? ¿Quién era ella?... Los años pasarían; el recuerdo de esta hora se iría borrando, y ella compartiría la serenidad material de una vida sin tacha. No tenía amor ni fe para nadie. Darle tu pensamiento, tu creencia, era como susurrar tu confesión al borde del mundo. Nada volvía, ni siquiera un eco.

En el dolor de aquel pensamiento nació su conciencia; no ese miedo al remordimiento que crece despacio y despacio se pudre entre los hechos enmarañados de la vida, sino una sabiduría divina que brotó ya adulta, armada y severa de un corazón probado, para combatir la secreta bajeza de los móviles. Le llegó en un relámpago que la moralidad no es un método para alcanzar la felicidad. La revelación fue terrible. Vio de golpe que nada de cuanto sabía importaba lo más mínimo. Los actos de los hombres y las mujeres, el éxito, la humillación, la dignidad, el fracaso, nada importaba. No era cuestión de más o menos dolor, de esta alegría, de aquella tristeza.

Era cuestión de verdad o de falsedad; era cuestión de vida o de muerte.

Estaba de pie en la noche reveladora, en la oscuridad que pone a prueba los corazones, en la noche inútil para la labor de los hombres, pero en la que su mirada, no deslumbrada por el sol de los días codiciosos, vaga a veces hasta las estrellas. La perfecta quietud que lo rodeaba tenía algo de solemne, pero él sintió que era la solemnidad mentirosa de un templo consagrado a los ritos de una persuasión degradante. El silencio dentro de aquellos discretos muros era elocuente de seguridad, pero a él le pareció excitante y siniestro, como la discreción de una infamia provechosa; era la prudente paz de una guarida de falsificadores, de una casa de mala fama! Los años pasarían, y nadie lo sabría. ¡Nunca! Ni hasta la muerte, ni después...

—¡Nunca! —dijo en voz alta a la noche reveladora.

Y vaciló. El secreto de los corazones, demasiado terrible para los ojos tímidos de los hombres, habrá de retornar, velado para siempre, al inescrutable Creador del bien y del mal, al Señor de las dudas y de los impulsos. Su conciencia había nacido; él oyó su voz, y vaciló, ignorando la fuerza que llevaba dentro, el poder fatídico, el secreto de su corazón! Era un sacrificio pavoroso arrojar toda la vida propia a la llama de una creencia nueva. Quería ayuda contra sí mismo, contra el cruel decreto de la salvación. La necesidad de la complicidad tácita, allí donde jamás le había faltado, el hábito de los años se impuso. Tal vez ella lo ayudaría... Abrió la puerta de golpe y se precipitó dentro como un fugitivo.

Estaba en mitad de la habitación antes de poder ver nada más que el deslumbrante fulgor de la luz; y entonces, como desprendida y flotando en él a la altura de sus ojos, apareció la cabeza de una mujer. Ella se había levantado de un salto cuando él irrumpió en la habitación.

Por un instante se contemplaron el uno al otro como enmudecidos de asombro. La cabellera de ella, suelta sobre los hombros, relucía

como oro bruñido. Él escrutó la insondable candidez de sus ojos. Nada dentro... nada... nada.

Él balbuceó, trastornado:

—Quiero... quiero... saber... saber...

Sobre la cándida luz de los ojos revolotearon sombras; sombras de duda, de sospecha, la sospecha pronta de un antagonismo inextinguible, la despiadada desconfianza de un eterno instinto de defensa; el odio, el odio hondo y asustado de una emoción incomprensible, abominable, que intrusaba su tosco materialismo en el espiritual y trágico conflicto de sus sentimientos.

—Alvan... no pienso soportar esto... —empezó a jadear de pronto —. Tengo derecho... derecho a... a... a mí misma...

Él levantó un brazo y pareció tan amenazador que ella se detuvo asustada y retrocedió un poco.

Se quedó con la mano en alto... Los años pasarían... y tendría que vivir con aquella insondable candidez por la que revolotean sombras de sospechas y de odio... Los años pasarían... y jamás sabría... jamás confiaría... Los años pasarían sin fe y sin amor...

—¿Puedes soportarlo? —gritó, como si ella pudiera haber oído todos sus pensamientos.

Parecía amenazador. Ella pensó en la violencia, en el peligro, y, solo por un instante, dudó de si había en la tierra esplendores bastantes para pagar el precio de una experiencia tan brutal. Él gritó de nuevo:

—¿Puedes soportarlo? —y la miró con fijeza como enloquecido. También a ella le ardieron los ojos. No podía oír el espantoso clamor de sus pensamientos. Sospechó en él un súbito arrepentimiento, un nuevo acceso de celos, un deshonesto deseo de evasión. Le gritó a su vez, colérica:

—¡Sí!

Él se estremeció allí donde estaba, como en una pugna por librarse de ataduras invisibles. Ella tembló de pies a cabeza.

—¡Pues yo no puedo! —Extendió ambos brazos, como para apartarla de un empujón, y salió a grandes zancadas de la habitación. La puerta se cerró con un chasquido. Ella dio tres pasos rápidos hacia ella y se quedó inmóvil, mirando los paneles blancos y dorados. Del otro lado no llegó sonido alguno, ni un susurro, ni un suspiro; ni siquiera se oyó una pisada fuera, sobre la gruesa alfombra. Era como si, apenas ido, hubiera expirado de repente, como si hubiera muerto allí y su cuerpo se hubiera desvanecido en el acto junto con su alma. Ella escuchó, los labios entreabiertos y los ojos vacilantes. Entonces, abajo, muy por debajo de ella, como en las entrañas de la tierra, una puerta se cerró de golpe con estrépito; y la casa tranquila vibró con ello del tejado a los cimientos, más que ante un trueno.

No regresó jamás.

LA LAGUNA

El hombre blanco, apoyado con ambos brazos en el techo de la pequeña cabina de popa de la canoa, dijo al timonel:

—Pasaremos la noche en el claro de Arsat. Es tarde.

El malayo se limitó a gruñir y siguió mirando fijamente el río. El hombre blanco apoyó la barbilla en los brazos cruzados y contempló la estela de la canoa. Al final de la recta avenida de bosques que cortaba el intenso resplandor del río, el sol aparecía despejado y deslumbrante, suspendido bajo sobre el agua, que relucía tersa como una franja de metal. Los bosques, sombríos y apagados, se erguían inmóviles y silenciosos a ambos lados de la ancha corriente. Al pie de los árboles grandes y erguidos, del fango de la orilla se alzaban palmeras nipa sin tronco, en racimos de hojas enormes y pesadas que colgaban inmóviles sobre los pardos remolinos de la corriente. En la quietud del aire, cada árbol, cada hoja, cada rama, cada zarcillo de enredadera y cada pétalo de las diminutas flores parecían haber quedado hechizados en una inmovilidad perfecta y definitiva. Nada se movía en el río salvo los ocho remos, que se alzaban destellando con regularidad y se hundían juntos con un solo chapoteo, mientras el timonel barría a derecha e izquierda con el floreo periódico y súbito de su pala, describiendo un reluciente semicírculo sobre su cabeza. El agua batida espumeaba a los costados con un murmullo confuso. Y la canoa del hombre blanco, avanzando río arriba en la fugaz agitación que ella misma provocaba, parecía atravesar los portales de una tierra de la que

hasta el recuerdo del movimiento hubiese desaparecido para siempre.

El hombre blanco, volviendo la espalda al sol poniente, recorrió con la mirada la vasta y desierta extensión del tramo que se abría hacia el mar. En sus últimos cinco kilómetros de curso, el río errante y vacilante, como atraído irresistiblemente por la libertad de un horizonte abierto, corre derecho hacia el mar, corre derecho hacia el este, hacia el este que alberga a la vez la luz y las tinieblas. A popa de la canoa, la llamada repetida de algún ave, un grito discordante y débil, saltó sobre el agua tersa y se perdió, antes de alcanzar la otra orilla, en el silencio sin aliento del mundo.

El timonel hundió su remo en la corriente y lo sostuvo con fuerza, los brazos rígidos, el cuerpo echado hacia delante. El agua gorgoteó con estrépito; y de pronto el largo tramo recto pareció girar sobre su centro, los bosques describieron un semicírculo, y los rayos oblicuos del ocaso tocaron el costado de la canoa con un resplandor de fuego, proyectando sobre el río, veteado de destellos, las sombras esbeltas y deformadas de la tripulación. El hombre blanco se volvió a mirar hacia delante. El rumbo de la canoa había virado en ángulo recto respecto a la corriente, y la tallada cabeza de dragón de la proa apuntaba ahora hacia una brecha entre la maleza que bordeaba la orilla. La canoa se deslizó a través de ella, rozando las ramas que colgaban por encima, y desapareció del río como una criatura esbelta y anfibia que abandona el agua por su guarida en el bosque.

El estrecho caño era como una zanja: tortuoso, de una profundidad fabulosa, colmado de penumbra bajo la delgada franja de un azul puro y luminoso del cielo. Árboles inmensos se alzaban, invisibles tras las festoneadas cortinas de enredaderas. Aquí y allá, cerca de la negrura reluciente del agua, asomaba entre el encaje de pequeños helechos la raíz retorcida de algún árbol alto, negra y mate, sinuosa e inmóvil, como una serpiente detenida. Las breves palabras de los bateleros retumbaban con fuerza entre los espesos y sombríos muros de vegetación. De entre los árboles rezumaba la

oscuridad, a través del enmarañado laberinto de las enredaderas, por detrás de las grandes hojas fantásticas e inmóviles; la oscuridad, misteriosa e invencible; la oscuridad perfumada y ponzoñosa de los bosques impenetrables.

Los hombres impulsaron la canoa con pértigas por las aguas cada vez más someras. El caño se ensanchó, abriéndose en la amplia curva de una laguna estancada. Los bosques se retiraron de la orilla cenagosa, dejando una franja llana de hierba juncosa de un verde vivo que enmarcaba el azul reflejado del cielo. Muy arriba, una nube rosada y algodonesa flotaba a la deriva, arrastrando el delicado color de su imagen bajo las hojas flotantes y las flores plateadas del loto. A lo lejos apareció, negra, una pequeña casa alzada sobre altos pilotes. Cerca de ella, dos altas palmeras nibong, que parecían haber salido de los bosques del fondo, se inclinaban levemente sobre el tejado desvencijado, con una suerte de triste ternura y desvelo en el abatimiento de sus cabezas frondosas y erguidas.

El timonel, señalando con el remo, dijo: —Ahí está Arsat. Veo su canoa amarrada entre los pilotes.

Los bateleros corrían por los costados de la canoa, mirando por encima del hombro al llegar al término de la jornada. Habrían preferido pasar la noche en cualquier otro lugar antes que en aquella laguna de aspecto extraño y fama de encantada. Además, no les era simpático Arsat, primero por ser forastero, y también porque quien repara una casa en ruinas y va a vivir en ella proclama que no teme habitar entre los espíritus que rondan los lugares abandonados por los hombres. Semejante hombre puede alterar el curso del destino con solo una mirada o una palabra, mientras que a sus fantasmas familiares no es fácil aplacarlos los viajeros casuales sobre quienes ansían descargar la malicia de su amo humano. A los hombres blancos no les importan estas cosas, pues son incrédulos y están en connivencia con el Padre del Mal, que los conduce indemnes a través de los peligros invisibles de este mundo. A las advertencias de los justos oponen la ofensiva pretensión de no creer en nada. ¿Qué se le va a hacer?

Así pensaban ellos, cargando su peso en el extremo de las largas pértigas. La gran canoa se deslizó veloz, silenciosa y suave hacia el claro de Arsat, hasta que, entre un gran repiqueteo de pértigas arrojadas al fondo y los sonoros murmullos de «¡Alabado sea Alá!», fue a topar con un golpe suave contra los torcidos pilotes bajo la casa.

Los bateleros, con los rostros alzados, gritaron descompasadamente: —¡Arsat! ¡Oh, Arsat! Nadie acudió. El hombre blanco empezó a subir por la tosca escalera que daba acceso a la plataforma de bambú frente a la casa. El *juragan* de la embarcación dijo con hosquedad: —Cocinaremos en el sampán y dormiremos sobre el agua.

—Pasadme las mantas y la cesta —dijo el hombre blanco, con brusquedad.

Se arrodilló al borde de la plataforma para recibir el bulto. Luego la canoa se apartó, y el hombre blanco, ya de pie, se encontró frente a Arsat, que había salido por la baja puerta de su choza. Era un hombre joven y fornido, de pecho ancho y brazos musculosos. No llevaba más que el sarong. Iba con la cabeza descubierta. Sus grandes ojos, suaves, se clavaron con avidez en el hombre blanco, pero su voz y su actitud eran serenas cuando preguntó, sin palabra alguna de saludo:

—¿Tienes medicina, Tuan?

—No —dijo el visitante, con un tono sobresaltado—. No. ¿Por qué? ¿Hay alguna enfermedad en la casa?

—Entra y verás —respondió Arsat con la misma calma, y, girando en redondo, volvió a cruzar la pequeña puerta. El hombre blanco, dejando caer los bultos, lo siguió.

En la tenue luz de la vivienda distinguió, sobre un lecho de bambúes, a una mujer tendida de espaldas bajo una ancha sábana de algodón rojo. Yacía inmóvil, como muerta; pero sus grandes ojos, muy abiertos, relucían en la penumbra, fijos en las delgadas vigas del techo, inmóviles y ciegos. Tenía una fiebre alta y estaba,

evidentemente, inconsciente. Sus mejillas se habían hundido levemente, sus labios estaban entreabiertos, y en el rostro joven se leía la expresión aciaga e inmutable, la expresión absorta y contemplativa de quienes, sin sentido, van a morir. Los dos hombres permanecieron mirándola en silencio.

—¿Lleva mucho tiempo enferma? —preguntó el viajero.

—No he dormido en cinco noches —respondió el malayo con voz pausada—. Al principio oía voces que la llamaban desde el agua, y forcejeaba contra mí, que la sujetaba. Pero desde que hoy salió el sol no oye nada; no me oye a mí. No ve nada. No me ve a mí, ¡a mí!

Permaneció en silencio un minuto, y luego preguntó con suavidad:

—Tuan, ¿va a morir?

—Me temo que sí —dijo el hombre blanco, apesadumbrado. Había conocido a Arsat años atrás, en un país lejano, en tiempos de peligro y de conflicto, cuando ninguna amistad es de despreciar. Y desde que su amigo malayo había venido a instalarse, inesperadamente, en la choza de la laguna con una mujer desconocida, había dormido allí muchas veces, en sus viajes río arriba y río abajo. Le era simpático aquel hombre que sabía mantener su palabra en el consejo y luchar sin miedo al lado de su amigo blanco. Le tenía aprecio —no tanto, quizá, como un hombre aprecia a su perro favorito—, pero le tenía aprecio bastante como para ayudarlo sin hacerle preguntas, para pensar a veces, vaga y confusamente, en medio de sus propias ocupaciones, en aquel hombre solitario y en la mujer de largos cabellos, rostro audaz y ojos triunfantes, que vivían juntos, ocultos por el bosque, solos y temidos.

El hombre blanco salió de la choza a tiempo de ver cómo la enorme conflagración del ocaso era apagada por las sombras, veloces y sigilosas, que, alzándose como un vapor negro e impalpable por encima de las copas de los árboles, se extendían por el cielo, extinguendo el resplandor carmesí de las nubes flotantes y el brillo rojizo del día que se iba. En pocos instantes salieron todas las estrellas sobre la intensa negrura de la tierra, y la gran laguna,

iluminada de pronto por luces reflejadas, semejaba un óvalo de cielo nocturno arrojado en la noche desesperada y abismal de la espesura. El hombre blanco cenó algo de la cesta, y luego, recogiendo unos cuantos palos esparcidos por la plataforma, encendió un pequeño fuego, no para calentarse, sino por el humo, que mantendría alejados a los mosquitos. Se envolvió en las mantas y se sentó de espaldas contra la pared de cañas de la casa, fumando pensativo.

Arsat cruzó la puerta con pasos silenciosos y se acucilló junto al fuego. El hombre blanco retiró un poco las piernas, que tenía extendidas.

—Respira —dijo Arsat en voz baja, adelantándose a la pregunta esperada—. Respira y arde como con un gran fuego. No habla; no oye; ¡y arde!

Calló un instante, y luego preguntó en un tono tranquilo, indiferente:

—Tuan... ¿va a morir?

El hombre blanco se removió de hombros, incómodo, y masculló con vacilación:

—Si tal es su destino.

—No, Tuan —dijo Arsat con calma—. Si tal es mi destino. Oigo, veo, espero. Recuerdo... Tuan, ¿recuerdas los viejos tiempos? ¿Recuerdas a mi hermano?

—Sí —dijo el hombre blanco. El malayo se incorporó de pronto y entró en la choza. El otro, que seguía sentado fuera, alcanzaba a oír la voz dentro. Arsat dijo: «¡Escúchame! ¡Habla!». A sus palabras siguió un silencio total. «¡Oh, Diamelen!», exclamó de repente. Tras ese grito hubo un hondo suspiro. Arsat salió y volvió a acomodarse en su antiguo lugar.

Permanecieron sentados en silencio ante el fuego. No había sonido alguno dentro de la casa, ni sonido alguno cerca de ellos; pero, a lo lejos, en la laguna, se oían las voces de los bateleros, que

resonaban intermitentes y nítidas sobre el agua tranquila. La lumbrer en la proa del sampán brillaba débilmente a lo lejos con un resplandor rojizo y difuso. Luego se apagó. Las voces cesaron. La tierra y el agua dormían, invisibles, inmóviles y mudas. Era como si no quedara ya en el mundo nada más que el destello de las estrellas, fluyendo, incesante y vano, a través de la negra quietud de la noche.

El hombre blanco miraba fijamente ante sí, hacia la oscuridad, con los ojos muy abiertos. El temor y la fascinación, la inspiración y el estupor de la muerte —de la muerte cercana, inevitable e invisible— apaciguaban la inquietud de su raza y agitaban los más indistintos, los más íntimos de sus pensamientos. La siempre alerta sospecha del mal, la sospecha roedora que acecha en nuestros corazones, se derramó por la quietud que lo rodeaba, por la quietud profunda y muda, y la hizo parecer indigna de confianza e infame, como la máscara plácida e impenetrable de una violencia injustificable. En esa fugaz y poderosa turbación de su ser, la tierra, envuelta en la paz de las estrellas, se convirtió en un país sombrío de contienda inhumana, un campo de batalla de fantasmas terribles y seductores, augustos o innobles, que luchaban con ardor por la posesión de nuestros corazones indefensos. Un país inquieto y misterioso de deseos y temores inextinguibles.

Un murmullo quejumbroso se alzó en la noche; un murmullo que entristecía y sobresaltaba a un tiempo, como si las grandes soledades de los bosques circundantes hubieran intentado susurrarle al oído la sabiduría de su inmensa y elevada indiferencia. Sonidos vacilantes y vagos flotaban en el aire a su alrededor, y fueron tomando forma lentamente en palabras, hasta fluir al fin, suavemente, en una corriente murmurante de frases blandas y monótonas. Se removió como quien despierta y cambió ligeramente de postura. Arsat, inmóvil y en sombras, sentado con la cabeza inclinada bajo las estrellas, hablaba en un tono bajo y soñador:

—... ¿Pues dónde podemos deponer el peso de nuestra pena sino en el corazón de un amigo? Un hombre ha de hablar de la guerra y

del amor. ¡Tú, Tuan, sabes lo que es la guerra, y me has visto, en tiempo de peligro, buscar la muerte como otros hombres buscan la vida! ¡Un escrito puede perderse; una mentira puede escribirse; pero lo que el ojo ha visto es verdad y permanece en la mente!

—Recuerdo —dijo el hombre blanco en voz queda. Arsat prosiguió con serena tristeza:

—Por eso voy a hablarte de amor. A hablar en la noche. A hablar antes de que se vayan la noche y el amor, y el ojo del día se pose sobre mi dolor y mi vergüenza; sobre mi rostro ennegrecido; sobre mi corazón abrasado.

Un suspiro, breve y débil, marcó una pausa casi imperceptible, y luego sus palabras siguieron fluyendo, sin un movimiento, sin un gesto.

—Cuando pasó el tiempo de peligro y de guerra, y tú te fuiste de mi país en pos de tus deseos, que nosotros, hombres de las islas, no podemos comprender, mi hermano y yo volvimos a ser, como antes lo habíamos sido, los portaespadas del Soberano. Ya sabes que éramos hombres de familia, pertenecientes a una raza gobernante, y más aptos que ningún otro para llevar sobre el hombro derecho el emblema del poder. Y en el tiempo de prosperidad, Si Dendring nos favoreció, así como nosotros, en el tiempo de la desdicha, le habíamos mostrado la fidelidad de nuestro valor. Era un tiempo de paz. Un tiempo de cacerías de ciervos y de riñas de gallos, de charlas ociosas y necias disputas entre hombres de vientre lleno y armas oxidadas. Pero el sembrador veía crecer los jóvenes brotes de arroz sin temor, y los mercaderes iban y venían, partían flacos y regresaban gordos por el río de la paz. Traían también noticias. Traían mentiras y verdades mezcladas, de modo que nadie sabía cuándo alegrarse y cuándo apenarse. También por ellos sabíamos de ti. Te habían visto aquí y te habían visto allá. Y a mí me alegraba oírlo, porque recordaba los tiempos agitados, y siempre te recordaba a ti, Tuan, hasta que llegó el momento en que mis ojos no pudieron ver nada del pasado, porque habían mirado a la que se está muriendo ahí, en la casa.

Se detuvo para exclamar en un susurro intenso: «¡Oh, Mara bahia! ¡Oh, calamidad!», y luego siguió hablando algo más alto:

—No hay enemigo peor ni amigo mejor que un hermano, Tuan, porque un hermano conoce a otro, y en el conocimiento perfecto está la fuerza, para el bien o para el mal. Yo amaba a mi hermano. Fui a verlo y le dije que no podía ver más que un rostro, ni oír más que una voz. Él me dijo: «Abre tu corazón para que ella vea lo que hay en él, y espera. La paciencia es sabiduría. ¡Inchi Midah puede morir, o nuestro Soberano puede perder el miedo a una mujer!». ... ¡Esperé! ... Recuerdas a la dama del rostro velado, Tuan, y el miedo de nuestro Soberano ante su astucia y su genio. Y si ella quería a su sirvienta, ¿qué podía hacer yo? Pero alimenté el hambre de mi corazón con miradas fugaces y palabras furtivas. Merodeaba de día por el sendero de las casas de baño, y cuando el sol caía tras el bosque, me deslizaba a lo largo de los setos de jazmín del patio de las mujeres. Sin vernos, nos hablábamos a través del aroma de las flores, a través del velo de las hojas, a través de las briznas de hierba alta que se quedaban quietas ante nuestros labios; tan grande era nuestra prudencia, tan tenue el murmullo de nuestro gran anhelo. El tiempo pasaba deprisa... y hubo murmuraciones entre las mujeres, y nuestros enemigos vigilaban, mi hermano estaba sombrío, y yo empecé a pensar en matar y en una muerte violenta... Somos gente que toma lo que quiere, como vosotros los blancos. Hay un tiempo en que un hombre debe olvidar la lealtad y el respeto. A los soberanos se les da el poder y la autoridad, pero a todos los hombres se les da el amor, la fuerza y el valor. Mi hermano dijo: «Te la llevarás de en medio de ellos. Somos dos que somos como uno». Y yo respondí: «Que sea pronto, pues no hallo calor en ninguna luz del sol que no brille sobre ella». Nuestra ocasión llegó cuando el Soberano y todos los grandes fueron a la desembocadura del río a pescar con antorchas. Había cientos de embarcaciones, y en la arena blanca, entre el agua y el bosque, se habían levantado moradas de hojas para las familias de los rajás. El humo de las hogueras era como una bruma azul del atardecer, y muchas voces resonaban en él con alegría. Mientras preparaban las embarcaciones

para batir el agua y arrear a los peces, mi hermano vino a mí y dijo: «¡Esta noche!». Revisé mis armas, y cuando llegó el momento, nuestra canoa ocupó su puesto en el círculo de embarcaciones que llevaban las antorchas. Las luces resplandecían sobre el agua, pero detrás de las embarcaciones reinaba la oscuridad. Cuando empezaron los gritos y la excitación los volvió como locos, nos escabullimos. El agua se tragó nuestro fuego, y volvimos a la deriva hacia la orilla, oscura salvo por el resplandor, aquí y allá, de algunas brasas. Podíamos oír la charla de las esclavas entre los cobertizos. Luego encontramos un lugar desierto y silencioso. Allí esperamos. Ella vino. Vino corriendo por la orilla, veloz y sin dejar huella, como una hoja que el viento arrastra hacia el mar. Mi hermano dijo, sombrío: «Ve y tómalas; llévalas a nuestra embarcación». La alcé en mis brazos. Ella jadeaba. Su corazón latía contra mi pecho. Le dije: «¡Te aparto de esa gente. Viniste a la llamada de mi corazón, pero mis brazos te llevan a mi embarcación contra la voluntad de los grandes!». «Está bien», dijo mi hermano. «Somos hombres que toman lo que quieren y pueden defenderlo contra muchos. Deberíamos haberla tomado a la luz del día». Dije: «Vámonos»; pues, una vez que la tuve en mi embarcación, empecé a pensar en los numerosos hombres de nuestro Soberano. «Sí. Vámonos», dijo mi hermano. «Somos unos proscritos, y esta embarcación es ahora nuestro país, y el mar nuestro refugio». Él se demoró con el pie aún en la orilla, y yo le supliqué que se diera prisa, porque recordaba los latidos de su corazón contra mi pecho y pensaba que dos hombres no pueden resistir a un centenar. Partimos, remando río abajo pegados a la orilla; y al pasar junto al caño donde pescaban, el gran griterío había cesado, pero el murmullo de voces era fuerte como el zumbido de los insectos que vuelan al mediodía. Las embarcaciones flotaban, apiñadas, bajo la luz roja de las antorchas, bajo un negro techo de humo; y los hombres hablaban de su faena. Hombres que se jactaban, y alababan, y se burlaban: hombres que por la mañana habrían sido nuestros amigos, pero que aquella noche ya eran nuestros enemigos. Pasamos remando deprisa. Ya no teníamos amigos en la tierra donde habíamos nacido. Ella iba sentada en el centro de la canoa con el rostro cubierto; callada como lo está

ahora; ciega como lo está ahora; y no sentí pesar por lo que dejaba atrás, porque podía oír su respiración cerca de mí, como puedo oírla ahora.

Se detuvo, escuchó con el oído vuelto hacia la puerta, luego negó con la cabeza y prosiguió:

—Mi hermano quiso lanzar el grito de desafío —un solo grito— para que la gente supiera que éramos ladrones nacidos libres, confiados en nuestras armas y en el gran mar. Y yo volví a suplicarle, en nombre de nuestro amor, que callara. ¿Acaso no oía yo su respiración tan cerca de mí? Sabía que la persecución no tardaría en llegar. Mi hermano me quería. Hundió su remo sin salpicar. Solo dijo: «Ahora hay medio hombre en ti; la otra mitad está en esa mujer. Puedo esperar. Cuando vuelvas a ser un hombre entero, volverás aquí conmigo a gritar desafío. Somos hijos de la misma madre». No respondí. Toda mi fuerza y todo mi espíritu estaban en mis manos, que sostenían el remo, pues ansiaba estar con ella en un lugar seguro, fuera del alcance de la cólera de los hombres y del rencor de las mujeres. Mi amor era tan grande que pensé que podría guiarme hasta un país donde la muerte fuese desconocida, con tal de escapar de la furia de Inchi Midah y de la espada de nuestro Soberano. Remamos deprisa, respirando entre dientes. Las palas mordían hondo el agua tersa. Salimos del río; volamos por canales despejados entre los bajíos. Costeamos la costa negra; costeamos las playas de arena donde el mar habla en susurros a la tierra; y el destello de la arena blanca pasaba fugaz junto a nuestra barca, tan deprisa corría ella sobre el agua. No hablábamos. Solo una vez dije: «Duerme, Diamelen, que pronto necesitarás todas tus fuerzas». Oí la dulzura de su voz, pero nunca volví la cabeza. Salió el sol y seguimos adelante. El agua me caía del rostro como lluvia de una nube. Volábamos en la luz y en el calor. Nunca miré atrás, pero sabía que los ojos de mi hermano, detrás de mí, miraban fijos hacia delante, porque la barca iba tan derecha como el dardo de un selvático cuando sale de la punta de la cerbatana. No había mejor remero ni mejor timonel que mi hermano. Muchas veces, juntos, habíamos ganado carreras en aquella canoa. Pero nunca habíamos

desplegado nuestra fuerza como entonces, ¡entonces, cuando por última vez remamos juntos! No había hombre más valiente ni más fuerte que mi hermano en todo nuestro país. No me quedaba fuerza para volver la cabeza y mirarlo, pero a cada instante oía el silbido de su aliento, cada vez más fuerte, a mi espalda. Seguía sin hablar. El sol estaba alto. El calor se me pegaba a la espalda como una llama de fuego. Las costillas estaban a punto de estallarme, pero ya no podía meter suficiente aire en el pecho. Y entonces sentí que debía gritar con mi último aliento: «¡Descansemos!»... «¡Bien!», respondió él, y su voz era firme. Era fuerte. Era valiente. No conocía el miedo ni la fatiga... ¡Hermano mío!

Un murmullo poderoso y suave, un murmullo vasto y débil; el murmullo de las hojas trémulas, de las ramas que se agitaban, recorrió las espesuras enmarañadas de los bosques, recorrió la superficie estrellada y tersa de la laguna, y el agua entre los pilotes lamió una vez la madera viscosa con un chapoteo repentino. Un soplo de aire cálido rozó los rostros de los dos hombres y pasó de largo con un sonido lúgubre, un soplo breve y sonoro como el suspiro inquieto de la tierra que sueña.

Arsat prosiguió con voz baja y uniforme.

—Varemos nuestra canoa en la playa blanca de una pequeña bahía, cerca de una larga lengua de tierra que parecía cerrarnos el paso: un largo cabo boscoso que se adentraba mucho en el mar. Mi hermano conocía aquel lugar. Más allá del cabo desemboca un río, y a través de la selva de aquella tierra hay un sendero estrecho. Encendimos fuego y cocinamos arroz. Luego nos tendimos a dormir en la arena blanda, a la sombra de la canoa, mientras ella vigilaba. Apenas había cerrado los ojos cuando oí su grito de alarma. Nos incorporamos de un salto. El sol ya había bajado hasta la mitad del cielo, y vimos aparecer, en la bocana de la bahía, un prao tripulado por muchos remeros. Lo reconocimos al instante: era uno de los praos de nuestro Rajá. Vigilaban la costa y nos vieron. Tocarón el gong y viraron la proa del prao hacia la bahía. Sentí que el corazón me flaqueaba en el pecho. Diamelen se sentó en la arena y se cubrió

el rostro. No había escapatoria por mar. Mi hermano se echó a reír. Tenía el fusil que tú le habías dado, Tuan, antes de marcharte, pero solo quedaba un puñado de pólvora. Me habló deprisa: «Corre con ella por el sendero. Yo los contendré, pues no tienen armas de fuego, y desembarcar frente a un hombre con un fusil es la muerte segura para alguno. Corre con ella. Al otro lado de ese bosque hay una casa de pescadores, y una canoa. Cuando haya disparado todos los tiros, os seguiré. Soy gran corredor, y antes de que puedan alcanzarnos ya nos habremos ido. Resistiré todo lo que pueda, pues ella no es más que una mujer, que no puede correr ni luchar, pero lleva tu corazón en sus manos débiles». Se agazapó tras la canoa. El prao se acercaba. Ella y yo corrimos, y mientras corríamos por el sendero oí disparos. Mi hermano disparó una vez, dos veces, y el retumbar del gong cesó. Se hizo el silencio a nuestra espalda. Aquel istmo es estrecho. Antes de oír el tercer disparo de mi hermano vi la orilla en pendiente, y volví a ver el agua: la desembocadura de un río ancho. Cruzamos un claro de hierba. Corrimos hacia el agua. Vi una choza baja sobre el barro negro, y una pequeña canoa varada en la orilla. Oí otro disparo a mi espalda. Pensé: «Esa es su última carga». Corrimos hacia la canoa; un hombre salió corriendo de la choza, pero me abalancé sobre él y rodamos juntos por el barro. Luego me levanté, y él quedó inmóvil a mis pies. No sé si lo había matado o no. Diamelen y yo empujamos la canoa hasta que flotó. Oí gritos a mi espalda, y vi a mi hermano correr por el claro. Muchos hombres iban dando saltos tras él. La tomé en mis brazos y la arrojé a la barca, y salté yo también. Cuando miré atrás vi que mi hermano había caído. Cayó y volvió a levantarse, pero los hombres se cerraban en torno a él. Gritó: «¡Ya voy!»». Los hombres estaban cerca de él. Miré. Muchos hombres. Luego la miré a ella. ¡Tuan, empujé la canoa! La empujé hacia aguas profundas. Ella iba arrodillada de cara a mí, mirándome, y le dije: «Coge tu remo», mientras yo golpeaba el agua con el mío. Tuan, lo oí gritar. Lo oí gritar mi nombre dos veces; y oí voces que gritaban: «¡Matadlo! ¡Golpead!»». Nunca volví la cabeza. Le oí llamarme de nuevo por mi nombre, con un gran alarido, como cuando la vida se escapa junto con la voz, y nunca volví la cabeza. ¡Mi propio nombre!... ¡Hermano

mío! Me llamó tres veces, pero yo no temía a la vida. ¿Acaso no estaba ella allí, en aquella canoa? ¡Y no podría yo, con ella, encontrar un país donde la muerte se olvida, donde la muerte es desconocida!

El hombre blanco se incorporó. Arsat se levantó y quedó de pie, figura indistinta y silenciosa sobre las brasas moribundas del fuego. Sobre la laguna se había arrastrado una niebla baja y a la deriva, que borraba poco a poco las imágenes centelleantes de las estrellas. Y ahora una vasta extensión de vapor blanco cubría la tierra: fluía fría y gris en la oscuridad, formaba remolinos silenciosos en torno a los troncos de los árboles y alrededor de la plataforma de la casa, que parecía flotar sobre la ilusión inquieta e impalpable de un mar. Solo a lo lejos las copas de los árboles se recortaban contra el titileo del cielo, como una costa sombría y hostil: una costa engañosa, despiadada y negra.

La voz de Arsat vibró con fuerza en la paz profunda.

—¡La tenía allí! ¡La tenía! Para conseguirla habría plantado cara a toda la humanidad. Pero la tenía, y...

Sus palabras resonaron y se perdieron en las distancias vacías. Se detuvo, y pareció escucharlas apagarse muy lejos, más allá de todo auxilio y de todo posible regreso. Luego dijo en voz baja:

—Tuan, yo quería a mi hermano.

Un soplo de viento lo hizo estremecerse. Muy por encima de su cabeza, muy por encima del mar silencioso de niebla, las hojas caídas de las palmeras entrechocaban con un sonido lúgubre y agonizante. El hombre blanco estiró las piernas. Con la barbilla apoyada en el pecho, murmuró con tristeza, sin levantar la cabeza:

—Todos queremos a nuestros hermanos.

Arsat estalló con una violencia intensa y susurrante:

—¿Qué me importaba a mí quién muriera? Yo quería paz en mi propio corazón.

Pareció oír un movimiento dentro de la casa; escuchó, y luego entró sin hacer ruido. El hombre blanco se puso en pie. Una brisa llegaba en ráfagas intermitentes. Las estrellas brillaban más pálidas, como si se hubieran retirado a las profundidades heladas del espacio inmenso. Tras una racha fría de viento hubo unos segundos de calma perfecta y silencio absoluto. Luego, detrás de la línea negra y ondulante de los bosques, una columna de luz dorada se alzó hacia el cielo y se extendió sobre el semicírculo del horizonte oriental. El sol había salido. La niebla se levantó, se rompió en jirones a la deriva, se desvaneció en tenues volutas fugitivas; y la laguna, ya descubierta, quedó pulida y negra bajo las sombras espesas al pie de la muralla de árboles. Un águila blanca se alzó sobre ella con un vuelo oblicuo y pesado, alcanzó la luz clara del sol y por un instante pareció deslumbrante, y luego, remontándose más alto, se convirtió en una mota oscura e inmóvil antes de desvanecerse en el azul, como si hubiera abandonado la tierra para siempre. El hombre blanco, de pie ante la puerta, con la mirada hacia lo alto, oyó dentro de la choza un murmullo confuso y entrecortado de palabras desatinadas que terminó en un gemido sonoro. De pronto Arsat salió tambaleándose, con las manos tendidas, se estremeció, y quedó inmóvil un buen rato, con los ojos fijos. Luego dijo:

—Ya no arde.

Ante su rostro, el sol asomaba el borde por encima de las copas de los árboles, subiendo sin cesar. La brisa arreció; un gran resplandor estalló sobre la laguna, centelleando en el agua rizada. Los bosques salieron de las sombras claras de la mañana, se hicieron nítidos, como si se hubieran precipitado más cerca, para detenerse en seco en una gran agitación de hojas, de ramas que asentían, de ramas que se balanceaban. Bajo el sol despiadado, el susurro de la vida inconsciente se hizo más fuerte, hablando con voz incomprensible en torno a la oscuridad muda de aquel dolor humano. Los ojos de Arsat vagaron despacio, y luego se clavaron en el sol naciente.

—No veo nada —dijo medio en voz alta, para sí.

—No hay nada —dijo el hombre blanco, dirigiéndose al borde de la plataforma y haciendo señas con la mano a su barca. Un grito llegó débilmente por encima de la laguna, y el sampán empezó a deslizarse hacia la morada del amigo de los fantasmas.

—Si quieres venir conmigo, esperaré toda la mañana —dijo el hombre blanco, con la mirada perdida en el agua.

—No, Tuan —dijo Arsat con suavidad—. No comeré ni dormiré en esta casa, pero antes debo ver mi camino. Ahora no veo nada, ino veo nada! No hay luz ni paz en el mundo, pero hay muerte, muerte para muchos. Somos hijos de la misma madre, y lo dejé en medio de los enemigos; pero ahora voy a volver.

Respiró hondo y prosiguió en tono soñador:

—Dentro de poco veré con claridad suficiente para golpear, para golpear. Pero ella ha muerto, y... ahora... oscuridad.

Abrió los brazos de par en par, los dejó caer a lo largo del cuerpo, y luego quedó inmóvil, con el rostro impassible y los ojos pétreos, clavados en el sol. El hombre blanco bajó a su canoa. Los bateleros corrieron ágiles a lo largo de los costados de la barca, mirando por encima del hombro al comienzo de un viaje fatigoso. En lo alto de la popa, con la cabeza envuelta en trapos blancos, el *juragan* iba sentado, taciturno, dejando que su remo se arrastrara por el agua. El hombre blanco, apoyado con ambos brazos sobre el techo de hierba de la pequeña cabina, miró hacia atrás la estela brillante y rizada de la barca. Antes de que el sampán saliera de la laguna hacia el riachuelo, alzó los ojos. Arsat no se había movido. Seguía solo, de pie, bajo el sol escrutador; y su mirada iba más allá de la gran luz de aquel día sin nubes, hacia la oscuridad de un mundo de ilusiones.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB